

JULIO ANDRÉS PAGANO

DESPERTAR

La clave para
volvernos más humanos

EDITORIAL DUNKEN

Buenos Aires

2008

Impreso por Editorial Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal
Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
Página web: www.dunken.com.ar

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina
© 2008 Julio Andrés Pagano
ISBN en trámite

ÍNDICE

Índice	5
Introducción	9
Capítulo 1	
La Búsqueda	11
Así comienza la historia... ..	13
Visión reveladora.....	18
Una manera distinta de “Despertar”	20
Seguir más allá de la razón.....	23
El enigmático mundo de las canalizaciones	26
El primer viaje: la curiosidad como impulso.....	28
Escuchando mi voz interior	33
Un viernes muy particular	37
Una señal por demás evidente	40
La aparición de la Virgen de San Nicolás.....	43
Habilidades extrasensoriales	47
La piedra, un portal dimensional.....	54
Recuerdo de un pasado tormentoso.....	57
Ingreso a la ciudad intraterrena.....	61
El monasterio, un lugar lleno de sorpresas.....	66
Luces que provocan miedo	71
Comprender las razones del encuentro.....	74
Calendario de las canalizaciones.....	77
Un acontecimiento revelador	79
Balance parcial sobre los viajes.....	81
Cumpliendo la promesa hecha al indio.....	88
Insólito, pero real.....	92
La situación empeoraba.....	98
Trigueirinho, un líder muy singular	100
Sos un elegido.....	102

Mendoza y el encuentro con Emilio	104
La sabiduría de las plantas.....	107
No existe un único camino	113
La búsqueda continúa.....	114
(*) Consideraciones sobre “La Búsqueda”	115

Capítulo 2

El Encuentro	117
Así comienza “El Encuentro”	118
La muerte como transformación.....	118
Una vida mecánica	121
Nuevo escenario mundial	123
Cambiar el sistema desde dentro	125
¿Cómo abrir el corazón?	127
¿En qué consiste la espiritualidad?.....	134
No estamos solos en el universo	136
Todo es cuestión de percepción	141
Excusas para no cambiar	143
Así terminó el encuentro	145
(*) Consideraciones sobre “El Encuentro”.....	145

Capítulo 3

Proyecto “Despertar”	151
Mensajes para el alma	155
Una gota más.....	156
Hombre Nuevo	158
Celebro tu existencia	161
Su mundo puede cambiar	163
Sólo importa el mensaje	165
Un mágico encuentro	167
Donde quiera que estés.....	169
Del otro lado de la línea del olvido	170
El camino señalado	172
Es tiempo de inspirar con nuestro vuelo	173
Más allá del horizonte	174
Tu espíritu es convocado a revelar su maestría	176

Por amor a la vida.....	177
Es la hora de la acción.....	178
En medio de caos.....	179
La señal	181
Llegó el momento de actuar	182
Que despierte el espíritu de los mansos	183
Sumarse a la vida	184
Está por salir el Sol.....	185
La respuesta que buscabas.....	186
La luz llama a la luz	187
Tus huellas mostrarán nuevos caminos	189
Somos uno	190
Dios me habló sin palabras.....	192
La vibración del amor.....	193
De pie	194
Angel humano	195
Un paso clave.....	196
Seguí alumbrando.....	197
El corazón de la existencia	198
Aplaudo tu actitud	199
¿Y ahora qué?	199
Necesito tu ayuda	200
Viniste a transformar la realidad.....	201
Gracias por Ser.....	202
Hijo de la Luz.....	203
Volá bien alto.....	204
Confía	205
Iluminá sin tregua	206
Impulsá el cambio	207
Te invito a jugar.....	208
Se acerca la hora.....	209
Brindo por tu coraje	210
Te amo	211
¿Estas listo?	212
Cumplís con tu mision	214

INTRODUCCIÓN

Despertar es el camino de todo aquel que busque llegar al corazón, para emprender su propio vuelo. Somos espíritus, viviendo una experiencia humana, que juegan a olvidar su destino de grandeza. No hay mapas que garanticen cómo retornar al hogar, pero sí una brújula interna que está dispuesta a guiarnos, sabiamente, si nos volvemos sensibles a sus vibraciones sutiles.

No fue el azar quien hizo que estas palabras llegaran a tus manos. Aunque tu mente no lo comprenda, sé que tu alma sonríe. Todo transcurre como fue planeado del otro lado de la línea del olvido. Estas páginas serán una fuente de inspiración para que te animes a plasmar, en el mundo de las formas, tus anhelos más profundos, de manera que entre todos ayudemos a co-crear una Tierra más armónica, humana y luminosa.

Las respuestas a tus preguntas habitan en tu interior. Esas líneas de texto son una simple excusa para que te des el permiso interno de redireccionar tu mirada, y dejes de buscar fuera lo que siempre estuvo dentro. Todo camino es único e irrepetible, sin embargo hay varios aspectos que son comunes, independientemente del sendero que se elija. Es por eso que la historia que comenzarás a leer te ayudará a que reconozcas varias de las etapas por las cuales, posiblemente, estés atravesando en tu proceso de evolución.

A lo largo de estas páginas irás reconociendo, entre otras cosas, cómo las sincronicidades, las señales, las corazonadas y la intuición van colaborando para que te abras a las experiencias que te permitirán acceder a nuevos niveles de comprensión, para poder ir más allá de los surcos de la mente y conectar con tu verdadera esencia.

A través de “La Búsqueda” y “El Encuentro” te iré revelando cómo fueron los pasos que llevaron a mi propio despertar. Posiblemente tus

dudas, miedos, inseguridades y preocupaciones se verán reflejadas en esta historia de vida, en donde también estarán presentes tus ganas de ser feliz, tu necesidad de sentirte pleno y de encontrar tu lugar en el mundo, para vibrar con pasión. Estos capítulos formaron parte de dos publicaciones electrónicas, que difundí en internet como una forma de ayudar a que otros se animen a intentar cumplir con aquello que internamente sienten que es su misión de vida.

Más allá de lo que te revelaré en estos relatos, lo que verdaderamente cuenta es que comprendas cuán importante es que te dejes guiar por tu propio sentir, para que puedas volar con el corazón abierto.

Este libro también contiene cuarenta y siete “Mensajes para el alma”, que intentarán ayudarte a que despliegues la luz de tus dones y talentos por donde quiera que vayas. Leelos con calma. Aunque pueda parecerte extraño, fueron escritos para vos. Constituyen una fuente, de vibraciones cristalinas, adonde podrás acudir cada vez que el cansancio y las dudas se presenten en tu sendero.

No importa qué camino estés recorriendo, lo que marca la diferencia es que te vuelvas más consciente a medida que ayudás a que se expanda, por todo el universo, la vibración del amor.

El cambio debe comenzar por uno mismo, sólo así transformaremos nuestro entorno, porque lo que vemos fuera no es más que una proyección de lo que nos sucede dentro.

Abrí tus ojos internos, despertá. Esa es la clave para volvernos más humanos y seguir evolucionando.

CAPÍTULO 1

La Búsqueda

En el mágico juego de la vida, la Tierra es una escuela. Las enseñanzas son vivenciales y personalizadas. Sé que vine a aprender. Vine a evolucionar. Estoy de paso. Y me iré como llegué, solo. Nadie sabe cuánto tiempo permanecerá. Lo único seguro es que todos partiremos con rumbo desconocido. Esta situación a algunos los paraliza. A otros, los desconcierta. A mí, en cambio, me moviliza.

Siento la necesidad imperiosa de saber quién soy, así como de conocer mi misión en este plano. Mi vida se ha convertido en una búsqueda constante. Si me preguntan a qué me dedico, respondo: soy un buscador.

Esa definición tal vez no esté bien vista por la maquinaria social, que instintivamente etiqueta, clasifica y busca seguridad y orden, para poder uniformar y nivelar hacia abajo... de manera que el espíritu no vuele y el corazón se asfixie.

La apertura de conciencia en la era actual es lo más parecido a pretender sacar patente de loco. Todo parece conspirar para que el alma quede presa de un cuerpo inconsciente, atado a instintos primarios que no dejan lugar para planteos vitales.

Minuto a minuto, los medios de comunicación denuncian que el mundo se cae a pedazos. La naturaleza llora y se retuerce de dolor, pero el hombre permanece indiferente. Pareciera que gran parte de la humanidad no está dispuesta a cambiar. No quiere que se la despierte, está dormida. ¿Qué hace un buscador en medio de tanto despilfarro de mediocridad e indiferencia? Busca sus propias respuestas para trascender la oscuridad.

Las historias, a veces, ayudan a modo de inspiración. Esta quizá sea útil no tanto por lo extraordinario que revela, sino porque tocará

muchos puntos con los que, posiblemente, se identificarán quienes estén atravesando por un proceso de búsqueda espiritual.

Abundan definiciones sobre lo que implica ser un buscador. Desde mi óptica limitada, un buscador es aquel que, movido por la insatisfacción y la duda, comienza a peregrinar con el propósito de saber.

No puedo teorizar sobre cómo las personas comienzan a tomar conciencia sobre la necesidad de despertar. Sólo puedo contarte de qué manera comenzó mi búsqueda. El relato puede que suene delirante, inverosímil o sacado de un sueño. Contiene aristas que, sólo en apariencia, no podrían tocarse: la aparición de la Virgen de San Nicolás, las civilizaciones intraterrenas, las canalizaciones, las vidas anteriores, las sincronicidades, la ingesta de plantas maestras, la búsqueda de una imagen religiosa robada y los hechos paranormales se entrelazarán a lo largo de esta sorprendente y cautivante historia.

Los acontecimientos que narraré en estas páginas, darán fiel testimonio sobre algunos de los intrincados caminos a los que conduce la búsqueda espiritual. Cada sendero contiene enseñanzas implícitas, que aceleran el proceso de transformación. Lo increíble y apasionante es que, aunque el viaje de a tramos se transite en compañía, la misma lección aporta aprendizajes diferentes para cada uno. Las vivencias se transforman en auténticas maestras multidimensionales, que ofrecen clases de vida hechas a medida.

Pretender despertar en Occidente no es tarea sencilla. El entorno pareciera dispuesto para que los cuestionamientos no florezcan y todo quede en la chatura de un consumismo despiadado, que multiplica y agiganta los deseos de acumular más y más cosas intrascendentes, que por su propio peso impiden elevar la vibración.

A riesgo de perder credibilidad y para no comprometer a terceros, omitiré mencionar los apellidos de las personas que protagonizaron las historias. Sólo me referiré a ellos por sus nombres.

Mi intención más pura es que este testimonio te sirva de inspiración, para que puedas romper tus propias ataduras y cumplas con lo que sien-

tas que es tu misión de vida. No importa si lo lográs o no. Intentarlo es todo un desafío por demás movilizante.

Este libro está dirigido a los que buscan, que son los que podrán comprender su verdadero valor testimonial. Sé que la verdad se oculta a sí misma, es por eso no me preocupa que estas páginas caigan en manos inadecuadas. Después de todo, hace bien reírse un poco.

Si bien todo fue real y sucedió en la Argentina, quiero hacerte una última recomendación: no te inquietes por lo que leas. Recordá que estamos en presencia del juego de la vida. Y que vos, en este caso, estás jugando a leer.

Ahora, dejá de lado los prejuicios. Abrió tu corazón y sumergite en esta búsqueda. Mi propia búsqueda. Aunque bien podría tratarse de la tuya.

Relajate. Volvé a ser como un niño. Disfrutá del juego.

Así comienza la historia...

Debo cambiar de opinión. Siempre pensé que los libros autorreferenciales sólo servían para acrecentar la importancia personal de quienes los escribían. En este caso, no queda otra alternativa. Sería imposible hablar con fundamento sobre el camino de transformación que realizan los demás. Tocaría de oído. Serían palabras huecas, carentes de autenticidad. Sólo puedo intentar narrar mis propias vivencias.

No tengo muy en claro cómo iniciar el relato, tal vez lo mejor será describir a grandes rasgos partes de mi vida, para evidenciar cómo fueron sucediéndose los cambios.

Las páginas que testimonian el libro de mi vida narran que, desde que tuve uso de razón, estaba predestinado a dirigir los destinos de un diario local. Llevo el nombre de mi abuelo y de mi padre, como símbolo de una fuerte tradición familiar.

Tuve una juventud sin grandes sobresaltos. Desde una perspectiva material, no supe lo que era pasar necesidades. Sin embargo, me sentía

insatisfecho. No podía comprender cuál era el sentido de la vida, ni para qué había nacido.

No podía contentarme con que todo consistiera en estudiar, trabajar, divertirse, alimentarse, dormir y nuevamente a hacer lo mismo, generando dinero hasta que la muerte llegue. Algo más tenía que haber. La existencia no podía limitarse sólo a eso.

A los diecinueve años creí que mi vocación era convertirme en misionero. No quería saber nada con estudiar abogacía. Recuerdo muy vivamente la respuesta de mi viejo: “¿Qué te pasa, acaso sos puto?”. Era un cuestionamiento duro. No lo esperaba. Sobre todo porque pensé que la noticia le caería bien, dado que había nacido en el seno de una familia católica.

Con el tiempo me di cuenta de que sus crudas palabras escondían la desesperación de quien intuye que su sueño, de una tercera generación de directores de diario –llevando el mismo nombre y apellido– no se haría realidad.

Siempre los padres buscan lo mejor para sus hijos. Lo que a veces desconocen es que lo que entienden por mejor o más conveniente, a veces no se condice con lo que los hijos pretenden. Así, bajo el manto del amor y las mejores intenciones, inconscientemente se asesinan los sueños e ilusiones de millones y millones de jóvenes.

Un año más tarde, me casé con Claudia y tuvimos un hijo. Como no podía ser de otra manera, llevó el nombre de su abuelo y bisabuelo. Otro Julio se sumó a la dinastía. Sin embargo, tenía muy claro que no pretendería influenciarlo el día que decidiera qué hacer de su destino. Cada uno trae una misión que tiene que intentar cristalizar.

Sentí que la vida me ponía a prueba nuevamente al cumplir los veintidós años. Ver la sirena encendida de una ambulancia en la puerta de la clínica, cuando regresaba de una cena con amigos, me dio la amarga impresión de que algo malo ocurría. Al llegar a mi casa, mi tío estaba esperándome para darme la noticia: “Vamos, tu papá tuvo un infarto”.

Entré a terapia intensiva. El monitor marcaba una línea recta, de color verde. Mi padre estaba sin vida. Sólo atiné a murmurarle al oído que descansara, que se vaya en paz, que cuidaría de la familia.

Mis palabras estuvieron impulsadas por la lectura de algunos libros, entre los que se destacaban los de Víctor Sueiro, donde personas que estuvieron clínicamente muertas narraban que al salir de sus cuerpos vieron y escucharon lo que acontecía alrededor. No sé si lo que le dije le habrá servido de mucho. A mí sí me sirvió, al menos pude despedirme.

Saber que falleció bailando, en un casamiento, me dejó cierta tranquilidad. Pocos días más tarde, publiqué en el diario una nota titulada “Que no te pase como a mí”, en donde destacué que quienes tengan la suerte de tener a sus padres con vida, no se privaran de decirle cuánto los aman. Queda un sabor agrio si la oportunidad se escapa y uno nunca se los dijo.

Reconozco que fue un golpe duro. Mi padre ya no estaba y cargaba, sobre mis espaldas, con un mandato familiar que se volvía impracticable: asumí la subdirección del diario, intentando cumplir su sueño.

La práctica del periodismo me sirvió para tener una visión más amplia de la vida. Ser co-creador de la realidad ciudadana permite conocer intereses ocultos y un sinnúmero de cuestiones que están ligadas a las diferentes motivaciones que guían e impulsan a las personas.

No me identificaba con lo que hacía. Ocupaba gran parte de mi tiempo en escribir notas de opinión, tratando de generar conciencia sobre la necesidad de despertar, y en leer libros sobre espiritualidad y autoconocimiento.

No podía comprender cómo la mayoría de las personas era capaz de llevar una vida tan pobre, sin planteos existenciales, centrada básicamente en el dinero, el placer, el estatus y la búsqueda de poder. Todavía no era capaz de reconocer que cada uno tiene su propio ritmo de evolución y que, por lo tanto, no debía juzgar.

Sobrellevar el mandato familiar resultaba cada vez más duro. Internamente sentía que aún no estaba cumpliendo con mi misión de vida.

Lo extraño era que todavía ni siquiera tenía en claro cuál era mi misión. Ni por dónde pasaba lo que tenía que hacer.

Recuerdo que me planteé la hipótesis de que, tal vez, podría estar cumpliéndola, por más que no lo supiese. Basaba mi explicación en que el hecho de que querer conocerla no se trataba más que de una simple cuestión de ego. Pero esa línea argumental se desplomaba, a pedazos, cuando entraba en escena el corazón. Una voz interna me recordaba, de tanto en tanto, que no me engañara. No me identificaba con lo que hacía y tampoco sentía paz interior.

A los veinticuatro años me separé. Empecé a vivir de manera alocada. Poco a poco, fui ahogando mi necesidad de cambio, a fuerza de aturdirme con agitadas salidas nocturnas. Presentía que no viviría más allá de los treinta. Cuatro seguros de vida daban cuenta de esa convicción, huérfana de fundamentos lógicos.

Me sentía desconcertado. La vida se me escurría, como arena entre los dedos, sin que pudiera encontrarle sentido. Pasaba largas horas pensando, pero nunca daba con ninguna solución. Creía que sólo el razonamiento me permitiría encontrar la salida a la confusión.

En el año 1999 viajé a España. Quería saber por qué esa lejana tierra me atraía tanto. Estuve un mes. Fui solo. Regresé sin lograr responder mi pregunta.

Pensé que los demás no notarían mi deterioro interno. Sin embargo, una mañana mi madre me pidió que habláramos. Me dijo que veía cómo me estaba destruyendo y mágicamente abrió mi jaula: “Sólo quiero que seas feliz, es lo único que me importa. Renunciá al diario y comenzá una nueva vida”. Esa misma tarde me fui a estudiar a Buenos Aires.

Siempre me gustó psicología, pero era tarde para inscribirme. Entré en la carrera de filosofía, en la Universidad del Salvador. Dejé a los pocos meses. Sólo me gustaba leer sobre temas filosóficos. No me imaginaba viviendo de esa profesión.

Un aviso en una revista me llevó a estudiar marketing, en un establecimiento terciario. Tamaña fue mi sorpresa cuando comprobé que

eran demasiadas las materias relacionadas con los números, cuando mi afinidad pasaba por las letras. Seguí de todos modos. Tenía veintiocho años y nunca había sido capaz de terminar lo que emprendía. Así que asumí el firme compromiso de finalizar la carrera.

Desde chico me gustó leer. Tener más tiempo libre hizo que me convirtiera en un lector de tiempo completo. Necesitaba conocer. Me volví un indagador apasionado.

A veces pasaba días sin salir a la calle. Devoré cuanto libro se me cruzó sobre temas vinculados con el despertar de la conciencia, el sentido de la vida y la búsqueda del equilibrio interno. También me sentí atraído por los enfoques de Osho y Krishnamurti, las historias de los sufis, las enseñanzas de Jesús y de Buda; así como por lecturas relacionadas con civilizaciones antiguas y de otros planetas. Escaso era el tiempo que dejaba disponible para temas sobre marketing.

En la búsqueda por conocer, me volví muy mental. Demasiado racional. Acumulé tanta teoría que comencé una etapa de mayor desconcierto. Gran parte de las lecturas daba por tierra con mi modo de entender la realidad. Eso me dejaba completamente a la deriva. Sin puntos sólidos en donde apoyarme.

Sentirme confundido no era el estado en que más cómodo me sentía, pero tampoco me molestaba demasiado. Los libros fueron enseñándome a soltar lo que no me era funcional y aprendí a flexibilizar mis puntos de vista. De todos modos, el saldo era positivo. Sentía que el caos interno, que me aportaba la confusión, ampliaba mi estrecho universo y me permitía tener una visión más profunda y vivaz sobre la existencia.

Siempre me atrajo el poder de lo simple. Me maravillo cuando encuentro a quien tiene el don de traducir en un lenguaje llano y entendible conceptos que otros expresan de manera difícil. En ese sentido, existen libros reveladores como “El Principito”, “El Caballero de la Armadura Oxidada” o “Ami, el niño de las estrellas”, que han sido escritos por personas multiplicadoras de vibraciones puras.

Para muchos quizá esos libros sean infantiles y, tal vez, no digan nada. Ahí está la verdad ocultándose a sí misma. A veces se disfraza de

ingenuidad. Otras se coloca el traje de lo insólito y así anda, escapándose de quienes tienen un sólido corazón de piedra.

A esa altura de mi vida seguía teniendo afinidad con el catolicismo, aunque no era de ir a misa. Creía, más bien, que llevar una vida basada en valores universales, tales como el respeto por el prójimo, el amor y la solidaridad, era suficiente para llegar a ser una buena persona. Después de todo, bien podría haber nacido en un hogar con otro tipo de creencias; por lo tanto, lo fundamental siempre sería que tratase de ser un hombre de bien.

Si debiese subrayar la característica más saliente de mi personalidad hasta ese momento, diría que era por demás racional. Todo pasaba por mi mente. Conocía, pero no sabía. Cuando hablaba, simplemente repetía conceptos que había leído. Tampoco era demasiado consciente sobre el poder transformador de las vivencias. Ni del abismo que existe entre el conocimiento teórico y el vivencial.

Cuando cumplí los treinta años y no morí, comprendí que lo que intuía como muerte no estaba vinculado con mi cuerpo, sino que simbolizaba un cambio radical a la forma de vida anterior. Mal o bien, por primer vez intentaba recorrer mi propio camino.

Dar mis propios pasos me ayudaba a crecer interiormente y me permitía sentir mayor seguridad. Pero todavía faltaba mucho por recorrer.

Visión reveladora

Antes de que finalizara el año 2001, viví una experiencia que marcó un antes y un después en mi vida, tras tomar contacto con una comunidad terapéutica de la ciudad de Villa La Bolsa, Córdoba (Argentina), donde personas provenientes de diferentes lugares del mundo estaban nucleadas con el propósito de contribuir a la expansión de la conciencia, la armonización energética y la sanación.

Fue mi hermana mayor, Celina, que ya se encontraba desarrollando su propio camino de búsqueda espiritual, quien sirvió de nexo para que llegara hasta ese lugar, llamado Sambala.

Casi sin darme cuenta, me encontré acostado en una camilla blanca, con los ojos cerrados, escuchando los sonidos raros que provenían de la boca de un hombre español. Mientras colocaba piedras y cristales sobre distintas partes de mi cuerpo, y me rociaba con un líquido al que denominé “limpiador energético”, dijo que aquello que hacía era depurar mi campo etérico.

La suave y armónica música de sonidos naturales que puso para acompañar la sesión, junto al agradable olor de los sahumerios, que rápidamente inundó el cuarto, hicieron que me fuese relajando y abriendo a la experiencia.

Finalizado el encuentro, que duró por espacio de una hora, me sentí más liviano. Esa fue la única sensación que pude identificar con claridad.

A poco de salir del lugar, mi mente comenzó a disparar advertencias teñidas de racionalidad y desconfianza: ¿Cuál era el sentido de todo eso? ¿Para qué me servía, para que me saquen dinero? ¿Sería cierto que a través de esa manera rara de eructar me había limpiado cosas de las cuales no era consciente? ¿No habré caído en manos de chantas?

Una vez en el colectivo de línea, que me traería de regreso a mi ciudad natal (Olavarría), decidí dejar de torturarme con tantas preguntas. Todavía me quedaban recorrer mil kilómetros, y estaba demasiado cansado como para seguir cuestionándome cosas que no podía responder.

No tenía ni la más remota sospecha de que faltaban sólo un par de horas para que mi existencia cobrara sentido, de una manera atípica.

Realmente, no tengo en claro de qué manera exacta sucedió. Simplemente recuerdo que en un momento del viaje, todas las cosas que hice en mi vida se transformaron en piezas de un rompecabeza que encajaron a la perfección, en un proyecto con el que me identifiqué plenamente.

Todo hacía suponer que, luego de años de andar buscando sin resultados positivos, había dado con mi misión de vida.

Ni bien el colectivo detuvo su marcha, para que todos los pasajeros tomáramos un descanso, lo primero que hice fue intentar explicarle a

Tomás –mi hermano menor, que me había acompañado en el viaje a Córdoba– lo que me había pasado. Fue ahí cuando caí en la cuenta de que lo que se me había presentado como una inesperada visión, era prácticamente imposible de traducir en palabras.

Por más que lo intenté de varias formas, mi hermano adolescente sentenció: “Ni vos entendés lo que querés decirme”. Tenía razón. No era capaz de encontrar las palabras adecuadas para decodificar, coherentemente, lo que había recibido.

Decir que lo recibí, puede que suene estafalario. Pero debo confesar que, desde el primer momento, sentí que lo que experimenté no era algo que salió de mí. Mi íntima convicción fue que me lo revelaron. Se trató de un ordenamiento de piezas tan claro y de un solo vistazo, que mi mente, prácticamente, no tuvo tiempo de participar.

Es cierto que físicamente no hubo ninguna persona a mi lado que me haya dicho “tenés que hacer tal cosa”. Ni tampoco un ángel bajó del cielo o algo por el estilo. Sin embargo, de la manera en que lo vivencié, sé que vino de otro plano, otra dimensión o como mejor prefieran denominarlo.

Una manera distinta de “Despertar”

No fue fácil para mi mente, por demás racional, cuadrar con lo que había visto. Me angustiaba no saber cómo explicarlo.

Con el transcurso de los días, me fui serenando. A medida que gané en claridad, reconocí que no se trataba de algo complejo de explicar, sino que la dificultad radicaba, principalmente, en que abarcaba muchos aspectos al mismo tiempo.

Me alivió comprender que lo que le daba una apariencia inentendible era la suma de cosas simples, entrelazadas, presentadas de un solo golpe de vista.

Como de acuerdo a lo que había aprendido en un curso de PNL (programación neuro–lingüística), mi canal de expresión predominante

era el visual, pensé que debía apoyarme en las imágenes para mostrar lo que tenía que hacer. Fue así como comencé a pasar horas y horas frente a la computadora, rastreando fotos en Internet que me resultaran útiles.

Tuve que dejarme guiar por la intuición, algo a lo que no estaba demasiado acostumbrado. Entraba a los buscadores de fotografías e ingresaba palabras que me surgían en el momento: amor, equilibrio, armonía, color, naturaleza, percepción, máscaras, flores, etc. Cientos y cientos de palabras, libradas al azar, me permitieron reunir más de cuatro mil imágenes, que me ayudarían a consolidar lo que había visualizado en el colectivo.

Intenté explicarles a algunos familiares y amigos cómo convertiría la visión en un proyecto, pero, a juzgar por la incredulidad con que me miraban, comprendí que únicamente a través de las palabras no lograría hacerme entender. Así que lo más acertado fue enfrascarme en la computadora, hasta que pudiese imprimir, aunque más no sea, un par de hojas que dieran forma a lo que les había intentado plantear.

Los primeros meses fueron los más duros. Nadie comprendía qué era eso que tanto tiempo me demandaba, cuando en realidad tendría que estar dedicándole más horas al estudio para finalizar la carrera de marketing, y buscar alguna actividad laboral que me ayudara a generar ingresos.

Tantas horas de inactividad física, sumadas a mi creciente ansiedad —que liberaba a través de la comida— tuvo un resultado alarmante: comencé a aumentar rápidamente de peso. Pero no me importaba. Debía plasmar sobre el papel aquella visión que le dio sentido a mi vida.

Por suerte, tengo un amigo psicólogo, Alejandro, que por tener desde chico la percepción extrasensorial desarrollada no veía como algo lunático lo que estaba realizando.

De alguna manera tenía que largarme a la piletta, así que, luego de darle infinitas vueltas al asunto, resolví que lo que había recibido podía concretarse bajo el esquema de un parque temático.

Impulsado por esa idea comencé con la primera página del proyecto. Le puse un nombre que le diera identidad, “Despertar”. Y escribí su

misión: “Contribuir al desarrollo y la evolución de la humanidad, brindando herramientas para alcanzar el equilibrio físico, mental y espiritual del hombre, dentro de un marco natural que ayude a tomar conciencia sobre el cuidado del medio ambiente”.

El objetivo principal estaría puesto en responder a la demanda inteligente de personas que están en un proceso de búsqueda interior y que desean expandir su conciencia para lograr vivir en armonía.

La visión cobraba vuelo. El parque temático se asemejaría a una aldea multidisciplinaria, que ayudaría a comprender la realidad bajo nuevos puntos de vista. Nuclearía a las diversas terapias alternativas y complementarias, así como a los distintos métodos que contribuyan a que las personas se sientan interiormente renovadas.

A modo de síntesis del proyecto, escribí: “Despertar se convertirá en el parque temático donde confluirán las principales tendencias mundiales: los eonegocios, el ocio inteligente, el interés por el autoconocimiento, el retorno a lo natural y la búsqueda de métodos que permitan llevar una vida más sana y armónica”.

Destaqué que un emprendimiento de tales características mostraría una visión humanista de los negocios, abriría las puertas para que el arte, el conocimiento y la cultura tengan una manera diferente de expresarse. Permitiría que las personas aprendan jugando, en medio de un entorno natural y crearía un espacio propicio para que aflore lo mejor del hombre.

También remarqué que “Despertar” cumpliría una función social, dado que un porcentaje de las ganancias del parque se destinaría a la creación de un centro de capacitación permanente, para ayudar a que personas de escasos recursos puedan reinsertarse en el sistema laboral, a través del aprendizaje de diversos oficios.

Ya tenía el enfoque un poco más claro. Agregué, luego, que el parque temático no tendría identificación política ni religiosa alguna. Sería un lugar sostenido por valores humanos.

Este espacio, que apuntaría a que el hombre despierte a su realidad interna, contaría con claras segmentaciones que representarían, algo así,

como niveles de evolución. Abarcaría desde lo más avanzado desde el punto de vista tecnológico –para evidenciar que la inteligencia puede ser utilizada al servicio de bien común y no sólo para la destrucción–, hasta la naturaleza en estado puro, para crear marcos armónicos que induzcan a la contemplación e introspección.

Imprimí las primeras hojas y comencé a mostrarlas. A medida que sumé opiniones, me di cuenta que, pese a mis esfuerzos, seguía sin tener la claridad suficiente como para hacerme entender. Esa limitación me sirvió como impulso. Me animé a dibujar y a pintar la forma que tendría “Despertar”.

Seguir más allá de la razón

Mi mente pedía a gritos que dejara todo de lado, que se trataba de algo irracional, que no perdiera más el tiempo y que empezara a llevar una vida normal. Mi corazón, en cambio, me aconsejaba que siguiera adelante, que me dejara guiar por la intuición y aprendiera a confiar.

Para darle un orden a mi vida y poner los pies sobre la tierra, primero concluí el terciario. Me recibí de analista superior en Marketing Estratégico, en la Escuela Argentina de Negocios. Luego me inscribí en la Universidad CAECE, para realizar la Licenciatura en Marketing.

Me alegré cuando advertí que podía conjugar el estudio y el proyecto. Había una materia, que se llamaba desarrollo de un proyecto de negocio, que me permitiría hacer las dos cosas a la vez.

Dediqué muchísimas horas a plasmar sobre el papel lo que me fue transmitido en Córdoba, para poder presentarlo de manera más clara y prolija. Pero mis esfuerzos valieron de poco.

Cuando le mostré la primera parte al profesor, dictaminó: “Va a tener que cambiar de unidad de negocio. Esto que quiere realizar, le será imposible traducirlo a números en el trimestre que dura la materia”. Me terminé juntando con dos compañeras, para exportar zapatos de novia a Chile. No era lo mismo, pero tenía que aprobar la materia.

El profesor tenía razón. Además, nunca estuvo en mis planes calcular los costos. Pretendía que las empresas que invirtieran en el proyecto sean quienes realizaran los cálculos para que, de ese modo, se involucraran y comprometieran a llevarlo adelante.

A medida que transcurrían los días, alternaba el estudio con el desarrollo del parque temático. Eso me situaba en dos mundos al mismo tiempo: uno, el de las obligaciones; el otro, donde podía dar rienda suelta a la imaginación y sentirme plenamente vivo.

El pasaje de un lado al otro de mi realidad hacía que me planteara, entre otros aspectos, el sentido real de la enseñanza académica. Reconocía que tener un título universitario me posibilitaría trabajar, pero esa clase de enseñanza era por demás insuficiente. No me preparaba para lo que implicaba vivir.

¿No podrían acaso las universidades ayudar a que seamos mejores personas, más humanos, sensibles o solidarios? ¿Por qué paralelamente no se enseña a disfrutar del presente, a no perder la capacidad de asombro, a sonreír y a escuchar la voz del corazón?

Cada planteo o cosa que no entendía me llevaba a un nuevo enfoque del proyecto. Fue así como comprendí que el parque temático, pese a que tendría la fachada de un lugar de entretenimiento y distensión, sería, en realidad, una apasionante escuela de vida, en donde las enseñanzas se brindarían de manera cálida e informal.

Durante varios años me negué a estudiar. Consideraba que no tenía que demostrarle a nadie si sabía o no. Me daba broca observar cómo, en líneas generales, la gente respetaba a quién tenía un título y menospreciaba al que no.

Buena parte de la sociedad pareciera no querer entender que el título universitario acredita, únicamente, el conocimiento en un campo específico del saber, pero nada más. No garantiza, por eso, que uno sea mejor persona. Existen muchas personas sabias y extraordinariamente humanas que ni siquiera saben leer o escribir, pero que se manejan de manera ética, tienen palabra de honor y una mirada pura y sincera, que transmite calma y plenitud. También las hay con título, pero hay que buscarlas con lupa.

Una noticia inesperada reacomodó, nuevamente, el cuadro de mi situación personal. Mi ex esposa me dijo que tendríamos otro hijo, Santiago. Su llegada trajo mucha luz a nuestras vidas y fue el nexo para que nuestros caminos se volvieran a unir con fuerza.

En diciembre, finalicé la carrera y colgué el título de licenciado en Marketing, junto al del terciario. No me sentía identificado con ese tipo de profesión. Era consciente de que me había recibido sólo para demostrarme que podía finalizar lo que empezaba.

Una tarde, sin dar demasiado crédito a mis palabras, le dije a mi amigo Alejandro: “No me preguntes por qué, pero creo que este año que comienza será muy intenso en vivencias”.

Hasta ese momento, la mayoría de lo que conocía era porque lo había leído. No porque lo había experimentado. Sentía que me estaba ahogando con tanto mar de letras en mi cabeza. Necesitaba tener una vida más rica en vivencias.

Por ese entonces, lo único que tenía en mente era aprovechar todo el tiempo posible para ver hasta qué punto podía ser viable el proyecto del parque temático.

Llegaron las vacaciones de verano. En enero decidí ir unos días a la ciudad balnearia de Necochea, junto con mi esposa Claudia y mis dos hijos.

Al cabo de unos días de descanso en la playa, mi intuición me llevó a comprar un libro titulado “Médano Blanco”, en una librería que daba a la peatonal. Hablaba sobre un lugar energético, situado a pocos kilómetros del centro necochense. Lo que no sabía era que, en virtud de las sincronicidades, pocos meses después, los relatos de ese libro formarían parte de mi realidad.

Al mes, regresé a Necochea. Esta vez se sumó al viaje mi hermana Celina y sus dos pequeños hijos. A diferencia del viaje anterior, en esta oportunidad decidí que llevaría el proyecto “Despertar”. Uno nunca sabe dónde y cómo pueden presentarse las oportunidades.

Los hechos se sucedieron con suma celeridad. Paramos en un hotel céntrico, con cuyos propietarios tenemos un fuerte vínculo afectivo, potenciado por dieciocho años seguidos de veranear en la misma ciudad.

Al segundo día de estadía, a través de una charla que mantuve con ellos, me sugirieron que conociera a su maestro de yoga y le mostrara en qué estaba trabajando. Fui a verlo junto con mi hermana, mientras que mi esposa se quedó cuidando a los cuatro chicos en el hotel.

Una vez reunidos, el profesor de yoga no dudó en decir que teníamos que conocer a una mujer que canalizaba. La llamó por teléfono y le pidió que viniera lo más rápido posible.

El enigmático mundo de las canalizaciones

Desconocía que la persona que estaba por llegar nos iba a poner en contacto con otro tipo de realidad. Estábamos a punto de ingresar al enigmático mundo de las canalizaciones. Un mundo en donde los chantas, los lunáticos y los que se autoproclaman mecías, se mimetizan con quienes, verdaderamente, son canales de luz y se ofrecen para que una dimensión desconocida tome contacto con la realidad ordinaria.

Sin saberlo, el proyecto me estaba abriendo una puerta que me conducía hacia lo paranormal.

Minutos más tarde, una mujer alta, robusta y de profundos ojos celeste estaba conversando con nosotros. Mientras acariciaba un rosario, que sostenía entre sus manos, comenzó a canalizar: “Me están diciendo que tienen que subir al cerro El Pajarillo, en Capilla del Monte (Córdoba), a las cinco de la mañana en ayunas. Vos –me dijo a mí– vas a sentir que regresas a casa”.

También nos informó que primero debíamos ir a Villa Giardino (Córdoba) y hablar con la guardiana de la antigua iglesia jesuita, de donde fue robada la estatua de la Virgen de Nuestra Señora de la Merced. Teníamos que comunicarle que “la imagen sería encontrada” y que “la tenían escondida muy cerca de allí, entre los cerros”.

Luego, dirigiéndose a mi hermana le dijo que hablara con el chico que frecuentemente estaba en esa iglesia, porque él tenía un mensaje para darle.

No salía de mi asombro, mientras la escuchaba atentamente. Nunca había sentido la palabra canalizar. Era la primera vez que estaba frente a alguien que decía estar comunicándose con seres que estaban fuera de la dimensión física.

Desde mi limitada perspectiva, la mujer era algo así como una radio. Podía conectar con frecuencias vibracionales y traducir lo que le comunicaban con suma convicción.

Tras una breve pausa, en donde miró hacia arriba –como quien trata de vivenciar un recuerdo–, me explicó que ni bien el maestro de yoga la llamó por teléfono para que se reuniese con nosotros, sintió que la piel se le erizaba porque se encontraría con un hermano.

Mirándome a los ojos me explicó: “Nuestro vínculo se remonta a una vida anterior. Fuiste un monje benedictino, de apariencia totalmente distinta a la actual. Me cuidaste hasta el día de mi muerte. Los dos llevamos una profunda vida religiosa. Vos cumpliste muy bien con tu misión. Comprá un rosario de madera. A medida que reces y lo toques, comenzarás a recordar parte de esa vida religiosa”.

Sus palabras, aunque increíbles, me hicieron recordar el momento exacto de mi adolescencia en que le planteé a mi padre que quería ser misionero. Hay quienes sostienen que uno tiende a querer hacer aquello con lo que se identificó en otras vidas.

Otra de sus frases, me sacudió aún más: “Ustedes dos fueron marido y mujer en otra vida”. Eso era algo que no estaba preparado para escuchar. Me pareció chocante. Si bien había leído sobre la posibilidad de que evolucionemos en grupos álmicos, desempeñando diferentes tipos de roles y vínculos, una cosa era leerlo y otra muy diferente era que alguien, que decía estar comunicándose con otra dimensión, asevere que había estado casado con mi hermana.

Luego de transmitir los mensajes, la mujer nos explicó cómo se había producido su despertar a ese tipo de realidad, que incluía visiones sobre hechos futuros y pasados, contactos con hadas y gnomos, la Virgen María, los ángeles, seres fallecidos y entidades de otros planetas y dimensiones.

Todo parecía como sacado de una película de Spielberg. Sin embargo, que nos contara que hasta hacía unos pocos años había llevado una vida muy diferente, desempeñándose como una reconocida abogada, a la que principalmente le importaba el estatus, el dinero, el poder y su imagen personal, tornó el relato un tanto más creíble.

También hizo disminuir mi incredulidad saber que ella era tan o más racional que yo, pero que tuvo que abrirse a esa nueva realidad a fuerza de sacudones que la llevaron a pedir apoyo a una psicóloga transpersonal, para evitar enloquecer.

“Entrar al juzgado y ver que tal o cual persona se iba a morir, me trastornaba. También me desconponía tener visiones catastróficas que luego veía reflejadas en las páginas de los diarios o por la televisión. Y me asustaba que se me aparecieran personas fallecidas”.

Así, a medida que la mujer desnudó sus temores, pude ver que estar en sus zapatos no era tarea sencilla. Como tampoco era tarea nada fácil acallar mi mente prejuiciosa, que seguía sin entender por qué estaba escuchando aquellos insólitos relatos, cuando en realidad lo que buscaba era que alguien me orientara sobre el proyecto.

Como el reloj marcaba cerca de las dos de la tarde y nos estaban esperando para almorzar, nos despedimos y retornamos al hotel.

Una vez en la calle, nos reímos mientras caminábamos. Al tiempo que no salíamos del estupor por lo experimentado, en tan sólo un par de horas. Tampoco sabíamos cómo íbamos a explicarle a Claudia lo acontecido en la reunión.

Por mi parte, lo único que tenía en claro era que por ningún motivo le diría que, supuestamente, había estado “casado con mi hermana”. Era algo que no terminaba de digerir.

El primer viaje: la curiosidad como impulso

Cinco días más tarde, con mis hermanos Celina y Tomás partíamos desde Olavarría a Capilla del Monte para subir al cerro El Pajarillo. Si

bien mi hermano no fue mencionado en la canalización inicial, por teléfono le consultamos a la mujer si podíamos llevarlo, porque él insistía en que quería viajar con nosotros.

Distinta era la postura de mi otro hermano, Lucas, que pese a ser muy joven se mostraba totalmente escéptico y tildaba de loco lo que estábamos por hacer. Nuestra madre, por su parte, nos decía: “No sé cómo los crié para que me salieran así de raros”.

En medio de bromas y mucha excitación por lo que supondría subir a la montaña, no caímos en la cuenta de que estábamos viajando, un 21 de enero, hacia un lugar turístico que estaría repleto de personas, por lo que encontrar un lugar donde dormir no iba a ser fácil.

Luego de 900 kilómetros de marcha en camioneta, llegamos a Villa Giardino y localizamos la iglesia. Era tal cual nos la había descrito: antigua, de la época de los jesuitas y tenía un cementerio al frente.

Una vez que logramos hablar con Irma, la guardiana del lugar, entramos a la capilla y constatamos que, efectivamente, la estatua de la Virgen había sido robada. Todavía se lograba ver sobre la pared el contorno de su silueta.

Le comunicamos a la mujer el mensaje que teníamos para darle. Ella nos comentó que tenía esperanzas de que se pudiera recuperar, pero que sabía que detrás del robo había intereses políticos de por medio.

Celina habló a solas con el chico, que tenía una mirada muy pura y era demasiado tímido. Nos dijo que no podía contarnos lo que le había dicho el joven, porque se trataba de un mensaje personal. Lo único que nos contó fue que ella le regaló una lámina con la imagen del Padre Pío, para que lo proteja.

De esa manera, dimos por cumplida la primera parte del viaje con cierto nerviosismo, por comprobar que las cosas que la mujer había canalizado eran ciertas.

Continuamos la marcha. Llegamos a Capilla del Monte bastante cansados. Ninguno de los tres había estado anteriormente en esa ciudad y no teníamos referencias válidas sobre a qué hotel ir o dónde parar.

Empezamos a buscar. Todo estaba ocupado. De pronto, Tomás dijo: “Miren ese duende dibujado en la pared, indica que tenemos que ir en esa dirección”. Lo tomamos como una señal y avanzamos con el vehículo.

La calle nos llevó hasta la “Hostería de las Nubes”, donde conocimos a Gabriel, propietario del lugar. Un ser por demás humano, quien al igual que nosotros reconocía que estaba atravesando un fuerte proceso de búsqueda personal.

Gracias a su hospitalidad, pudimos sentirnos muy cómodos y a gusto, mientras nos poníamos en campaña para ver cómo haríamos para subir al cerro El Pajarillo.

No habíamos terminado de acomodarnos en la habitación, cuando Gabriel nos dijo que en veinte minutos un grupo de personas sería guiado por una mujer “contactada” hasta el playón situado frente al conocido Cerro Uritorco. Famoso, internacionalmente, por los avistamientos de ovnis.

Pese a que eran pasadas las diez de la noche y estábamos muy cansados, no dudamos un instante en aceptar la invitación.

Mientras nos dirigíamos al lugar, Gabriel nos explicó que Lina, la mujer que conduciría la ceremonia, era una persona que, desde muy joven, fue capacitada por seres de otro planeta como guía, para establecer contactos primarios.

Desde corta edad me sentí atraído por el fenómeno ovni. Consideraba que, por una simple cuestión de probabilidad, habiendo tantos y tantos millones de galaxias similares a la nuestra, era factible que existiesen otros tipos de civilizaciones. Pero, hasta ese momento, mi experiencia no pasaba de algún par de lecturas sobre el tema, así como por la cobertura periodística de sorprendentes círculos aparecidos en quintas y campos de Olavarría –atribuidos a extrañas luces o naves extraplanetarias– durante fines la década del ochenta.

Una vez en el playón, nos encontramos con un grupo de personas que también estaba expectante por lo que pudiese suceder.

Lina nos dio la bienvenida. Explicó que lo que estábamos por presenciar era una ceremonia de iniciación, en donde ella se contactaría

con los seres de ERKS (sigla con que se designa a la ciudad intraterrena situada a los pies del Cerro Uritorco, que significa Encuentro de Remanentes Cósmicos Siderales), para que pudiéramos tomar conciencia de que no estábamos solos en el universo.

Tras recitar algunos mantras y hacer saludos en forma circular, a lo lejos pudo observarse que, en el cielo, se encendían y apagaban fuertes luces, que parecían responder a sus gestos. Según sus palabras, se trataba de naves centinelas, que contribuían al proceso de ayudar al hombre a que despierte a una nueva realidad.

Esa noche nos costó dormir. Nuevamente habíamos formado parte de una realidad distinta a la cotidiana. Todavía nos restaba cumplir con lo canalizado.

Al día siguiente llamamos por teléfono a un baquiano, para que nos condujera hasta la cima del Cerro El Pajarillo.

De acuerdo con la canalización, teníamos que comenzar a subir a las cinco de la mañana, pero como el día estaba lluvioso lo hicimos recién a las once, cuando el cielo se despejó.

Un intenso calor, que superaba los treinta grados, sumado a una cantidad increíble de tábanos y plantas con espinas respetables, hicieron que el ascenso no fuera para nada placentero. A eso se sumaba que, por tratarse de un cerro virgen, no había senderos marcados para subir.

Recuerdo que los últimos cien metros los subí rezando, porque no me quedaban más fuerzas. No vi nada. Tampoco sentí que “regresaba a casa”, como me lo había manifestado la mujer. Descendí discutiendo con mis hermanos. De algún modo tenía que liberar la bronca que sentía por haber hecho más de mil kilómetros para someterme a un calvario, por el simple hecho de ser curioso.

Por teléfono, le narramos a la mujer lo sucedido. Nos respondió que teníamos que aprender que las canalizaciones debían cumplirse al pie de la letra, porque de esa manera se pone de manifiesto el grado de compromiso con el mensaje recibido.

“Si dicen a las 5 de la mañana –aclaró–, deben hacerlo a esa hora, aunque llueva o truene, ya que sólo respetando lo dicho se dan las circunstancias para que cada uno reciba lo que tenga que recibir”.

Estábamos por regresar a Olavarría, cuando nos propusieron si queríamos acampar la noche siguiente en el Cerro Uritorco. Los tres estuvimos de acuerdo y nos fuimos a descansar para reponer fuerzas.

Aunque esta vez el camino estaba marcado, subir al Uritorco en días de calor intenso resulta cansador. El esfuerzo bien lo vale, por el maravilloso espectáculo que ofrece en cuanto al paisaje, así como por el imponente marco que regalan las estrellas al anochecer.

Mientras subíamos, a las dos de la tarde se escuchó un fuerte zumbido. Lo único que pude ver fue que, desde una de las laderas del cerro, salió una luz verde a gran velocidad. El avistaje, de lo que el guía calificó como una canepila, no duró más de dos segundos.

Acampamos por algunas horas en el Valle de los Espíritus y en la madrugada emprendimos la marcha, para ver el amanecer desde la cima.

Subir el último tramo a la luz de las linternas, no fue simple como suponíamos. Sin embargo, nuestro esfuerzo se vio recompensado por la ceremonia que realizó nuestro guía, quien agradeció al padre Sol y a la madre Tierra, por medio de emotivas canciones.

Cerca del mediodía descendimos del Uritorco. Pese a las recomendaciones, emprendí el regreso a Olavarría. Fuimos por dos días y terminamos quedándonos cinco.

Al cabo de tres horas de viaje, noté que lo que nos habían dicho era cierto: “No viajen porque la energía del lugar hace que se sientan plenos, pero ni bien se alejen de Capilla del Monte sentirán el cansancio por el esfuerzo que hicieron durante la estadía”. Un café en cada estación de servicio me ayudó a seguir viaje. Regresamos a Olavarría cerca del anochecer.

Todo lo vivido nos pareció muy intenso, pero el tema de la canalización nos había dejado sabor a poco. Aunque sabíamos que no cumplimos, al pie de la letra, con lo que se nos había manifestado.

Hasta ese momento, mi vida se desarrollaba dentro de márgenes controlables. No sabía que faltaban sólo un par de meses para que mi realidad diera un giro de ciento ochenta grados.

Durante febrero y principios de marzo del año 2004, seguí trabajando en el desarrollo del parque temático. Esa era la única manera en que sentía que estaba haciendo lo que me gustaba. Pero ni bien dejaba la computadora de lado, mi angustia existencial parecía ahondarse.

Un llamado telefónico desde Córdoba, por parte de mi hermana, hizo que esa sensación de angustia se agudizara todavía más: “Mirá el canal Crónica, están pasando que dos asaltantes entraron para robar a la casa de la mujer que canalizaba y la violaron”. Un verdadero acto de barbarie.

No fui capaz de llorar. Había desarrollado el tortuoso hábito de bloquear mis emociones y ahogar mis lágrimas. Ese mecanismo de defensa, que me llevó varios años poder modificar, me permitía mostrarme fuerte en las situaciones difíciles, para que los demás tuviesen alguien en quien apoyarse.

Escuchando mi voz interior

Para Semana Santa, sentí que necesitaba irme a Necochea. Tenía que pensar en cómo seguir avanzando con el proyecto, pero, sobre todo, tenía que intentar encontrarme a mí mismo.

Me sentí egoísta por tener ese impulso, aunque sabía que si quería lograr cambios en mi vida, debía empezar a escuchar mi voz interior. Eso implicaba dejar la racionalidad de lado y dar pasos en el vacío, sin que existieran motivos lógicos que justificaran mi accionar.

Percibía, claramente, que eso era lo que tenía que hacer. Mi mente se resistía, pero por primera vez no me importó. Estaba decidido a que fuese la intuición quien me guiara.

Llamé por teléfono y alquilé un departamento, que daba frente al mar, durante quince días. Le pedí disculpas a mi familia por no llevarlos.

Ellos, a su modo, me entendieron. Les dejé la camioneta para que estuvieran más cómodos y viajé en la de mi madre, que estaba disponible.

La noche anterior al viaje, Celina llamó para preguntarme si me iba a Necochea porque sabía que durante Semana Santa la mujer que canalizaba iba a estar en esa ciudad para intentar reponerse de lo que le había sucedido. Le respondí que no sabía nada, así que ella me pasó el mail para que intentara comunicarme.

Lo único que hice fue enviarle un correo electrónico dándole ánimo, y le dejé el número de teléfono y la dirección de donde me hospedaría, por si le podía ser útil en algo.

Viajé el miércoles 7 de abril. A medida que recorría la ruta, mi cabeza se perdía en miles de pensamientos: ¿por qué viajo sin realmente saber para qué? ¿Me estaré volviendo loco? ¿Qué necesidad tengo de complicarme tanto? ¿Por qué no vuelvo a trabajar al diario y llevo una vida normal, en vez de hacer este tipo de pavadas sin que existan motivos racionales que lo justifiquen?

Para colmo de males, cuando llegué a Necochea llovía y la ciudad estaba desolada. Demasiado gris. La mayoría de los negocios estaban cerrados y, en algunos casos, tapiados con maderas para evitar robos. De haber sido un maniático depresivo, esa era la tarde ideal para despedirme del mundo.

Mi ilusión de sentarme en la playa a meditar se había apagado con el agua de lluvia, así que no tuve mejor idea que acostarme a dormir.

Al día siguiente fue Jueves Santo. No llovía, pero el viento y el frío se hacían sentir. No me importó. De todos modos decidí salir a caminar por la playa. Cada tanto el Sol asomaba y se volvía a esconder. Era extraño ver el paisaje tan desértico. Muy de tanto en tanto me cruzaba con algunas personas que caminaban solas. Me daban ganas de preguntarles si estaban tan confundidas como yo, pero no me animaba. Miraba hacia abajo y seguía caminando.

Las olas eran indiferentes a mi presencia, seguían con su eterno ritual de coronar la costa con espuma. La caminata se hacía más llevadera escuchando música de relajación, en el reproductor de mp3.

Casi instintivamente, evité dar un paso. Al mirar hacia abajo, comprobé que estaba a punto de pisar una abeja. Me pareció raro poder darme cuenta de su presencia, porque su figura se perdía entre la arena. Estaba dada vuelta. La toqué suavemente y pudo volar.

A los pocos metros, nuevamente lo mismo. Me detuve y encontré otra abeja que necesitaba ayuda. La di vuelta y emprendió su vuelo.

Eso no hubiese llamado demasiado mi atención, si no fuese porque el mismo hecho se repitió, por tercera vez, unos metros más adelante. Sin proponérmelo, me detuve y evité pisar a otra abeja, a la cual también ayudé para que pudiera seguir su rumbo.

Salvo por este particular episodio, hasta en ese momento intrascendente, pasé la mañana y parte de la tarde sin indicio alguno sobre por qué sentí que tenía que estar en Necochea para esa fecha.

Al regresar al departamento, tenía un mensaje en el celular de la mujer que canalizaba. Me explicaba que no estaba bien, pero que sentía que teníamos que encontrarnos. Dejó dicho que, a las nueve de la noche, pasaría a buscarme para tomar un café.

Eran cerca de las seis de la tarde. Recién me había dado una ducha con agua caliente. Mi esposa llamó para ver cómo marchaban las cosas. Mientras le comentaba que me reuniría con la mujer, vi por la ventana del departamento que en la playa había una familia que se había encajado con el auto y no había nadie que los auxiliara.

“Te vas a quedar vos también”, me dijo Claudia. Intuí que tenía razón, pero no podía permanecer indiferente. Corté y me dirigí rápidamente hacia la playa.

El auto estaba muy encajado y la marea subía. Le expliqué al hombre que tenía una camioneta cuatro por cuatro, pero, como era de mi madre, no sabía usar la doble tracción. De todos modos, me ofrecí para intentar sacarlo.

Había anochecido. Corrí a buscar el vehículo, presintiendo lo que me esperaba. Apenas me puse detrás del auto, para sacarlo, quedé en-

cajado. La camioneta no movía para ningún lado. “Quién me mandó a meterme”, me reproché internamente.

Luego de varios intentos, aprendí a usar la doble tracción. Bajé también el aire de las ruedas para que se afirmara mejor la camioneta y logré auxiliar a la familia, tras una hora y media de esfuerzo.

La expresión de alegría del matrimonio me llenó de júbilo. Ellos no lo sabían, pero, en realidad, el auxiliado fui yo, por que me dieron la oportunidad de sentirme útil.

Cuando el reloj marcó cerca de las nueve de la noche, fui a un restaurante con la mujer que canalizaba. Se la veía triste, cansada, con poco ánimo. Me contó lo que le había sucedido. Hablarlo le hacía bien. La ayudaba a liberar su traumática vivencia.

A medida que avanzaba en el relato, se le entrecortaban las palabras. “Todavía no sé por qué tengo que estar sentada con vos –me dijo–, pero quizás dentro de un rato pueda saberlo”.

En medio de la cena, me recordó que me sentía como si fuese su hermano, porque veía que en otra vida, cuando fui monje benedictino, la cuidé hasta que murió. Dijo, además, que en ese entonces, mi aspecto era muy diferente: era flaco, alto, rubio y un poco pelado.

Seguimos conversando. Ella hizo una pausa. Desenfocó su mirada y me comunicó que estaba recibiendo que, al día siguiente, debía acompañarla a Médano Blanco. Sus palabras me llamaron la atención, porque tres meses antes, cuando estuve de vacaciones en Necochea con mi familia, compré el libro titulado “Médano Blanco” (de Bastian, publicado por Ediciones Kemkem) porque sentí que tenía que leerlo.

El libro explicaba la increíble historia de un cazador que, por casualidad, descubrió un potente campo energético, situado sobre un médano a varios kilómetros del centro necochense. Años más tarde, tuvo un accidente que lo dejó en silla de ruedas y casi sin habla. Tuvo que hacerse entender por señas, para que lo llevaran hasta ese sitio. Una vez allí, el cazador se recostó unos minutos sobre el médano energético y a los pocos meses se recuperó por completo.

La propuesta de la mujer, sumado a que sólo un par de horas antes un hecho fortuito me había enseñado a usar la doble tracción, me dio la pauta de que, tal vez, no había estado tan equivocado al seguir el dictado de mi voz interior. Algo parecía empezar a gestarse.

Un viernes muy particular

El Viernes Santo, la mujer que canalizaba, su sobrina, una amiga, un joven necochense y yo nos preparamos para ir hacia Médano Blanco. Tal cual lo leído, había que subir y bajar por los médanos, cruzar badenes y recorrer aproximadamente 36 kilómetros por la playa.

Por momentos, tenía la sensación de que me había metido dentro del libro. Sólo el temor a quedarme encajado tan lejos de la ciudad me hacía tomar contacto con la realidad.

En un determinado momento, la mujer pidió que detuviese la marcha. Se bajó y explicó: “A través de la energía que sienta en mis manos, sabré cuál es el sitio correcto”.

Una vez que localizó el médano energético, nos sentamos en la arena y encendimos velas y sahumeros. Eran justo las tres de la tarde. Luego de manifestar las intenciones personales, nos pusimos a rezar el rosario. Hacía calor. El viento soplabá con cierta intensidad. En medio de las oraciones, la mujer nos comunicó que entidades de diferentes planos se estaban presentado y también seres fallecidos.

Miré alrededor. Solamente había arena. Permanecí en silencio. No creía en sus palabras. De pronto, la mujer me dijo: “Está Julio, te está abrazando”.

Quedé asombrado. Mis ojos se humedecieron por la emoción. Julio era el nombre de mi padre fallecido. Sentí un intenso cosquilleo por todo el cuerpo, que fue más intenso todavía cuando lo describió tal cual como era, de estatura mediana, canoso y muy jovial.

“Me está diciendo que los ama”, sostuvo con voz suave la mujer.

Me dijo si quería preguntarle algo. Me costó pronunciar la frase. Tenía un nudo en la garganta. De la mejor manera que pude, le transmití

que le preguntara si estaba enojado porque había renunciado al diario. Su respuesta fue aliviadora: “Se está riendo a carcajadas”.

Por algunos momentos, mi mente quedó en blanco. Sabía que la mujer no tenía dato alguno sobre mi padre. En ese instante recordé nuestro primer encuentro, cuando ella me explicó: “Recién vas a empezar a confiar en las canalizaciones cuando te vayan revelando datos personales, que sólo vos sabés”.

Cada uno de los presentes recibió sus propios mensajes, de parte de sus familiares fallecidos.

Pensé que todo volvería a su cauce normal, pero la mujer volvió a hablar: “Están presentes los espíritus de varios indios, quienes se están sentando en círculo con nosotros. Me están transmitiendo el nombre Aguila Blanca”.

Seguidamente, me miró y agregó: “Están ungiendo tus oídos”. Luego describió la manera en que habían trabajado sobre mi chacra coronario y puntualizó que veía que un rayo de luz atravesaba mi mente.

También acotó que los seres presentes, entre los que había algunos provenientes de planetas remotos, agradecían que estuviésemos en ese sitio en una fecha tan especial.

Antes de terminar la canalización me dijo: “Julio, en este momento está presente Aguila Blanca. Su presencia es imponente. Es un gran jefe indio. Me está diciendo si estás dispuesto a dar pruebas de que realmente querés cambiar”.

Dudé. No sabía que implicaría “dar pruebas”. De todos modos, manifesté que aceptaba. Aguila Blanca, por intermedio de la mujer, me pidió que el 25 de abril fuera a San Nicolás (provincia de Buenos Aires), donde comenzaría mi proceso de cambio. Y que, a partir de allí, durante tres meses lleve una vida de retiro. Un retiro de mi mente, buscando en mi interior.

“Dentro del período de los tres meses, contando a partir del 25 de abril, una semana entera la deberás pasar en un lugar sagrado que queda entre Olavarría y Azul”, precisó.

“¿Se te ocurre cuál puede ser ese lugar?”, me preguntó la mujer. No supe qué responderle. El único sitio que se me cruzó por la mente fue el Monasterio Trapense, pero en realidad no estaba seguro de su ubicación geográfica. Igual lo mencioné.

Aguila Blanca reveló “siete meses, siete días y siete horas”, como referencia de un hecho importante que modificaría mi vida”.

“Me dice que, de ahora en más, prestes atención al número 7 –agregó la mujer–, y que te esperan tres años muy duros, pero vas a salir airoso. No temas. A tus hijos y a tu esposa no les pasará nada”.

El jefe indio también le expresó, por último, que respetaba mi libre albedrío y que quedaba en mí hacer las cosas o no. Le agradeció a la mujer el esfuerzo que hizo para transmitirme el mensaje, el cual quedó de manifiesto en la abundante cantidad de lágrimas que recorrieron su rostro, mientras nos hablaba, sin que por ello le cambiara la voz.

Una vez que los mensajes finalizaron, quedamos conmovidos. Pasamos largos minutos en silencio. Intercambiamos, luego, algunas palabras y nos subimos a la camioneta para regresar a la ciudad, antes de que oscureciera.

Al llegar al centro necochense, decidimos ir hasta la iglesia de la Medalla Milagrosa. Un templo en forma circular, situado cerca del puerto, donde quedé impactado con los cuadros de un pintor local, que daban vida y color al vía crucis.

La secuencia de las pinturas mostraban imágenes de planetas que se ordenaban en función de líneas de energía, triángulos y círculos. En los primeros planos se podía ver a Jesús, representado por un hombre muy anciano, dando claras muestras de dolor y sufrimiento.

Justo en el centro de la iglesia, en el suelo, había una figura circular con forma de laberinto, que tenía una inscripción que rezaba: “Yo soy la puerta”. Si uno se paraba en ese lugar y miraba hacia el techo, se encontraba con imágenes de delfines, leones y demás animales, cargados de simbolismos. No parecía que uno estaba dentro de una iglesia católica.

Luego de la misa, algunos lugareños me explicaron que la iglesia tenía ese diseño tan particular, en forma de círculo porque, en realidad,

se trataría de un centro de salvataje para cuando las aguas suban y las profecías apocalípticas se cumplan.

Era demasiado para una sola jornada. Mi cuerpo pedía, a gritos, que fuese a descansar. Me despedí de todos y fui a dormir al departamento que alquilaba. Me costó conciliar el sueño.

Al día siguiente caminé por la playa. Intenté poner en orden mi mente. No podía entender lo que estaba pasando. Fui a Necochea buscando claridad y lo único que obtuve fue una confusión descomunal. Mi mundo racional se estaba despedazando.

Una puerta a lo desconocido comenzaba a abrirse. El camino que mostraba no parecía ser sencillo. La frase “tres años duros” resonaba, una y otra vez, en mi interior. Hasta que en un determinado momento comprendí que el hecho de que fuesen duros no implicaría, necesariamente, que estuviesen teñidos de infelicidad. De todos modos, me sentía intranquilo.

Sabía que lo acontecido no era producto de la casualidad, sino de la causalidad. Los acontecimientos sucedieron de manera sincrónica: la necesidad interna de ir para Semana Santa a Necochea, el encuentro con la mujer, la invitación a ir al sitio sobre el que unos meses antes había leído, aprender a usar la doble tracción horas antes de manejar por los médanos... Las piezas encajaban a la perfección. Mi preocupación era producto de que las cosas no cuadraban de manera racional. ¿Quién era después de todo Aguila Blanca? ¿Y si la mujer tenía problemas mentales? Prácticamente no la conocía. Era la segunda vez, en mi vida, que la veía.

Sin embargo, recapacité que fue mi intención de concretar el proyecto del parque temático quien me la había puesto en el camino. Así que decidí suponer que, tal vez, lo que estaba sucediendo obedecía a un orden subyacente que todavía no podía vislumbrar, por estar muy apegado a mi mente.

Una señal por demás evidente

No tenía más ganas de permanecer en Necochea. Me quedaban nueve días de alquiler pago, pero decidí retornar a Olavarría. Necesitaba del

clima familiar, para sentir que mi vida seguía transitando por carriles normales.

Una vez en la ruta, mientras manejaba, intenté ser claro con lo que me pasaba, así que tomé coraje y hablé en voz alta. Sin saber a quién dirigirme, expresé: “No sé cómo son las señales, ni tampoco de qué manera se manifiestan, pero si ustedes quieren que realmente vaya al Monasterio Trapense, demuéstrenmelo de alguna manera clara. Que no me queden dudas. Soy duro para darme cuenta de las cosas, así que esfuércense. No sé... que aparezca un arco iris sobre el lugar... hagan lo que se les ocurra, no me corresponde a mí decirles cómo tienen que hacerlo”.

Hablando de ese modo me sentí como si fuese un desquiciado, pero de alguna manera me tenía que desahogar.

Me reí de la estupidez que había hecho, porque, a través de mi forma de hablar, estaba dando crédito a que existían entidades operando tras bambalinas. Para tratar de olvidar, puse la música bien fuerte y me concentré en la ruta y en la letra de las canciones. Me faltaban recorrer 290 kilómetros.

Grande fue mi sorpresa cuando, al llegar a la ciudad de Azul, el primer cartel que vi sobre la ruta decía “Monasterio Trapense”. “Esta no es una señal, se trata de un simple cartel. Fue casualidad. Quiero algo que no me deje ninguna duda”, dije nervioso y seguí conduciendo.

En un determinado momento sentí que estaba manejando en dirección a Buenos Aires. “No puede ser –me dije–, porque para ir hacia Capital Federal debía haber pasado por una rotonda y no vi nada”.

Seguí un poco más, pero la sensación de estar manejando en la dirección equivocada fue tan fuerte que detuve la marcha de la camioneta sobre un costado de la ruta y le pregunté a un hombre si estaba yendo bien. Su respuesta me dio escalofrío: “No, pibe, te pasaste, volvé unos kilómetros y te vas a cruzar con una rotonda”.

No lo podía creer. Pero mayor fue mi sorpresa cuando giré la camioneta hacia el carril contrario, para retomar el camino. Justo en ese

lugar, en la banquina, había un cartel color verde que decía “Monasterio Trapense, kilómetro 241”.

Se me erizaron los pelos y mi corazón se aceleró. Dos, más cuatro, más uno, da como resultado siete. Y siete, según la canalización, era el número al que debía prestar atención. Había pedido una prueba y vaya si me la habían dado.

El resto del viaje me lo pasé tratando de entender cómo no fui capaz de ver la rotonda. Tampoco me entraba en la cabeza cómo había hecho para manejar hasta el lugar en donde me detuve, sin darme cuenta antes de que esa no era la dirección correcta. No lo podía comprender. Conocía a la perfección ese camino. Todos los fines de semana pasaba por ahí, cuando me dirigía a Capital Federal para estudiar marketing.

Cuando llegué a mi casa y mi esposa me preguntó cómo me había ido, no sabía qué responder. Si le había resultado raro que viajara a Necochea solo, siguiendo un impulso, qué pensaría si le contaba realmente lo que había sucedido.

Tragué saliva. Respiré. Junté coraje. Y empecé a explicarle. A poco de decir algunas palabras, me di cuenta de que los nervios me estaban jugando en contra. Hablaba a gran velocidad, prácticamente sin hacer pausas.

Me serené. Tomé agua y seguí con la narración de los hechos. Por más que le conté todo, tal cual como sucedió, no tenía muchas esperanzas de que me creyera. Ni siquiera yo podía dar crédito sobre lo que había experimentado.

“¿Y ahora, qué pensás hacer?”, me preguntó, con cara de preocupación.

“Todavía no lo sé –le respondí–, creo que voy a seguir, quiero ver adónde me conduce todo esto que me está pasando”.

Esa noche al acostarme, mientras miraba el techo de la habitación, supe que si los acontecimientos se sucederían con tanta espectacularidad, realmente sería cierto que los tres años iban a ser duros. No sólo por lo que representaría mantener la cordura, sino también por la armonía de la pareja.

Se acercaba el 25 de abril, fecha en que debía ir a San Nicolás con la mujer que canalizaba. Como primero tenía que pasarla a buscar por la ciudad de La Plata, se me ocurrió decirle a Alejandro, mi amigo el psicólogo, si no me acompañaba.

Cuando se lo propuse se rió. “Anteayer pensé que nuevamente iría a La Plata, a ver a mi hija, si alguien me llevaba... y vos me estás invitando, así que vamos. El destino quiere que vuelva a viajar”.

Me alegré, porque de paso él podría conocer a la mujer y darme su parecer, desde un punto de vista profesional. Imaginé que si la veía y me decía algo así como “esa señora no está en su sano juicio”, me liberaría del compromiso de ir a San Nicolás.

El 23 de abril viajamos a La Plata. Oportunidad en que generé un encuentro para que ellos dos se conocieran. Fuimos a cenar.

Mientras esperábamos que nos sirvieran el pedido, noté que algo andaba mal. Alejandro hablaba con un tono de voz demasiado bajo, distinto al habitual. Luego me enteré que eso obedecía, según sus dichos, a que la mujer irradiaba mucha energía.

Tras la cena, fuimos a tomar un café al departamento que la mujer alquilaba. Luego de una charla informal comenzó a recibir mensajes, y le comunicó a mi amigo que tenía que viajar a San Nicolás con nosotros.

Los que viajaríamos seríamos un total de siete: la mujer, su sobrina, Alejandro, mi hermana, mi madre, una amiga de mi madre y yo.

La aparición de la Virgen de San Nicolás

El 25 de abril, al igual que los 25 de cada mes, la Basílica de San Nicolás estaba repleta de fieles. Una vez que logramos juntarnos los siete, quedamos en que, cerca del mediodía, nos encontraríamos en el descampado situado junto al templo, para rezar el santo rosario.

La mujer me recordó que fuese al subsuelo y que me quedara junto a la imagen de la Virgen de San Nicolás, que iba a recibir un mensaje.

Bajé la escalera tratando de sentirme tranquilo. No logré serenarme. Según la canalización de Necochea, ese día comenzaba mi proceso de transformación.

Había una innumerable cantidad de personas. La mayoría daba muestras de profunda fe y devoción. Poco a poco, comencé a sentirme incómodo. La Virgen no representaba nada extraordinario para mí. Fui educado en el catolicismo, pero hacía muchos años que no iba a misa y tampoco tenía fe mariana.

La incomodidad se transformó en angustia. Sentí que, con mi falta de fe, insultaba a todos los presentes. Me levanté del asiento y me fui de la iglesia. Estaba enojado por haber dado crédito a esos extraños mensajes, que me fueron comunicados por intermedio de la mujer.

Sentí que ese era el segundo viaje que había hecho para nada. El primero, había llegado hasta la cima del Cerro El Pajarillo, tras recorrer más de mil kilómetros. Ahora, nuevamente estaba envuelto en otro viaje, sin sentido, con el único propósito de tratar de dilucidar qué comprendían las canalizaciones.

Intenté relajarme y pasar lo que restaba del día de la mejor manera posible.

Tal como lo acordamos, cuando llegó el mediodía nos reunimos los siete para rezar en el descampado junto al templo. Mientras rezábamos, la mujer comenzó a recibir mensajes relacionados con cosas que ella misma tenía que hacer, en virtud del traumático episodio del que fue protagonista en el mes de febrero.

No puedo recordar qué fue lo que canalizó para todos los demás, sólo recuerdo que ni bien terminó de hablar, vi que frente a mí se formó un gran círculo.

Cómo estaba de frente al sol y algo cansado por haber manejado, me refregué los ojos y traté de aclarar mi vista. Ni bien lo hice, observé que filamentos de luz formaron nuevamente un círculo.

Por segunda vez, me froté bien fuerte los ojos. En medio de los seis que estaban sentados junto a mí en el césped, vi a la Virgen. Fue algo

inesperado. Enmudecí. Quedé tan cautivado por su bellísima imagen, que no atiné a decirle a nadie lo que estaba presenciando.

Sin poder creer lo que observaba, pensé: “No puede ser, la estoy inventando yo, pero cómo me la voy a inventar si la estoy viendo con los ojos abiertos”.

Pese a todo, me negaba a creer. Mi extrema racionalidad se defendía. Busqué en una fracción de segundos argumentos lógicos para desacreditar lo que veía, pero la Virgen abrió y cerró sus ojos con una dulzura tan profunda, que no me quedaron dudas de que, en verdad, era ella.

“¿Te pasa algo, Julio?”, me preguntaron. No podía responder. Los ojos se me humedecieron. Hice fuerza para no llorar. Me quemaba la garganta. La presión fue insoportable. La emoción me desbordó. Empecé a temblar y las lágrimas corrieron por mi cara.

“Vi la Virgen”, fue lo único que pude decir.

Nunca había llorado en público y mucho menos delante de mi madre y de mi hermana. Frente a quienes, siempre, intenté mostrarme fuerte.

Cuando terminé de desahogarme, les conté lo sucedido. Ninguno de los seis vio nada. Les dije que era como si en medio de todos ellos alguien hubiese proyectado una diapositiva en colores o un holograma, con un realismo tremendo. La Virgen tenía un manto blanco sobre la cabeza. No vi su cuerpo completo. El círculo llegaba hasta la altura de su pecho. No me dijo nada. Sólo me miró y movió sus párpados serenamente.

Más tarde, cuando estuve por un momento a solas con mi amigo, le aclaré: “Sería un verdadero idiota si estuviese inventando todo esto. Vos sabés, mejor que nadie, que no tenía fe en la Virgen y que me sentía enojado por haber venido a San Nicolás de gusto”.

Alejandro no me había pedido ningún tipo de explicaciones. De todos modos, se las di porque tenía que poner orden en mi cabeza. Le hablaba a él, pero en realidad las palabras iban dirigidas a mí mismo. Tenía que entender lo sucedido.

Le destacué, también, que tres fueron los hechos que me confirmaron que realmente había visto a la Virgen de San Nicolás. En primer lugar, yo tenía los ojos bien abiertos. En segundo lugar, la Virgen abrió y cerró sus ojos, con tremenda dulzura, sin que le dijese que lo hiciera. Y tercero, lloré delante de otros, aunque hice todo lo que estuvo a mi alcance para no quebrarme.

A medida que repasaba lo sucedido, me maravillaba darme cuenta de que la Virgen realmente existía, y no es una simple figura decorativa de la Iglesia. Lástima que tuve que ver para creer. Afortunadamente hay millones de personas que no necesitan pruebas de su existencia.

Caía la tarde. Los fieles sacaron su imagen de la Basílica y peregrinaron durante varias cuadras. Centenares de pañuelos blancos se agitaron, sin cesar. La gente aplaudía. La emoción estaba a flor de piel. Sentí estar como en otro mundo. Seguía conmovido.

Decidimos emprender el regreso. Mi hermana, mi madre y su amiga retornaron a Capital Federal. El resto nos dirigimos hacia La Plata.

Una vez más me sentí perplejo. La realidad superaba la ficción. Seguía confundido, pero esta vez el recuerdo de la enternecedora mirada de la Virgen me aportaba paz.

Una vez en la ciudad de las diagonales, acordamos que al día siguiente nos volveríamos a juntar para charlar.

Cuando quedamos solos, le dije a mi amigo que seguía sin comprender por qué cuando estaba frente a la mujer que canalizaba su tono de voz se apagaba. Me respondió que al estar cerca de ella sentía como si su propia vibración aumentara y se expandiera su campo de percepción.

Nos volvimos a encontrar el día siguiente. La reunión se hizo en el departamento de la mujer. Una vez más, ella comenzó a recibir mensajes. A esa altura, ya me era familiar oír de sus labios: “Me están diciendo que...”. Parece mentira lo rápido que uno puede adaptarse a situaciones extrañas.

La canalización estuvo teñida de mensajes personales, relacionados con aspectos sobre los que debíamos trabajar para elevar nuestras vibraciones. En esa oportunidad, se nos comunicó que el 25 de mayo,

Alejandro, la mujer que canalizaba y yo debíamos pasar la noche en el Cerro El Pajarillo; previo pasar por Villa Giardino para establecer contacto con Irma, la guardiana de la iglesia.

La sobrina de la mujer, que también estaba presente en la reunión, no fue incluida en el viaje. Miré a mi amigo y supe, por los gestos de su rostro, que no se sentía cómodo. Cuando estuvimos unos segundos alejados del resto, me dijo: “Ni bien empezó a canalizar, sabía que me iba a incluir en el viaje. Es como si estuviese reuniendo gente”. Sus palabras denotaban gran escepticismo.

Habilidades extrasensoriales

El encuentro parecía llegar a su fin. La mujer le pidió a Alejandro si no le hacía el favor de acompañarla hasta su casa, en las afueras de La Plata, en donde fue violada.

“Me resulta muy doloroso regresar a ese lugar –le explicó–, pero como vos también tenés habilidades extrasensoriales desarrolladas, quizá puedas captar algo que ayude en la causa penal contra los que abusaron de mí”.

Fuimos los cuatro. Al llegar a su casa, la sobrina de la mujer y yo nos quedamos fuera para no molestarlos.

Media hora más tarde, Alejandro salió. Tenía la misma mirada rara que pone cuando parece ver lo que otros no ven. “Acá estuvo parado uno de los delincuentes. Tenía mucho miedo, él no quería entrar, no estaba de acuerdo con hacerlo. Fueron dos. Tuvieron que entrar alcoholizados, de otra forma no hubiesen podido hacerlo”, narró.

Alejandro no sabía nada sobre los detalles puntuales de la violación, por lo que sus palabras no estaban para nada influenciadas.

“Fuiste violada en el cuarto de arriba –agregó–, lo extraño es que veo que mientras te violaban te estabas viendo a vos misma, es como se te hubieses desdoblado”. La mujer dio crédito a sus palabras y nos explicó: “En ese instante me aferré a una de las actitudes Ishayas, y eso me permitió salirme del cuerpo”.

También remarcó que ella creía que los que la dañaron “estaban pagos por una empresa multinacional”, contra la que llevaba adelante un importante juicio.

Mi cabeza parecía estallar. Por conocerlo desde chico, sabía que mi amigo no estaba mintiendo. Sin embargo, ser testigo de lo que decían era algo sumamente fuerte.

Nuevamente, fue mucho lo vivenciado para una sola jornada. Nos despedimos y acordamos que ultimáramos, por mail, los detalles del viaje a Capilla del Monte.

Mientras viajábamos de regreso a Olavarría tuve bastante tiempo para dialogar con Alejandro.

“Nunca me sucedió ver con tanta claridad un hecho del pasado, como si estuviese ocurriendo en ese mismo instante. Fue impactante”. Sus palabras todavía estaban impregnadas por la emotividad de lo que presencié.

“Esto es todo muy loco –sostuvo Alejandro–, vos viste la Virgen de San Nicolás sin esperarlo, yo presencié un hecho oscuro, que pertenecía al pasado, de manera absolutamente real y ahora estamos incluidos en una canalización, de la que ni siquiera sabemos para qué es”.

“Yo no sé si voy a viajar a Córdoba –agregó–. No le encuentro sentido a eso de tener que ir a Capilla del Monte”.

Una vez más, regresé confundido. Mi esposa me aguardaba, para que le contara lo que habíamos hecho.

Con respecto a la aparición de la Virgen, Claudia se mostró muy interesada y me hizo varias preguntas, pero el buen clima se rompió cuando le manifesté que en mayo volvería a viajar. Ahí comprendí que lo mejor sería no mencionarle nada de lo que le había pasado a Alejandro.

“¿Por qué hacés todo lo que te dice esa mujer? –me preguntó Claudia, con enojo–. ¿Si te dice que te tires debajo de un tren, también lo vas a hacer?”.

Sabía que, desde su óptica, los reproches estaban justificados. Ella no pasó por las mismas experiencias, por lo tanto era imposible que

pudiese comprenderme. Para mí también era demasiado extraño lo que estaba sucediendo, pero internamente sentía que debía continuar.

A los golpes, fui internalizando que las experiencias son intransferibles y que el lenguaje se torna insuficiente cuando se quiere traducir en palabras lo vivido. Uno puede pronunciar la palabra dolor, pero no puede hacer que el otro lo sienta, y eso marca una profunda diferencia.

Pese a mi limitación para hacerme entender, tenía que intentarlo. Si no lo hacía, cada vez se haría más grande la brecha entre nosotros y lentamente nos iríamos distanciando.

Esa noche, el eco de las palabras de Aguila Blanca resonó otra vez en mi cabeza: “Te esperan tres años muy duros, pero vas a salir adelante”. Cuando las escuché la primera vez, no sabía de qué modo se expresaría la dureza. Poco a poco, el juego se estaba desplegando.

Con Alejandro teníamos la sana costumbre de salir a correr en un circuito poblado de árboles y plantas, que bordeaba la costa del arroyo Tapalqué. Ese era nuestro cable a tierra cuando estábamos en Olavarría. Correr nos servía para liberar tensiones, al tiempo que nos permitía hablar sobre la visión que cada uno tenía sobre las cosas que nos tocaban vivir. Era una especie de terapia dinámica.

Durante la semana siguiente, fuimos a correr varias veces al parque. Teníamos muchas cosas para dilucidar.

Coincidimos en que dudábamos sobre lo que estaba ocurriendo, pero creíamos que seguir nos ayudaría a potenciar habilidades, tales como el manejo de las situaciones inciertas, el desarrollo de la tolerancia, la paciencia, y también nos serviría para aprender a confiar y romper con nuestros propios prejuicios.

Por una cuestión de personalidad, ninguno de los dos estaba acostumbrado a que alguien nos diga qué era lo que teníamos que hacer. Las canalizaciones constituían una verdadera oportunidad para trabajar sobre ese aspecto.

Nunca se sabe por qué suceden las cosas. Lo único que teníamos en claro era que buscábamos la manera de seguir creciendo como personas

y queríamos ampliar nuestros campos de conciencia para lograr vivir en armonía.

Alejandro siempre fue por demás reservado en sus cuestiones personales. Pese a ello, en una de las tantas corridas que realizamos por las tardes, me hizo una singular confesión: “Desde chico se me presenta la Virgen de Guadalupe y hablo con ella. Nunca se lo conté a nadie por temor a que digan que estaba loco. Ahora que vos viste a la Virgen de San Nicolás, te lo cuento. Sé que me vas a poder entender”.

No tuve mejor respuesta que hacerle una pregunta: “Si alguno estuviese escuchando nuestra conversación y supiera lo que estamos haciendo, ¿cómo creés que nos tildaría?”. Su respuesta fue categórica, “diría que estamos locos”. Nos miramos y nos pusimos a reír a carcajada limpia. El humor es el mejor remedio para distenderse.

Esa tarde llamé por teléfono al Monasterio Trapense de Azul. Me atendió un monje con acento extranjero. Su hablar era sereno. Le informé que llamaba para hacer un retiro y me pasó con otro monje, que estaba encargado de agendar las visitas.

Cuando le comenté que tenía que ir durante siete días al monasterio, me respondió que los laicos sólo podían permanecer cuatro días. No sé cómo, pero me animé y le dije: “Espero que no lo tome a mal, ni piense que tengo problemas psicológicos, pero debo estar siete días porque así me lo comunicaron a través de una canalización y además... hace algunos días vi a la Virgen María”.

Imaginé que me cortarían, sin embargo me respondió que aguardara. “Hago una excepción –me aclaró–, venga del 8 al 15 de junio”.

Respiré aliviado. Le agradecí y anoté la fecha. Mientras lo hacía, comprobé que la agenda se empezaba a cargar. En abril había estado en Necochea y en San Nicolás, en mayo iría nuevamente a Córdoba y al mes siguiente viajaría al monasterio.

Las canalizaciones estaban acupando la mayor parte de mi tiempo, así que decidí postergar la planificación y el desarrollo del parque temático, hasta que estuviese más aliviado. Después de todo, como fue la

intención de concretar ese mismo proyecto lo que hizo que la mujer que canalizaba se cruzara en mi camino, supuse que lo que estaba viviendo se interrelacionaba de algún modo que todavía no lograba vislumbrar.

Posiblemente, a esta altura de los relatos, algunos lectores se preguntarán cómo hacía para disponer de tantos días libres y de qué manera financiaba mis viajes. La respuesta es simple. Al fallecer mi padre, cada uno de los miembros de la familia cobró su parte de la herencia.

En mi caso, consideré que la mejor manera de invertir el dinero era estudiando y “trabajando”, pero no de manera tradicional, sino trabajando sobre mí. Es decir, haciendo todo lo posible para despertar mi conciencia adormecida. Si lograba hacerlo, descubriría la manera de sentirme pleno donde fuese que el destino me llevara.

Con tantas canalizaciones, la relación con mi esposa no pasaba por su mejor momento. Según ella, me había metido en cosas extrañas que no conducían a nada, excepto directamente a un instituto psiquiátrico.

Era evidente que no le cerraba la idea de que viajara con la mujer. Sus fantasías le hacían suponer que, tal vez, tuviese algún otro tipo de interés. No le bastaba con saber que se trataba de una persona grande, que tenía dos hijos adultos. Tampoco la quería conocer: “Yo no quiero que me diga nada, mi vida está bien así como está”, me dijo.

Una semana antes de ir a Córdoba tuve un sueño bastante particular, que luego se relacionó con lo que sucedió en el viaje.

Recuerdo que en el sueño entré a una montaña, a toda velocidad, por medio de un carro minero. Por más que la sensación de aceleración me asustó, agradecí poder ingresar. Conducía una mujer cuyo rostro no pude ver. Cuando el carro se detuvo, me pusieron frente a inscripciones que no entendía.

Recién ahí me di cuenta de que Alejandro estaba a mi lado. El tenía la habilidad de conectarse con las escrituras, en forma telepática. Su cuerpo se movía de manera rara. Parecía fluir con la energía que recibía.

Como no lograba descifrar nada de lo tenía frente a mis ojos, le dije a la mujer si me podía dar una copia para llevar. Me explicó que

eso era algo imposible. A todo esto, la primera lámina de los grabados se corrió hacia delante y por debajo se encontraban más inscripciones. También había códigos y un dibujo dorado de una silueta humana, con un nombre: Hermes.

Sin que me diera cuenta, me encontré fuera de la montaña, parado en la cima, sobre una piedra. Un hombre me dijo que no se trataba de una simple piedra. Apretó un botón y ella se desplazó, dejando ver una escalera que descendía hacia el interior de la montaña.

Fue la primera vez que tuve un sueño tan lúcido. Sentí que era por demás real. Cuando desperté, me llevó algunos minutos entender que sólo fue un sueño.

Alejandro se sonrió cuando le conté. Sabíamos que, a veces, los sueños son conductores de mensajes.

El 22 de mayo, con cierta sensación de malestar interno porque en mi casa las cosas no marchaban como hubiese preferido, emprendí el viaje a Capilla del Monte (Córdoba), junto con Alejandro y la mujer que canalizaba.

Siempre los viajes eran buenos porque generaban un clima especial para poder dialogar. Mi rol de conductor hacía que me concentrara en lo que escuchaba, para no descuidar el camino. Eso me ayudaba a agudizar el sentido del oído. Me venía bien. Estaba demasiado polarizado en el canal visual.

Generalmente se desarrollaba el mismo esquema. Alejandro comenzaba el viaje expresando las cosas que le disgustaban. La mujer que canalizaba le daba su parecer y luego entraba en escena yo, tratando de conciliar las posturas.

Sus conocimientos en psicología, así como su aguda racionalidad, llevaban a Alejandro a dar por tierra muchas de las cosas planteadas por la mujer. El no creía en las ciudades intraterrenas, como tampoco en la necesidad de tener que movilizarse tantos kilómetros sin un propósito coherente. Las vivencias de ese viaje lo llevarían a cambiar de opinión.

Tal y como se nos había dicho, la primera parada la hicimos en Villa Giardino. Nuevamente me encontré con Irma, la guardiana de la capilla

jesuita. Los cuatro nos pusimos a rezar en el interior del templo, frente al sitio en donde estuvo entronada la imagen robada de la Virgen de Nuestra Señora de la Merced.

En medio de las oraciones, la mujer que canalizaba recibió un mensaje de la Virgen: “Me está diciendo que su imagen será encontrada luego de tres días de peregrinación por los cerros, a partir del 25 de octubre y que las personas que participen de la búsqueda recibirán mensajes individuales”.

Por su intermedio, la Virgen nos preguntó a cada uno de nosotros si estábamos dispuestos a recuperar su imagen. No lo dudamos. El marco era por demás emotivo y se trataba de una causa justa.

Los nombres de los demás integrantes que conformarían el grupo que buscaría la estatuilla le serían revelados, posteriormente, en sucesivas canalizaciones.

Por lo atípico de la situación, resultaba difícil saber dónde estábamos parados.

Cuando nos fuimos, miré a Irma por el espejo retrovisor de la camioneta. Su rostro, humilde y castigado, relucía de felicidad. Mirarla contagiaba esperanza.

Al llegar a Capilla del Monte, quise que nos hospedáramos en la hostería de Gabriel. Era un excelente tipo y mi intención era que lo conocieran. Enseguida hubo química entre ellos. Aunque las cosas cambiaron un poco cuando la mujer canalizó que él también tenía que subir al cerro con nosotros tres.

El día 23 fuimos rumbo a las Grutas de Ongamira, en las cercanías de El Pajarillo, hasta un parador a visitar a Miguel, un campechano, amigo de la mujer que canalizaba. Allí conocimos a Fernando, quien también terminaría acampando con nosotros en el cerro.

Por más que tratábamos de disimularlo, con Alejandro no podíamos evitar sonreírnos cada vez que la mujer canalizaba. Sabíamos que a poco de que dijese “me están diciendo”, un nuevo integrante se sumaba al elenco estable.

La piedra, un portal dimensional

Con las sierras como fondo, mientras compartíamos unas facturas, nos dispusimos a escuchar las historias de Miguel, quien tenía un amplio repertorio sobre avistamientos de ovnis.

Finalizada la charla, la mujer que canalizaba le pidió permiso para llevarnos hasta la piedra. No sabíamos de qué se trataba, pero la propuesta nos sonó interesante.

Caminamos un corto tramo por la ladera de uno de los cerros y comenzamos a descender hasta que llegamos a un arroyo insignificante. Cerca del hilo de agua se encontraba una gran piedra, bastante plana, en medio de un círculo confeccionado con pequeñas rocas del lugar.

“Este es uno de los portales dimensionales que comunica con la ciudad intraterrena de ERKS”, anunció la mujer. De los nervios, sólo pude sonreír.

Le pidió a Alejandro que se descalzara y que se acostara allí, boca arriba, durante el tiempo que considerara necesario. Así lo hizo. Se quedó no más de 20 minutos.

Cuando se incorporó, le preguntó si había visto algo. Su relato me inquietó: “Me recibió un ser que estaba sentado en una gran mesa ovalada y me preguntó, entre otras cosas, sobre el motivo por el que quería entrar a la ciudad intraterrena. Luego que respondí a sus preguntas, miró una lista que tenía entre sus manos y al instante comencé a caminar por un río de colores, que conducía a una especie de valle; donde aparecieron personas comunes, como nosotros, que me expresaron su alegría y amor por haber ingresado”.

Eso fue todo lo que alcancé a escuchar. Me puse tan nervioso, porque sabía que me tocaba acostarme en la piedra, que no presté atención a nada más.

Me saqué las zapatillas. Hice como que nada pasaba y muy despacio apoyé la espalda donde me habían indicado. Noté que la piedra estaba fría.

Respiré profundamente, varias veces, para bajar el ritmo de mis latidos. “Es sólo una piedra”, me dije internamente tratando de serenarme, y cerré los ojos.

Cuando me relajé, visualicé un martillo gigantesco que bajaba desde el cielo y me pegaba en el tercer ojo. Simultáneamente, uno de los perros de Miguel –que nos había acompañado hasta la piedra– lamió mi frente. Me sobresalté y abrí rápido los ojos. Unos segundos más tarde decidí volver a cerrarlos.

Nuevamente comencé a distenderme y visualicé una mano inmensa, que también descendía desde el cielo. Era más grande que las montañas. “Qué estupidez –dije internamente–, si muevo mi mano para alcanzarla, Alejandro y la mujer van a decir que estoy loco”.

Abrí de nuevo los ojos y pensé: “Basta de pavadas. Serenate. No imagines más”. Por última vez, opté por cerrar los ojos. Cuando lo hice, vi que desde la montaña comenzaban a bajar decenas de hombres, vestidos con largas túnicas blancas. De golpe, uno de ellos se paró frente a mí. Me asusté. Abrí los ojos y me puse de pie”.

“¿Y vos, Julio, que experimentaste?”, me preguntó la mujer. Me dio vergüenza contarle, así que les dije que no vi nada.

“No importa –dijo ella– para que ustedes sepan, mientras que vos estabas recostado me contacté con uno de los seres de ERKS, que para que se hagan una idea era como el mago de cabellos blancos de la película El Señor de los Anillos”.

Juro, por Dios, que no pude creer lo que escuchaba. Les pedí disculpas por haberles mentido y les solicité que me dejaran contarles lo que había experimentado.

Al narrarles que visualicé un martillo gigante que me pegaba en el tercer ojo y que, al mismo tiempo, el perro pasó y me lamió, Alejandro se sorprendió y dijo: “Cuando estabas acostado sobre la piedra, escuché una voz que repetía insistentemente en mi cabeza que te pegara en la frente, pero me negué por miedo a lastimarte”.

Sin salir de mi asombro, le especificué a la mujer que había visto muchos seres como los que ella describió, bajando en fila desde la montaña. Sus facciones eran similares a las nuestras.

También le comenté que me asusté cuando uno de ellos apareció de pronto delante de mí. Tenía el cabello largo, lacio y muy canoso, y llevaba una larga túnica blanca.

Lo de la mano gigante recién pude comprenderlo meses después. Abrí un libro que hablaba sobre el fenómeno ovni y encontré un dibujo que era exactamente igual a lo que visualicé. El epígrafe decía: “La mano simboliza la ayuda que ofrecen los seres intraterrenos”.

De no ser por el intercambio de las vivencias que mantuvimos los tres, lo que visualicé en la piedra hubiese quedado como una invención de mi imaginación. Nunca se los hubiese revelado, por temor a que se burlaran.

Ese día aprendimos que, aunque las cosas nos parecieran descabe-lladas, debíamos animarnos a hablar, ya que ése podía ser un camino válido para corroborar la veracidad de los hechos.

Esa tarde, Alejandro comenzó a sentir una pequeña molestia en uno de los ojos. El correr de las horas hizo que la molestia se transformara en un dolor intenso que, entrada la noche, se le volvió inmanejable.

“Si bien es cierto que la molestia físicamente existe, esa dificultad en el ojo no es más que la manifestación de tu ser interno, que se niega a ver el cambio que te está por suceder”. Las palabras de la mujer lograron que Alejandro se pusiera de muy mal humor. Su malestar llegó a tal punto que no le dirigió la palabra a nadie más.

Cuando nos fuimos a dormir a la habitación que compartíamos, no aguantó más y explotó: “quién se cree que es esta mujer para venir a decirme que lo de la vista no es más que una manifestación interna, cuando tengo tanto dolor que me arrancaría el ojo. Me revienta que diga tantas pavadas. No la aguanto más. Desde ya te aclaro que no pienso subir a El Pajarillo”.

A la mañana siguiente, pidió que lo dejáramos solo y se fue hasta la guardia del hospital municipal, para ver qué tenía. Seguía muy dolorido.

La mujer me explicó que Alejandro iba a tener un cambio importante al subir a la montaña, y que por eso estaba tan mal. “Su ser interno sabe”, reiteró.

Ella reconocía que su padecimiento era real, pero la experiencia le indicaba que lo que nos sucede a nivel físico son mensajes que tenemos que aprender a tener en cuenta, dado que reflejan situaciones internas a resolver.

Unas horas más tarde, Alejandro apareció con el ojo vendado. “Me hicieron un raspado, porque tenía una astilla clavada bajo el párpado” dijo con seriedad, mientras miró a la mujer que canalizaba como retrucando lo que le había dicho la tarde anterior, y se fue a descansar.

Recuerdo de un pasado tormentoso

Para aprovechar el hermoso día, fui con la mujer y un guía hasta el cerro El Colchiquí. Había algo que me atraía sobremanera de ese lugar y como había aprendido a seguir mis sensaciones internas quise llegar hasta la cima. Costó subir, pero a medida que ascendíamos el paisaje era cada vez más bello.

Metros antes de llegar hasta la parte más alta, me detuve sobre una ladera y comenté: “Miren lo que sería caerse desde acá”. La mujer decidió que en ese lugar se quedaría descansando, así que con el guía subimos hasta el pico del cerro.

El 25 de mayo amaneció radiante. Nos preparamos bien temprano para salir. Instantes antes de subirnos a la camioneta, impulsado por una inquietante duda interna se me ocurrió preguntarle a la mujer: “Decime la verdad, en otra vida me porté muy mal, ¿no?”.

Su respuesta, acompañada por una fría mirada, confirmó mi intuición. “Sí, te portaste muy mal, pero mejor no te cuento”.

No podía cargar con tremenda inquietud, así que le pedí que me hiciera el favor de contarme. Tras asegurarse de que realmente quería saberlo, me explicó: “Mientras subías el último tramo del cerro El Colchiquí, vi que en otra vida fuiste un soldado raso español, que corría por la montaña matando indios y violando mujeres. Y por querer someter a una joven india te caíste y moriste, junto con otros soldados, en el mismo despeñadero que ayer te causó tanta impresión”.

Era una revelación demasiado impactante. Sobre todo para recibirla a las 8 de la mañana.

Unos minutos más tarde, cuando nos dirigíamos al sitio donde por la noche teníamos que acampar, les dije que tenía que compartir algo con ellos.

Me costó hilvanar las primeras frases. Sentí pudor por lo que estaba punto de manifestar: “Quiero decirles que aunque parezca una verdadera insensatez lo que me acaba de decir, hay tres cosas que hacen que tenga que dar crédito a sus palabras. La primera es que siempre sentí afinidad con España, al extremo que estuve a punto de irme a vivir a ese país. La segunda es que siempre le tuve pánico a las alturas; y según el reconocido psiquiatra estadounidense Brain Weiss, en uno de sus libros señala que las fobias están relacionadas con maneras traumáticas de morir en vidas pasadas. Y la tercera y última, y esto es algo que nunca me animé a contarle a absolutamente a nadie, porque me parecía un disparate tremendo, internamente sentía que fui un violador”.

Luego de escuchar en silencio lo que les manifesté, la mujer agradeció mi sinceridad y se largó a llorar. “No saben lo difícil que es para mí dar crédito a lo que puedo ver. Por eso las palabras de Julio me hacen llorar tanto, ya que confirman que las cosas que me muestran son ciertas. No crean que yo no dudo sobre lo que canalizo. Soy humana como ustedes”, acotó.

Para intentar cambiar el clima, empezaron las bromas y las cargadas. Esa era siempre la mejor manera que encontrábamos para salir de las situaciones emocionalmente comprometidas.

Al llegar al sitio donde vivía Miguel, nos enteramos de que ese día era el cumpleaños del Padre Pío. Rezamos una oración todos juntos y le pedimos que nos protegiera mientras estuviésemos acampando en el cerro.

Fernando se sumó al grupo. Dejamos la camioneta estacionada y desde lo de Miguel salimos caminando con las mochilas. El Pajarillo quedaba justo frente a su casa. Nos esperaban dos largas horas de caminata a través de terreno sin demarcar y arbustos con espinas.

Al llegar a la cima, armamos la carpa. Buscamos leña para hacer fuego. Luego vino lo mejor. Nos sentamos a contemplar el majestuoso paisaje que nos rodeaba, sin ningún tipo de preocupaciones.

Gabriel, Alejandro, Fernando y yo estábamos a punto de quedarnos dormidos al sol, cuando la mujer nos llamó para que nos juntásemos a rezar el rosario. Rezongamos un poco, pero accedimos. Nos sentamos, en forma de cruz, tal como lo había canalizado.

Estábamos por terminar el tercer misterio, cuando su voz se silenció por un instante, me miró fijamente y dijo: “Julio, frente a vos hay un jefe indio a caballo, que lleva el torso descubierto y tiene en su mano una lanza, con la que te está apuntando. Me dice si estás dispuesto a dar una prueba de tu arrepentimiento, por lo que le hiciste a su gente”.

Quedé mudo. No sabía qué decir. Por la mañana había reconocido que, de acuerdo con mis sensaciones más secretas, tal vez fuese cierto que en otra vida fui un soldado español. Pero de ahí a sentir culpa y tener que hacer algo para enmendar el supuesto error, había una distancia sideral. Así que dudé y seguí sin emitir sonido alguno.

“Julio –insistió, con vehemencia, la mujer–, te recuerdo que te está apuntando con una lanza y quiere que le respondas”. Por más que no divisaba al aborigen, el tono grave de sus palabras hizo que le dijera que sí.

“Me dice que tenés que tallar, en madera, algo que manifieste tu arrepentimiento y colocarlo en el lugar desde donde caíste persiguiendo a su gente”, precisó.

Ni bien transmitió su mensaje, el indio se retiró y continuamos rezando. Una vez que completamos el rosario y nos pudimos distender, Alejandro mencionó que también lo había visto y confirmó que era tal cual la mujer lo describió. Sus palabras me estremecieron.

Cuando oscureció, el viento empezó a soplar muy fuerte y la temperatura estuvo por debajo de cero grado. Tanto temblaba que aprendí a tomar mate a la fuerza. Necesitaba calentar mi cuerpo.

A medianoche volvimos a rezar el rosario. La canalización marcaba que lo debíamos hacer cuatro veces. Nos sentamos los cinco en el interior de la carpa. Estábamos por concluir el segundo misterio. Repentinamente, el perro que nos había acompañado (el mismo que en la piedra lamió mi frente) empezó a torear intensamente. “No se alarmen –sostuvo Alejandro–. Se están presentando los espíritus de los indios, simplemente nos vienen a observar”.

Se escuchaban pasos a nuestro alrededor. El perro realmente ladraba como si estuviese viendo lo que pasaba. Cuando se serenó, terminamos de rezar.

Sabía que esa noche me resultaría difícil dormir. La única forma de sobrellevar el frío era sentarse lo más cerca posible del fogón, bien abrigado, sin abandonar el mate ni el té.

Cuando la mujer se fue a la carpa, para intentar descansar, los chicos me pidieron que les pasara agua para calentar. Estaba todo tan oscuro, que les di la primera botella que tuve al alcance de mi mano.

Permanecemos en vela durante toda la noche. Poder contemplar la salida del sol fue fantástico. Nos dio ánimo. Estábamos cansados. Aún nos faltaba rezar el último rosario.

Realizamos luego un pequeño ritual de agradecimiento, y la mujer nos pidió que le alcanzáramos la botellita de plástico, color verde, que contenía agua bendita de San Nicolás. Nos miramos entre los cuatro varones y comenzamos a reírnos sin parar. La mujer no entendía nada. Como pudimos, le explicamos que el agua que buscaba la habíamos usado en la madrugada, por error, para tomar mate.

Una vez que dejamos de reírnos y hacer bromas con que nos habíamos purificado, al beber agua bendita, nos sentamos sobre una piedra para rezar por última vez.

Mientras pronunciaba el Padre Nuestro, me llamó la atención la presencia de abejas y una mariposa blanca. De pronto la mujer anunció que estaba presente un arcángel, que al instante dio paso a la Virgen María.

Por su intermedio, la Virgen nos preguntó a cada uno si estábamos dispuestos a convertirnos en soldados de Cristo. A medida que mencionó nuestros nombres, aceptamos.

El cansancio, sumado a que no era muy partidario de andar rezando rosarios y que no veía nada de lo que mujer nos estaba diciendo, hacía que no tomara muy en serio sus palabras. También estaba molesto por tener que confiar en cosas que no podía ver ni escuchar.

“La Virgen María se está retirando y ahora aparece bajo distintas advocaciones”, narró la mujer.

“Julio, la Virgen de San Nicolás está parada frente tuyo”. No terminó de decir la frase, cuando sentí que dos bolas de energía comenzaban a girar a toda velocidad sobre las palmas de mis manos”.

No lo podía creer. Miré mis manos y me las acerqué al rostro. No veía absolutamente nada, pero sentía que las esferas no paraban de girar. La sensación física, en relación con el peso, era como estar sosteniendo dos bolas de madera –como las que se tiran en el juego de bochas– que se movían a una velocidad impresionante. La experiencia duró cerca de quince segundos.

No recuerdo qué fue lo que me dijo la canalizadora. Sólo tengo presente cuánto me impactó lo sucedido, porque minutos antes estaba fastidiado por no ver ni escuchar nada de lo que la mujer decía presenciar. Sin embargo pude sentir la energía de la Virgen. Una vez más dudé y nuevamente tuve una prueba contundente ante mi falta de fe.

Sé que la mujer siguió recibiendo mensajes para el resto, pero había quedado tan absorto con lo que me pasó que ni siquiera hice el esfuerzo por registrar nada más.

Ingreso a la ciudad intraterrena

Al finalizar el último rosario intentamos relajarnos. Mientras intercambiábamos nuestras experiencias, Alejandro comentó que no comprendía el sentido de la canalización y se quedó mirando el suelo. Como

sabíamos que generalmente era de permanecer callado, continuamos hablando entre nosotros.

Su letargo se rompió con una revelación extraordinaria: “No puede ser –dijo exaltado–. Acabo de entrar. Entré, fue increíble”.

Ninguno de los cuatro entendía de qué estaba hablando, así que le pedimos que nos explicara qué era lo que le pasaba.

“Estaba mirando esa piedra de cinco puntas y de pronto sentí que la montaña me tragó. Pude ver una gran cúpula central, que estaba iluminada con algún tipo de energía que desconozco. La cúpula estaba atravesada por dos grandes diagonales, que parecían ser calles, las cuales marcaban, con exactitud, los cuatro puntos cardinales. También había cúpulas más pequeñas, que parecían casas. De golpe aparecí acá, con ustedes. Fue mágico”. Sus palabras estaban cargadas de excitación y también de felicidad.

Para su tranquilidad, Fernando le explicó que acababa de entrar a la ciudad intraterrena llamada ERKS. “Lo que nos contás –puntualizó– es similar a varios de los relatos que escuché de algunas personas que estuvieron en Capilla del Monte”.

Gabriel, el otro lugareño que acampó con nosotros, también le aportó serenidad. Le indicó que no se preocupara. “No te aflijas porque no estuviste alucinando, es absolutamente real. Lo que pasa es que la gran mayoría de las personas no cree en su existencia”.

Mientras recapitulábamos lo ocurrido, nos dimos cuenta de que estuvo en dos lugares al mismo tiempo. Su sensación fue que ingresó físicamente a la montaña, de manera vertiginosa. Sin embargo, nosotros lo vimos en todo momento parado a nuestro lado, mirando fijamente el suelo rocoso.

Antes de subir a El Pajarillo, Alejandro no creía en las ciudades intraterrenas. “Es imposible que existan”, afirmaba. Su fenomenal vivencia, ratificada por los testimonios que posteriormente encontró en Internet y en varios libros, hizo que modificara su punto de vista. Ya no era una cuestión de creer o no creer en que pudiesen existir, él sabía.

Y cuando uno sabe, las creencias se evaporan bajo el ardiente sol de la certeza.

Alrededor del mediodía consideramos que era hora de juntar la carpa y las mochilas, para empezar a descender del cerro. Lo vivido fue tan movilizante que, prácticamente, no hablamos durante el descenso. Además, el majestuoso paisaje invitaba a la introspección.

Al bajar esboqué una sonrisa. Rememoré lo que le había pasado a mi amigo en su ojo y las palabras de la mujer: “Su ser interno sabe que algo está por suceder y se niega a verlo”. También asocié lo acontecido con el sueño lúcido.

Llegué al parador de Miguel demasiado agotado. Fui el primero en hablar con él. Sus palabras me cayeron como un baldazo de agua helada: “¿Y, cómo les fue en el cerro? ¿Se encontraron con el indio?”.

“¿Cómo dijo?”, le cuestioné asombrado, creyendo que había escuchado mal.

“Pregunté si se encontraron con el indio que custodia estos cerros —aclaró—. Anda a caballo, tiene el torso descubierto y porta una lanza”.

Era muy fuerte escuchar sus palabras. Una cosa era haberlo vivido en la cima de El Pajarillo y suponer que podría tratarse de alguna especie de delirio colectivo. Otra, muy diferente, era caminar por más de dos horas para que alguien me preguntase, con cierto aire inocente, si había estado con el indio.

Ante mi insistencia por conocer más detalles, Miguel especificó: “Al indio sólo lo vi una vez, pero siempre puedo sentir su presencia. No se trata de una persona física, sino que está en forma etérea”.

Terminé de escucharlo y me senté. Del susto, mis piernas comenzaron a debilitarse. Aquello que había vivido en la cima del cerro era verdad. No me quedaron dudas de que, por más que no tenía ni idea cómo hacerlo, ni bien pudiese me pondría a tallar algo que representara mi arrepentimiento por matar a los indios.

Al llegar la noche, me caía de sueño. Nos fuimos a descansar. Debíamos retornar a Olavarría al día siguiente y tenía que estar distendido para poder manejar.

Por la mañana, bien temprano, acomodamos nuestros bolsos en la parte trasera de la camioneta. Saludamos a todos con un fuerte abrazo y nos pusimos en marcha.

A las pocas cuadras, nos pusimos a intercambiar opiniones sobre lo vivido. Ese tipo de ejercicio mental nos daba la posibilidad de mirar lo sucedido en distintas perspectivas, nos ayudaba a captar detalles que se nos habían pasado por alto y, fundamentalmente, nos brindaba enseñanzas adicionales. De esa manera, la extensa distancia que teníamos que recorrer se nos hacía más entretenida.

La charla nos permitió acordar que teníamos la impresión de que las canalizaciones se estaban presentando como un nuevo sistema de enseñanza sincrónico, de carácter multidimensional, que requería nuestro máximo esfuerzo para su decodificación, asimilación y posterior puesta en práctica.

También pudimos encontrar la respuesta a por qué era necesario desplazarse. Comprendimos que, de no habernos movido físicamente, hubiese sido imposible que todo ese marco —es decir, el cerro, las personas, la ciudad de Capilla del Monte, la energía de las montañas, etc.— se moviese hasta donde residíamos nosotros.

“Movernos externamente también ayuda a generar movimientos internos”, recalcó Alejandro, para cerrar ese punto de la charla.

Creímos que, tal vez, debíamos empezar a registrar, en forma escrita, las señales que fuésemos recibiendo, aunque inicialmente pudieran parecernos muy disparatadas. Porque luego terminaban convirtiéndose en piezas que encajaban y cobraban sentido.

Mientras pensábamos e intercambiábamos sensaciones estábamos serios. Al darnos cuenta que lo que nos sucedía superaba, holgadamente, los argumentos de la ciencia-ficción, comenzamos a reírnos.

Acordamos que, en el caso de que termináramos haciendo un film sobre lo vivido, la película se llamaría “Locura Mística”. En medio de tanta risa, comentamos que, con todo lo que nos estaba tocando vivir, podríamos hacer una zaga, en donde películas como “El señor de los anillos” y “Harry Potter” parecerían cuentos infantiles.

“Se me ocurrió una idea –le dije–, tendríamos que traer a los viajes una filmadora. De esa manera, cuando la película se edite, le podríamos entremezclar imágenes que le darían un realismo tremendo”.

Cansados de reírnos, dejamos los delirios de lado y nos quedamos en silencio por un buen trecho.

Como nos habían recomendado que tratáramos de mantenernos en oración, intentamos rezar un rosario. Nunca lo habíamos hecho solos. En medio de un padrenuestro, al mejor estilo de la mujer, hice una pausa y le dije muy serio: “Me están diciendo que...”. Alejandro se sorprendió muchísimo, porque pensó que estaba canalizando en serio y lloramos de risa.

Había que recurrir al humor. Teníamos que distendernos. Todavía quedaba una tarea muy áspera, explicarles a nuestros familiares lo que había pasado, sin despertarles el deseo de internarnos en algún neuropsiquiátrico para toda la vida.

Antes de que llegáramos a Olavarría, Alejandro me manifestó que no hablaría a menos que le preguntaran. “De todos modos no nos van a entender. Esto es creíble sólo para nosotros porque fuimos testigos de cada una de las cosas que pasaron y sabemos que fueron ciertas. Pero si lo contamos, nos van a empezar a mirar mal, porque esto rompe con lo establecido y la gente lo único que quiere es seguridad. No pretenden que le cambien la manera que tienen de entender la realidad. Eso los desequilibra y les produce miedo”.

Sus palabras estaban en lo cierto. Me di cuenta tarde. No pude con mi genio e intenté contarle a cuanta persona se me cruzó lo que nos había pasado. Sentía que tenía que compartir lo que sabía. No me lo podía guardar. Creí que los demás tenían derecho a conocer. Pero ésa era sólo mi creencia. Comprobé que, generalmente, las personas tienen pavor de

enfrentar lo desconocido y para proteger sus opiniones desacreditan la de los demás.

Faltaba poco más de una semana para afrontar una nueva canalización y tenía el ánimo por el suelo. Estaba confundido y asustado. Sabía que someterme a otra nueva experiencia, en tan corto tiempo, podía resultar aún más desestabilizante. Además estaría solo. Serían siete días en un monasterio, sin saber para qué.

Internamente era un caos. Por más que quería largar todo y ponerme a hacer cosas comunes y terrenales que me enraizaran, no podía. Tenía que seguir. Quería averiguar por qué se estaba desplegando frente a mis ojos esta nueva realidad. Además, la señal que en su momento pedí para ver si tenía que ir con los monjes fue tan clara, tan contundente, que no podía hacerme el desentendido.

Buena parte de mi confusión radicaba en mi incapacidad por establecer una conexión lógica entre las vivencias. Situar a la Virgen, los espíritus de los indios y los seres de la ciudad intraterrena en un mismo plano, parecía un auténtico cambalache. Una película mal editada. Tenía que existir un error.

Me tranquilizaba el simple hecho de pensar que podría hablar con algún monje. Seguramente, alguno de ellos podría ayudarme a clarificar la situación. Mi único consuelo era saber que, aunque los demás pudiesen mirarme con desconfianza, siempre fui honesto conmigo mismo.

Analizar cada situación desde los más diversos ángulos y someterlas a juicio crítico, sin piedad, me garantizaba poner siempre lo máximo de mí para no engañarme. Quería saber la verdad. No estaba interesado en comprar espejitos de colores.

El monasterio, un lugar lleno de sorpresas

A través de la experiencia acumulada en los viajes, sabía que mantenerme en una clara actitud de apertura ayudaba a que los acontecimientos se presentaran de manera sincrónica. Así fue que, aunque no supiese por qué tenía que ir, el día 8 de junio –cerca de las cuatro de

la tarde— me presenté en el Monasterio Trapense de Azul, dispuesto a seguir aprendiendo.

El sitio era hermoso. Lleno de plantas. Mucho verde. Limpio. Con sierras que le daban un sobrio aspecto montañoso. El silencio tenía vida propia. Todo era calma y tranquilidad. Justo lo que necesitaba.

El monje que me recibió, me explicó algunas reglas básicas con respecto al hospedaje. También me facilitó un folleto con los horarios, en donde se destacaba que la Orden de los Cistercienses de la Estricta Observancia —comúnmente conocidos como Trapenses— se caracterizaba por llevar una vida ascética y contemplativa.

Me asignaron una habitación individual, con baño propio. Lo primero que hice fue dejar la valija y dirigirme hasta a la iglesia, que estaba situada a menos de treinta metros de donde pasaría los siete días que me permitirían cumplir con el mensaje que Aguila Blanca me transmitió.

En medio de tamaño silencio, los sonidos se agigantaban. Entré con sumo cuidado. Caminé despacio. Muy lentamente. Me incliné junto al primer banco. Un impetuoso vitraux, con la imagen de la Virgen María, sosteniendo al niño Jesús en sus brazos, daba color y calidez a la austeridad del templo. Con la mirada clavada en la imagen, comencé a rezar.

Al salir de la iglesia vi que llegaban otras personas con el propósito de hospedarse. Se trataba de dos matrimonios y tres muchachos solteros, de 19, 20 y 35 años.

El hospedaje estaba dividido en dos claras secciones, de manera que las parejas estuviesen agrupadas por un lado y los solteros por el otro. A la hora de la cena fue el momento de las presentaciones formales. Ahí supe que uno de los jóvenes estaba haciendo un retiro por segunda vez.

Su vida sí que fue agitada. Consumió todo tipo de drogas y llegó a beber tres litros de vodka diarios, que lo llevaron a quedar en coma profundo durante una semana. Cuando salió quiso ser monje. Uno de los trapenses lo ayudó a reconocer que no estaba en el lugar indicado. Tomó conciencia de su enfermedad. Se internó en una granja para recu-

peración, durante un año. Se sobrepuso a las dos adicciones. Estudió, se recibió y comenzó a ayudar a otros, para que pudieran salir del mismo infierno en donde estuvo prisionero.

Escuchar su testimonio me hizo recordar que, a veces, creemos que lo que nos sucede a nosotros es lo peor del mundo, pero cuando miramos a nuestro alrededor comprendemos que podríamos estar mucho peor y que lo nuestro no es tan grave, ni catastrófico, como nos parecía inicialmente.

Saludé y me fui a descansar. Me había propuesto realizar el mismo ritual que los monjes. Puse el despertador a las tres y cuarto de la mañana. Eso me daba un margen de quince minutos para lavarme la cara, cambiarme e ir a rezar. A las tres y media comenzaba lo que los monjes denominaban “vigilias”.

Como no me gusta dormir a oscuras, corrí las cortinas de la pieza. Sin querer, vi que en el horizonte había luces extrañas que se movían. Decidí no darle importancia. Podía que hubiese caminos de tierra y no fuesen más que luces de autos o tractores.

Cuando sonó la alarma del reloj, sentí como si no hubiese dormido nada. Me levanté sin pensarlo demasiado. Hacía frío. Me abrigué. Busqué el rosario y salí.

Era de noche. Parecía que nadie estaba levantado. La iglesia permanecía en penumbras. Cuando entré, vi siluetas blancas. Me costó darme cuenta de que se trataba de las túnicas de algunos de los monjes, que estaban rezando de rodillas. Las luces se encendieron y fuertes campanadas anunciaron el comienzo de una nueva jornada.

No tenía la menor idea de qué era lo que harían. Me dieron unas hojas y empezaron a cantar, acompañados por un órgano de fondo. Sus voces me estremecieron. Valió la pena madrugar.

El paso del tiempo hace que ya no tenga muy en claro los horarios. Pero si mal no recuerdo, a eso de las cinco o seis de la mañana, iba a una sala pequeña, dentro de la misma iglesia, a rezar el rosario con un monje anciano que medía cerca de dos metros. Luego había misa.

Posteriormente, a las diez de la mañana y luego a las catorce, a las dieciocho y a las diecinueve y treinta horas, se realizaban oraciones y cánticos, que tenían diferentes nombres, tales como tercia, sexta, nona y completas. Nunca había pasado tanto tiempo dentro de una iglesia.

Me gustaba lo que me tocaba vivir. Lo disfrutaba. Seguir al pie de la letra el ritual de los trapenses me permitió darme cuenta de cuánto respeto y devoción tenían por el Espíritu Santo, figura de la Trinidad a la que nunca había prestado demasiada atención. Su sola mención les llevaba a inclinarse de manera reverencial.

Envuelto por el fervor religioso que infundían los monjes, pedí en mis oraciones que el Espíritu Santo me ayudara a discernir con claridad. Rogué, también, que si todo lo que había vivido hasta ese momento conspiraba contra mi crecimiento espiritual, apartase esa realidad de mi vida para siempre.

Nunca me gustó demasiado rezar. Prefería, de tanto en tanto, entrar a las iglesias cuando estaban vacías y charlar, a mi modo, con Dios. Pero estaba atravesando un momento crítico y notaba que el rezo me permitía serenarme.

Esa noche nuevamente vi las luces en dirección a las sierras y le pedí a uno de los chicos que me acompañara al parque a mirar. No vimos nada.

Cada día que pasaba quería hablar con el monje que estaba asignado a nuestra área, para contarle lo que me sucedía. Pero siempre estaba ocupado. Reconozco que me renequé bastante. Sentí que sería imposible lograrlo.

Cuando por fin pude que me atendiese, no sentí que fuera la persona indicada para tocar el tema, así que sólo me confesé. Me vino bien. Llevaba más de quince años sin hacerlo, porque me costaba entender por qué tenía que decirle a un hombre lo que Dios ya sabía.

Pasaron los cuatro primeros días de la canalización sin que sucediera nada extraño. Se fueron todos los visitantes. Debería haberme ido,

porque a los laicos sólo se les permitía estar cuatro días, pero como tenía un permiso especial me quedé.

Esa noche llegó al monasterio un monje, portando una túnica marrón. Le asignaron la habitación que daba frente a la mía. Me pareció un hombre muy serio, de poco hablar. No me preocupó demasiado. De todos modos, a esa altura no tenía intención alguna de conocer a nadie más. Estaba desilusionado. El lugar me agradaba, pero no había pasado nada que pudiese suponer que se relacionara con la canalización.

A la mañana siguiente, decidí salir a caminar. Antes de hacerlo, pasé por la cocina a tomar agua y me encontré con el monje de la túnica marrón.

Sin proponérmelo, nos pusimos a hablar. Me contó que no venía a cambiarse de orden, sino que era un monje carmelita, que sólo fue a hacer un retiro espiritual. Mi corazón casi estalló cuando expresó: “Además soy licenciado en Física”.

No lo pude creer. Físico y religioso. Por fin la canalización cobraba sentido. Era el hombre ideal para sacarme de la gigantesca confusión en que estaba sumido.

Me habló sobre cómo las distintas disciplinas se estaban juntando para dejar de lado sus compartimentos estancos y trabajar de manera sincronizada, potenciando sus saberes para ayudar al hombre a evolucionar.

La temática de la conversación llevó a que le mostrara el proyecto del parque temático. Había llevado la carpeta basándome en la intuición, aunque recuerdo que antes de guardarla en la valija pensé que no había motivo alguno para llevarla. Una vez más, había dado en la tecla al dejarme guiar por mi voz interior.

El monje escuchó la propuesta y la calificó como muy razonable y necesaria para la apertura de conciencia. Intuí, entonces, que era el momento justo para sincerarme. Aparté el trabajo y le dije: “En realidad no te quería hablar sobre el proyecto, me están pasando una serie de cosas que tal vez sólo una persona como vos, con una formación físico-religiosa, pueda aclararme”.

Fiel a mi estilo cuando estoy nervioso, le dije todo de un saque. Le conté lo de las canalizaciones, lo de la Virgen, los seres de otras dimensiones, etc. Escuchó atentamente. De tanto en tanto se acomodaba los anteojos.

Cuando terminé de largar todo lo que me asfixiaba, me dijo con voz serena y pausada, mientras elegía sus palabras con cautela: “Te voy a responder de manera separada”.

“Si bien lo que me contás es una realidad con la que no he tenido contacto, desde el punto de vista de la física cuántica no es descabellado suponer que algo así pueda existir, porque hay millones y millones de galaxias como la nuestra, y puede haber otras formas de vida. Además –agregó– hoy la ciencia reconoce como válidas teorías tales como la de las Súper Cuerdas, en donde hay dimensiones que parecerían ilógicas a nuestros sentidos”.

“Por otro lado –añadió–, si vos me decís que esos seres reconocen que están más evolucionados que nosotros, pero que en su esquema de jerarquía la Virgen María y Jesús son seres superiores a ellos, no habría grandes conflictos”.

El monje continuó dándome explicaciones que no hacían más que dejar las cosas como estaban. La única recomendación que me hizo fue: “Tené cuidado con la mujer que canaliza, uno nunca sabe con quién se mete”.

Ese día hablamos mucho. Incluso en la cena. Le pedí disculpas por mi abuso de confianza. Prometí que no lo molestaría más y me fui a la habitación.

Luces que provocan miedo

Era de noche. Cerré la puerta de mi pieza y fui derecho hacia la ventana. Como las luces que había visto las noches anteriores me inquietaban, no aguanté más y tomé el toro por las astas. “Si lo que ustedes querían eran que yo viniese al monasterio para hablar con el monje,

que se encienda una luz allá”, indiqué con vehemencia, señalando el horizonte.

Grande fue mi sorpresa e indescriptible mi susto, cuando en la dirección que señalé se encendió una luz roja, en forma de bola de fuego, que en cuestión de segundos desapareció.

“No, no, no –balbuceé– esa no es una señal. Fue sólo casualidad. A ver... que se encienda una luz allá”, dije de nuevo, e indiqué un punto más cercano que el anterior. En el sitio exacto en donde apunté con el dedo, nuevamente se encendió la misma luz.

Traté de serenarme. Sentí que si no lo hacía me volvería loco. Me alejé de la ventana. Abrí la valija y saqué mi reproductor de mp3. Tenía música de relajación. Me recosté con los brazos sobre la nunca, mirando el techo.

Mientras respiraba profundo repetía: “Esto no es más que una creación de mi mente, tranquilo”. No terminé de decir la frase, cuando en la pared que daba junto a mi cama se encendió un potente círculo de luz, de un metro de diámetro. Fue como si alguien estuviese parado en la ventana y encendiera y apagara un reflector.

Sentí pánico. “Si son ustedes, háganlo de nuevo”, dije, como desacreditando lo sucedido. Vi otra vez, sobre la pared, la misma explosión de luz.

Salté de la cama. Encendí el velador. Y me vestí de un saque. El miedo hizo que me aferrara a los dos rosarios que había comprado en el monasterio para regalar. Con cautela, miré hacia afuera. No se veía nada extraño. Tampoco había nadie. Sólo oscuridad. Los días anteriores había comprobado que no había caminos que pasaran por ahí. Fue la primera vez que tuve tanto miedo.

A las dos de la mañana, me caía de sueño. Faltaba una hora y media para ir a rezar. Me senté en la cama y quedé dormido.

El sonido del despertador me volvió a la realidad. Seguía estando completamente de noche. Decidí que el temor no me doblegaría. Me cubrí con la bufanda y fui a la iglesia. Los treinta metros que tenía que

recorrer hasta llegar a la iglesia se me hicieron eternos. Caminé rápido, mirando hacia abajo. Al llegar al templo, suspiré aliviado.

Cuando la ceremonia terminó y salí, vi que en el último banco estaba sentado el monje carmelita. Eso indicaba que en la casa de huéspedes no había nadie, porque estábamos sólo nosotros dos. Así que, aunque el frío me cortaba la cara, me quedé parado en la puerta de la iglesia.

Minutos después, el monje pasó a mi lado sin decir palabra alguna y se dirigió a donde nos hospedábamos. Recién entonces decidí volver a mi habitación, pero como tenía muchísimo frío primero fui a prepararme un té.

“¿Estabas tomando fresco?”, me preguntó sonriendo el monje, que también fue a la cocina pero en busca de mate.

“Mirá, soy demasiado grande para decir mentiras”, le dije con absoluta franqueza. Le expliqué lo que me pasó. Cuando finalicé, le prometí, por última vez, que no lo molestaría más.

El día transcurrió apaciblemente hasta la tarde, momento en que tomé conciencia de que ése era el día número siete de la canalización. Número al que, según Aguila Blanca, debía prestarle atención.

Me sentía intranquilo. Caminé y permanecí en silencio, debajo de los árboles, tratando de serenarme. La procesión iba por dentro.

Ni bien terminé de cenar, fui hacia la habitación. Sentí que los latidos de mi corazón se aceleraban. La oscuridad reavivó el recuerdo de las vivencias de la noche anterior.

Supe que algo tenía que hacer, de lo contrario nuevamente no podría dormir. Estaba harto de tanta tensión. Tenía que liberarla. Me paré frente a la ventana de mi pieza y mirando las sierras dije: “Basta de pavadas, quiero una prueba contundente. Que aparezca una luz allá, si realmente ustedes existen”. Casualidad o no, una luz que cambiaba de colores surgió en el lugar exacto en donde señalé.

“No, esa luz está muy lejos –recriminé–, quiero que avance hasta acá”. No estaba dispuesto a dar por cierto que existían extraterrestres por una luz que había aparecido tan lejos.

No pude creer lo que sucedía. Contuve la respiración. La luz empezó a avanzar en dirección a mi posición. Atravesó los campos en una fracción de segundos. Se hizo gigante. Creí que se incrustaría en la pieza. Cerré los ojos y evité gritar, tapándome la boca.

Sentí como si me hubiese parado en medio de una ruta oscura, en el momento exacto en que pasaba un camión. Abrí los ojos y la luz desapareció. Lo que no pudo desaparecer, por largos días, fue el temblor que recorría mi espalda cada vez que recordaba el hecho.

La única persona que estaba en el hospedaje era el monje carmelita, y le había prometido que no lo volvería a molestar. No me quedó otra opción que buscar protección en el rezo y esperar que amaneciera. No tuve que hacer esfuerzo alguno para permanecer despierto.

Comprender las razones del encuentro

Al día siguiente retorné a Olavarría. Una canalización más había llegado a su fin. Era tiempo de comenzar a analizar, meticulosamente, la manera en que se habían desencadenado los acontecimientos. Sabía que mirar en retrospectiva, mientras todavía los detalles continuaban frescos, aportaba nuevas enseñanzas.

Una vez que logré establecer algunas de las posibles razones por las que la canalización me condujo al monasterio, decidí dar curso a mi intuición y le mandé un mail al monje carmelita. Me guiaba el sano propósito de intentar ayudarlo a que comprendiera que no fue casual nuestro encuentro.

Al escribirle, hice hincapié en que por una cuestión de estilos de vida, actividades profesionales y lugar geográfico de residencia, era prácticamente imposible que nuestros caminos se cruzaran. Y que de haberme quedado sólo los cuatro días que le correspondían a los laicos,

no hubiese tenido forma alguna de conocerlo, ya que él fue al monasterio a partir de mi quinto día de estadía.

Remarqué, además, que si bien el proyecto –que había llevado siguiendo mi voz interior– me sirvió para presentarme como una persona cuerda y socialmente responsable, su verdadera función tal vez era demostrarle que, a veces, hasta lo que surge de manera insólita puede ayudar a generar conciencia, si uno es capaz de trascender sus prejuicios y abrir su corazón,

Le expliqué que después de esa tarde en que estuvimos hablando, por largo tiempo, sentí que tenía que escribirle, pero consideré que aún no era el momento. De todos modos, para recibir alguna señal, me encomendé al Espíritu Santo, cerré los ojos y abrí un libro que pertenecía a la biblioteca del monasterio, llamado “El Don del Espíritu Santo” (de Miguel Ortega Riquelme).

El texto, en donde al azar puse mi dedo, decía: “Ven, Espíritu de Dios para darnos el coraje de anunciar lo que hemos visto y oído. Ayúdanos a proclamar noticias de Salvación a los hombres de este tiempo. No tomes en cuenta nuestra debilidad y fortalece nuestra entrega. ¡Ven, Espíritu de Dios! Amén” (página 117).

Como soy de poca fe, tomé el otro libro que estaba leyendo e hice lo mismo. Cerré nuevamente los ojos. Abrí al azar y leí donde coloqué el dedo. Decía: “la vida está llena de sorpresas” (el libro se llamaba “Los 5 minutos de Dios”, página 352, y era también del monasterio).

Otro de los puntos de la carta fue que, tal vez, habernos cruzado no fue más que una forma de que se acercara a otro tipo de realidades. Le di el ejemplo de que si lograba vencer su desconfianza y leía algún libro que hablase sobre los tipos de energía que utilizan las naves, por su formación física, él sabría si realmente eso era posible o no, e incluso le podría servir para encaminar sus propias investigaciones.

También le dije que “de ser cierto que los seres de las ciudades intraterrenas responden a un mismo esquema, en donde la Virgen María y Jesús están presentes, serán las personas religiosas como vos, formadas

en campos de la ciencia, las encargadas de establecer el nexo para que los laicos no entren en shock cuando los encuentros se produzcan”.

Antes de finalizar, le puse: “Me dijiste que, tal vez, esté influenciado porque leí sobre estos temas y eso, quizás, me hacía ver lo que yo quería ver. Pero si fuese así de simple, aplicando tu misma línea de razonamiento, las personas como vos, que entregan su vida a Dios, deberían poder ver y hablar con los ángeles, la Virgen y Jesús, y tener estigmas”.

“Sólo vos sabrás, con el paso del tiempo, lo que representó que nuestros caminos se hayan cruzado en este momento”, sostuve por último.

Cuando terminé de escribirle, noté que el mail era extenso. Se lo envié igual. Al hacerlo, sentí que mi parte estaba cumplida.

El monje me respondió de manera breve. En uno de los párrafos, que más recuerdo, destacó: “No considero que estés loco, pero sí podría decirse que sos un raro mental”.

Las particulares situaciones que me tocaron atravesar, tanto en Capilla del Monte como en Necochea y en el Monasterio Trapense, daban sustento a una nueva realidad. Mi universo se había amplificado. Por más que la mayoría de las personas pudiese negarlo, no me importaba. El oído no puede ver los colores, pero eso no significa que los colores no existan.

Consideré que, quizás, buena parte de la sociedad no tomaba contacto con esas experiencias, simplemente porque bloqueaba su inteligencia espiritual y silenciaba la voz de su corazón.

A medida que daba nuevos pasos, fui aprendiendo a tratar de no juzgar. No podía pretender que otros me creyeran cuando, a pesar de ser testigo directo de los hechos, yo mismo ponía las experiencias vividas en tela de juicio. También fui reconociendo que existen múltiples niveles de conciencia y que no se pueden forzar los procesos evolutivos. Todo a su tiempo.

Supuestamente lo que estaba haciendo era con el propósito de evolucionar, para poder mejorar como persona y elevar mi vibración. Sin embargo, estaba hundido en un auténtico desconcierto. Me sentía incom-

prendido, confundido y con muchísima ansiedad. Los resultados eran desalentadores. Suponía que el camino espiritual sería más armónico y llevadero, sin tantas complicaciones, ni dolores de cabeza.

No podía entender que la búsqueda me condujese a situaciones tan incómodas y extravagantes. Quería permanecer centrado y me la pasaba discutiendo, porque no lograba que me comprendan. Además, me sentía bastante contrariado, por desoír los consejos de mi familia, basados en argumentos lógicos.

Lo más incomprensible de toda esta situación era que tampoco tenía la certeza de que estuviese haciendo lo correcto. Sentía como si caminase sobre una cuerda floja. Necesitaba, imperiosamente, mantener el equilibrio. También necesitaba tener fe en que mis actos eran guiados por mi sabiduría interior.

Estaba ante un modo diferente de aprendizaje y debía comenzar a familiarizarme con sus reglas: respetar la intuición, estar atento a las sincronicidades, pensar con la guía del corazón, superar los miedos y mantenerse centrado.

Calendario de las canalizaciones

Mientras permanecí en el monasterio, Alejandro viajó a la ciudad de La Plata a visitar a su hija y estuvo reunido con la mujer que canalizaba.

Cuando nos reencontramos me dijo: “No lo vas a poder creer, tenemos la agenda completa. Revisá el correo electrónico porque la mujer te mandó un mensaje”.

Me quedé con la boca abierta. El mail detallaba que, de acuerdo a lo que había canalizado, en agosto debíamos ir a un convento en Fortín Mercedes (provincia de Buenos Aires), en septiembre a Lago Puelo (provincia de Chubut), en octubre nuevamente a Capilla del Monte (provincia de Córdoba) y a la comunidad de Figueira (estado de Mina Gerais, Brasil), y en diciembre a la laguna Los Horcones (provincia de Mendoza). Hasta fin de año teníamos el calendario repleto de viajes.

Cuando terminé de leer, recordé que le había dicho a Alejandro que intuía que ése sería un año de vivencias. Lo que no me imaginaba era que todo sucedería prácticamente sin pausas y que fuese tan movilizador, tanto por fuera como por dentro.

Esta nueva canalización, que la mujer nos envió a través del correo electrónico, nos demandó largas corridas por el parque para dilucidar qué hacer. Llegar hasta esa instancia nos había resultado difícil. El camino, sin embargo, se presentaba aún más empinado.

Para colmo de males, por intermedio de un familiar me había enterado que en la casa de Alejandro pensaban que lo había metido en alguna secta o algo por el estilo, porque se la pasaba rezando y tenía un rosario, cuando siempre se había caracterizado por estar alejado de cualquier tipo de manifestación religiosa.

Le rogué que hablara con sus padres y les comentara qué era lo que realmente estaba haciendo, pero él, fiel a su personalidad enigmática, prefería permanecer callado hasta que ellos tomaran la iniciativa de preguntarle.

Las perspectivas no eran para nada auspiciosas, dado que tantos viajes por realizar ya nos garantizaban, de movida, un sinnúmero de problemas familiares. El único consuelo que teníamos era que, entre nosotros, podíamos conversar sobre lo que estábamos viviendo, con absoluta libertad. Eso nos ayudaba a sobrellevar, con mayor facilidad, situaciones que por momentos resultaban desbordantes.

Estábamos ante una encrucijada. Por un lado pensábamos abandonar todo lo relacionado con las canalizaciones, porque nos parecía una verdadera insensatez. Por el otro, las vivencias nos estimulaban a continuar, porque tras la fachada incoherente de los mensajes que recibía la mujer, parecía existir, de manera soterrada, un orden superior que guiaba los acontecimientos.

Alejandro me miró extrañado cuando le aseguré que, pese a todas las dificultades, seguiría hasta cumplir con la última canalización. Basé mi decisión en que debía respetar la corazonada que tuve a principio de año, que me marcó un período de profundas vivencias.

Le precisé, además, que continuaría porque habíamos podido comprobar que cada canalización representaba un nuevo reto que nos dejaba enseñanzas muy valiosas, por su poder de transformación. Y que, tal vez, si llegábamos hasta el último viaje, una nueva dimensión del juego de la vida se desplegaría ante nuestros ojos.

Un acontecimiento revelador

Cuando nos quisimos dar cuenta estábamos subidos nuevamente a la camioneta, junto con la mujer que canalizaba. Nos dirigimos rumbo al sur de la provincia de Buenos Aires, a Fortín Mercedes. Lugar donde descansan los restos del indio Ceferino Namuncurá.

Fortín Mercedes queda sobre la ruta nacional 3, en las inmediaciones del puente sobre el río Colorado, a 800 kilómetros de Capital Federal.

Recuerdo que cuando nos fuimos a descansar al hotel, no podíamos entender qué hacíamos en un lugar religioso, rodeado por monjas y haciendo ayuno, cuando era sábado por la noche y podríamos estar en algún lugar divirtiéndonos. “Esto sí que no nos lo creería nadie, encima ni siquiera sabemos para qué vinimos”, remarcó mi amigo, mientras jugueteaba con la sogá de una cortina.

Dos fueron los acontecimientos más salientes de ese viaje y lo tuvieron como protagonista a Alejandro.

El primer hecho sucedió cuando fue a comprar una estampita a una santería, porque pretendía decirnos cómo se llamaba la virgen que se le presentaba cuando rezaba el rosario en Fortín Mercedes y también quería mostrarnos su imagen.

Al dar vuelta la estampita para ver cuál era el nombre, no lo pudo creer. La presencia que veía era la de Nuestra Señora de la Merced. Virgen cuya imagen había sido robada de la iglesia jesuítica de Villa Giardino (Córdoba), y que tendríamos que tratar de encontrar en octubre, tras peregrinar por los cerros durante tres días.

Hasta antes de que sucediera dicho episodio, tan particular, Alejandro siempre insistía en que no creía en lo que veía, porque podían ser cosas que sólo fuesen producto de su imaginación. Pero en este caso, no tuvo más remedio que aceptar la evidencia: “Nunca la había visto con ese tipo de vestimenta –aseguró–, así que no pude ser capaz de inventármela, por eso me impactó cuando vi el nombre en la estampita y comprobé que se trataba de la Virgen robada”.

El segundo hecho fue cuando la mujer le reveló, mediante una canalización, que la presión que sentía en su pecho era porque su corazón estaba rodeado por espinas. Luego vivenció, junto al río Colorado, una operación etérica que lo ayudó a sanar.

“No creas en lo que digo que veo, son todas pavadas, cosas que yo mismo invento” me decía a cada rato, como para desacreditar lo que me contaba.

Le contesté que era intrascendente si lo que veía era real o ficticio. “Lo que importa es en qué lugar nos deja parado aquello que experimentamos. Si contribuye a transformarnos en mejores seres humanos, no tiene relevancia discutir sobre su veracidad”.

Cuando regresé de ese viaje, tomé conciencia de que me quedaban poco más de treinta días para tallar en madera lo que el indio me pidió, como prueba de mi arrepentimiento. Me puse a buscar los materiales que necesitaba. Compré un pedazo de tronco, herramientas para cincelar y pinturas acrílicas para poder ornamentarlo.

No tuve mejor idea que empezar a trabajar la madera en el departamento donde vivía. Mi esposa no tenía consuelo. Desde su óptica, mis comportamientos eran incomprensibles. Yo, sin embargo, quería cumplir mi promesa. Lo del indio estaba en consonancia con mis sensaciones internas más íntimas y eso me impulsó a tallar.

A poco de dar el primer martillazo, noté que la tarea me superaba. El tronco era tan duro que las herramientas se rompieron. Su dureza me recordaba a la coraza interna que me impedía llorar.

Le puse esmero y dedicación a la tarea. Cada día avancé un poco. Con cuidado y paciencia lo pinté. Le puse una placa recordatoria que decía “En homenaje a los indios Comechingones” y lo cubrí con barniz para que durara a la intemperie. No tuve en cuenta un detalle, el peso. Me olvidé que tendría que subirlo a pie, hasta la cima del cerro El Colchiquí. Pesaba más de trece kilos.

Entre las corridas por el parque, tallar la madera y refaccionar una quinta que acababa de comprar, los días se me pasaban volando.

Balance parcial sobre los viajes

Por más que con Alejandro intentábamos abstraernos de lo que estábamos viviendo, no podíamos. Lo que nos estaba pasando era tan fuerte que cada vez que nos juntábamos no hacíamos otra cosa que hablar de los viajes y de cómo las enseñanzas estaban afectando nuestro presente.

Habían transcurrido siete meses desde el día en que conocimos a la mujer. Era un tiempo más que prudencial como para hacer un balance parcial y reconocer cuáles eran los pros y los contras de las canalizaciones, así como del vínculo generado.

Estuvimos de acuerdo en que la aparición de la mujer en nuestras vidas aceleró nuestro proceso de aprendizaje vivencial. Por medio de lo experimentado en los viajes pudimos tener más confianza en nosotros, porque aprendimos a darnos el permiso interno de respetar nuestro sentir, y eso nos ayudó a superar entornos adversos.

Los viajes también nos abrieron las puertas a realidades impensadas. Nos permitieron conocer a muchísimas personas que estaban trabajando para que la humanidad despierte a la luz, y nos ayudaron a que fuésemos coherentes con nuestro pensar, sentir y obrar.

Pese a que había muchos asuntos que nos disgustaban, caímos en la cuenta de que como todo enseña, las situaciones que podríamos haber caratulado como negativas eran las más aleccionadoras. Nos revelaban

qué cosas no tendríamos que hacer o qué deberíamos emprender de manera distinta, para no cometer los mismos errores.

En un principio, discutíamos sobre si la mujer era para nosotros una maestra. Los viajes nos demostraron que eso carecía de importancia. En realidad, todos somos maestros y alumnos, ya que intercambiamos roles, a medida que las circunstancias van variando.

La mayor dificultad radicaba en reconocer como válido aquello que se nos informaba por intermedio de la mujer. Sabíamos que su personalidad podía interferir y que existía la posibilidad de que interpretara lo que recibía. Nuestro temor era que nos terminara comunicando lo que ella creía que le estaban diciendo, en vez de lo que verdaderamente le transmitían.

En ese sentido, Alejandro corría con ventaja porque muchas de las situaciones las podía visualizar. La única diferencia era que a él le costaba convalidar lo que percibía y generalmente lo descalificaba, atribuyéndoselo a creaciones de su “frondosa imaginación”.

En el marco de las canalizaciones, lo más duro de aceptar eran las visiones catastróficas que planteaba la mujer: grandes inundaciones, terremotos, huracanes y demás desastres climáticos que arrasaban con buena parte de la humanidad.

Estas percepciones eran coincidentes con centenares de mensajes publicados en Internet. En donde diferentes videntes y personas con habilidades extrasensoriales señalaban que los traumáticos fenómenos que se estaban produciendo, a escala global, respondían a un cambio vibracional del planeta.

Al analizar este último punto, que generalmente prefería saltar porque me costaba admitir que pudiese ser cierto, mi posición era que por más que las visiones fuesen correctas, eso no significaba que realmente fuesen a suceder, dado que las profecías son transmitidas para que no se cumplan.

Sostenía mi razonamiento argumentando que es como cuando un padre amenaza a su hijo con que le va a pegar. Obviamente, el mensaje tiene que ser transmitido con el mayor realismo posible, de lo contrario no tendría efecto.

Cuando escuché mis palabras, caí en la cuenta de que una vez que al padre se le agota la paciencia y se enoja porque no consigue que su hijo entre en razones, a veces no le queda otra alternativa que actuar con mano dura.

No me hizo mucha gracia darme cuenta de esa realidad. Era inquietante escuchar que la mujer nos dijese frases tales como “este lugar quedará totalmente tapado por las aguas” o “veo que este sitio será destruido y habrá mucho dolor y sufrimiento”.

Tras el balance, decidimos que ya habíamos recorrido un largo trecho y no podíamos quedarnos a mitad del camino. Nos movía la curiosidad, las sincronicidades que se fueron plasmando, las manifestaciones personales que tuvimos y nuestro espíritu de aventura. Decidimos seguir.

En septiembre, los tres nos pusimos nuevamente al servicio de una nueva canalización. Esta vez, el lugar señalado fue el Lago Puelo, situado al noroeste de la provincia de Chubut, y distante 15 kilómetros de la ciudad de El Bolsón.

Una vez allí, nos dirigimos en la embarcación “Juana de Arco” al punto exacto del lago en donde hacía dos años, alrededor de 300 personas de distintas partes del mundo se reunieron para activar un diamante etérico, que cumpliría funciones de limpieza planetaria.

El capitán del barco detuvo la marcha justo en el sitio en donde, supuestamente, estaba el diamante. La mujer encendió velas y sahumeros. Se puso a rezar y en medio de las oraciones narró lo que sucedía.

Como no podía ver ni sentir nada, escuchaba lo que decía la mujer como quien presencia el relato de un cuento fantástico. Por medio de un lápiz, la mujer dibujó en un cuaderno cómo eran los seres de otras dimensiones que se estaban comunicando con ella.

Por lo único que podía dar crédito a sus palabras era que Alejandro también veía lo mismo e incluso, a veces, hacía comentarios que complementaban los dichos de la mujer.

Por más que trataba de ocultarlo, me estaba cansando de escuchar y ver a través de otros. Por si eso fuese poco, esa noche, cuando estábamos durmiendo en la habitación, Alejandro me dijo: “Al lado de tu cama hay una señora que te está mirando con mucho amor y quiere entregarte un ramo de flores”.

Tengo presente que al día siguiente les planteé que me molestaba que no entendieran mis cuestionamientos, en relación con lo que ellos veían. “Es como si a ustedes dos los llevara de viaje con los ojos, los oídos y las manos tapadas, y a cada rato les reprochara cómo es posible que no puedan ver esto o no puedan sentir lo otro”.

Para tratar de hacerme entender mejor, le dije a la mujer: “lo que vos recibís forma parte de tu realidad, por lo tanto prácticamente no tenés dudas sobre qué es lo que tenés que hacer. Yo, en cambio, tengo que creer en vos. ¿Qué pasaría si todo esto no fuese más que un delirio tuyo? Tu proceder estaría justificado porque serías coherente con tu locura. Pero el mío no, porque yo no soy quien recibe los mensajes, ni tampoco escucho las voces”.

Mi falta de percepción extrasensorial hacía que dividiese las experiencias de los viajes en dos categorías: lo que ayudaba a mi desarrollo personal y lo fenomenológico. A todo lo que entraba en el área de lo fenomenológico, a no ser que pudiese experimentarlo de alguna manera, le daba relativa importancia. Me atraía por su novedad, pero tenía bien en claro que, aunque tuviese un encuentro directo con seres de otras dimensiones, sólo produciría avances personales si era capaz de superar mis limitaciones trabajando sobre ellas.

El del Lago Puelo fue más que nada un viaje que estuvo dirigido a que Alejandro experimentara sus dones y habilidades. A mí también me sirvió, porque de manera indirecta también se aprende.

En ese viaje, a medida que fuimos recorriendo distintas ciudades, tuve la oportunidad de estar con un cacique mapuche anciano. Pese a que el hombre vestía de manera ciudadana, su forma de hablar, sus rasgos físicos y los principios morales que transmitía daban fiel testimonio de que por sus venas corría pura sangre aborigen.

Me conmovió escuchar cuánto respeto tenía por la madre naturaleza y la tristeza que sentía al ver cómo destruían, impunemente, las tierras que lo vieron crecer.

La garganta se me anudó cuando habló sobre la manera en que los trataba el hombre blanco: “No respetan nuestra cultura, nos sentimos abandonados, nos pagan miseria por nuestros trabajos artesanales y prácticamente nos están echando de nuestras tierras para construir cabañas para los turistas. Ni siquiera nuestras tradiciones podemos mantener, porque nuestros hijos se van a las ciudades buscando un mejor destino”.

La “cosecha de intenciones” me pareció algo formidable. “Todos los años le preguntamos a cada uno de los miembros de nuestra comunidad qué intenciones tienen para el año que va a comenzar —explicó el cacique—. Cuando terminamos de recolectarlas nos fijamos cuáles son las que predominan y eso es lo que le pedimos a la naturaleza, a través de una colorida ceremonia con nuestras vestimentas típicas”.

Escuchar el testimonio del mapuche me recordó que los viajes que estaba realizando estaban guiados por otro indio, Aguila Blanca. Darme cuenta de esas coincidencias me erizaba la piel.

Los diez días que duró la travesía fueron eternos. Estuvimos en lugares soñados como el Lago Cholila. Sin embargo, algunos de los mensajes que la mujer recibía me parecían tan inverosímiles que me impedían disfrutar de los paisajes.

A juzgar por su lenguaje corporal, se notaba que ella realmente sentía cada una de las cosas que nos transmitía. Por eso, más de una vez le pedí disculpas por no confiar en sus palabras.

No era algo simple de creer que frente a nosotros, por ejemplo, se podía encontrar Moisés o el líder de alguna determinada nave intergaláctica, cuando ni siquiera era capaz de sentir la más mínima energía cosquilleando en mis manos.

Previo recorrer más de 3.000 kilómetros, llegué a mi casa extenuado. No pretendía que mi esposa me estuviese esperando con demasiado entusiasmo, porque el viaje se demoró dos días más de lo planeado.

Casi siempre me llevaba alrededor de una semana conectar con las cosas cotidianas y entrar nuevamente en el ritmo de la vida familiar.

Necesitaba hablar con mi esposa para que pudiera comprender lo que estaba sucediendo, pero ella no estaba dispuesta a escucharme. Hacía que me prestaba atención pero, en cuestión de segundos, miraba para otro lado.

Cuando le reprochaba su actitud, la situación empeoraban: “A mí no me gustan esas cosas, dejame tranquila. Hacé tus viajes pero no me cuentes lo que hacés, yo estoy bien así, disfrutando de mis hijos. No me interesa que me digas lo que va a pasar o si vendrán seres de otros planetas a salvarnos o algo por el estilo”.

Por más que sabía que no se tiene que forzar a que otros vean lo que no quieren ver, necesitaba que, al menos, me escuchara. Pero mis esfuerzos eran infructuosos.

Al igual que los meses anteriores, seguí muy confundido por todo lo que estaba sucediendo. Necesitaba ver televisión, mirar un partido de fútbol o hacer algo me demostrara que todo seguía como antes. No me acostumbraba a que esa realidad, de la que participaban todos mis amigos, conocidos y parientes, pudiese romperse tal como se planteaba en las visiones catastróficas.

Mi mente no tenía descanso. Buscaba infatigablemente ordenar semejante caos interno.

En la estantería de una librería encontré parte de las respuestas que buscaba. Se trataba de la recopilación de mensajes recibidos en diferentes partes del mundo, correspondientes a entidades de diversas civilizaciones no terrestres.

Los mensajes coincidían en que tanto los seres de las civilizaciones intraterrenas, como los seres extraterrestres, tienen la misión de ayudar a la humanidad a generar conciencia sobre la importancia de cuidar la Tierra y vivir en la frecuencia del amor.

Destacaban, también, que estamos viviendo momentos de profundos cambios y que falta muy poco tiempo para que los seres humanos comprobemos que no estamos solos en el universo.

A medida que leía las páginas del libro, encontré puntos en común con las diferentes situaciones que nos tocó vivenciar en los viajes. Eso me dio un poco de tranquilidad, pero no demasiada, porque el panorama que quedaba planteado tenía correlación con mi nueva realidad, pero distaba, enormemente, de lo que podría ser considerado como “serio” o “creíble” para la sociedad en general.

No podía pretender que me creyesen si contaba sobre estos posibles cambios mundiales, cuando, además, estaba a pocos días de salir en peregrinación por los cerros para buscar la imagen robada de una virgen, que transmitía mensajes por intermedio de una mujer que canalizaba. Era un cuadro muy delirante. Así y todo, no pude con mi genio e intenté explicarles a algunos de mis amigos. Como siempre, sólo recibí sonrisas irónicas y miradas displicentes.

Salvando las oceánicas distancias, por más que no sabía adónde me conduciría lo que me tocaba atravesar, ese tipo de situaciones incómodas me hacía suponer lo dura que debió ser la vida de personas pioneras como Colón, Copérnico o Einstein.

Por más que yo no era quien recibía los mensajes, era consciente de que buena parte de mi entorno familiar me creería lo que les contaba si llegábamos a encontrar la imagen de la Virgen. Eso le ponía una cuota extra de presión a la nueva canalización, que emprenderíamos el 22 de octubre en los cerros cordobeses.

De acuerdo con los mails que nos enviaba la mujer, ella sentía una enorme responsabilidad por lo que fuese a ocurrir en Capilla del Monte. Había convocado a casi cuarenta personas para que la acompañaran en la búsqueda, dado que así se lo indicaron en sucesivas canalizaciones.

Una semana antes del viaje, terminé de darle la última mano de barniz al tronco que había tallado, como prueba de mi arrepentimiento por los errores del pasado.

Acordé con la mujer que primero iría a Capital Federal a hacer un curso sobre las técnicas Ishayas, y que desde allí saldríamos rumbo a Córdoba. Alejandro y mi hermano Tomás se sumarían al grupo dos días después.

Comenzamos el viaje dirigiéndonos primero a San Nicolás (provincia de Buenos Aires), donde coloqué frente a la imagen de la Virgen, que estaba en el santuario, el tronco tallado. De esa manera, sentí que la obra quedaría impregnada con su energía.

Esa misma noche llegamos a la hostería de Gabriel, en Capilla del Monte, quien también participaría de la búsqueda

Con la mujer habíamos acordado que llegaríamos antes que el resto del grupo, porque había varios aspectos que ajustar, tales como la contratación de los caballos, pintar una bandera y planificar en qué sitios acamparíamos.

Era la primera vez que la veía tan nerviosa. Ese mismo estado de ansiedad le impedía canalizar. “Siento que estoy bloqueada”, repetía insistentemente, mientras no paraba de expresar sus temores por la responsabilidad que le cabía.

De todas las personas que habían sido convocadas a participar, sólo doce confirmamos nuestra presencia. Los argumentos esgrimidos, por la mayoría que no viajó, fueron por demás variados. Sin embargo, internamente, todas las justificaciones tenían el mismo sello: el temor a lo desconocido.

Cumpliendo la promesa hecha al indio

Ni bien llegó a Capilla del Monte el primer grupo de cuatro personas que participaría de la búsqueda, acordamos con ellos ir hasta el cerro El Colchiquí, para que pudiera cumplir con mi promesa. Se sumaron también los dos lugareños, Fernando y Gabriel.

Me demandó un intenso esfuerzo subir el cerro, con el tronco a cuestas. Hacía mucho calor. Transpiré demasiado. A medida que ca-

minaba, el peso de la madera parecía multiplicarse. No dejé que nadie me ayudara. Sentía que el peso que llevaba simbolizaba la carga de mi conciencia, por el error que había cometido al matar indios comechingones.

Cuando llegué al lugar desde donde supuestamente caí cuando fui un soldado raso español, apoyé el tronco cincelado en el suelo y respiré aliviado. Había cumplido.

Para evitar que se cayera y pudiera lastimar a alguien, con cemento rápido fijé el tronco al piso. Mientras lo hacía, una abeja se posó sobre la obra de madera y le saqué una foto. Las abejas comenzaban a representar una señal, que se hacía presente en momentos especiales.

Una de las siete personas que me acompañó al cerro, lo hizo porque la mujer que canalizaba le había dicho que en otra vida fue india. Se llamaba Lidia. Ella fue convocada para que acudiera en representación de los comechingones, de manera que pudiese pedirle perdón por el mal que había causado.

Una vez que el tronco quedó asegurado, la mujer que canalizaba solicitó que realizáramos un círculo tomados de la mano y nos pidió, a Lidia y a mí, que nos pusiéramos en el centro.

Cuando tuve que pedirle perdón, lo hice pero sin estar convencido de lo que hacía. Independientemente de las coincidencias que se habían dado, no tenía la certeza de que realmente en otra vida hubiese matado a alguien, por eso mis palabras de perdón no sonaron convincentes.

Lidia dijo que me perdonaba en nombre de los comechingones, pero también aclaró que ella no creía nada de lo que estaba haciendo. “Estoy acá solamente porque la canalización así lo indicaba”, aseveró. Nos dimos un abrazo. Le agradecí por su sinceridad e iniciamos el descenso.

Esa misma noche, me sorprendí cuando escuché lo que Lidia nos contó luego de cenar. “Aunque me cueste, tengo que confiarles algo –dijo–, yo no creo mucho en todo esto de las canalizaciones, así que no estaba segura de venir. Por la tarde, cuando participé de la ceremonia, en donde Julio me pidió perdón, reconozco que tampoco sentí lo que hacía.

Sin embargo, cuando nos íbamos en la camioneta, miré hacia atrás como para despedirme del paisaje y vi a un indio, con los brazos cruzados, que se inclinó como haciéndome una reverencia de agradecimiento”.

“Lo único que puedo decirles –agregó– es que todavía estoy muy nerviosa. Les repito que vi al indio, pero yo no creo nada de todo esto, aunque... ahora reconozco que dudo”.

Sus palabras fueron emotivas y transparentes. Las lágrimas testimoniaban que realmente estaba conmocionada. Todos le dimos las gracias por animarse a contar su vivencia.

Esa noche nos fuimos a descansar temprano. Al día siguiente arribaría el resto de las personas convocadas por medio de la canalización y comenzaríamos la búsqueda, para tratar de encontrar la estatuilla de Nuestra Señora de la Merced.

El grupo de doce personas que aceptó la convocatoria quedó conformado por mi hermano Tomás, Alejandro, Gabriel, Fernando, la mujer que canalizaba, una directora de una escuela primaria, un muchacho de Necochea, un comerciante de La Plata, dos músicos profesionales de una orquesta sinfónica y Lidia, la mujer que en otra vida fue india.

Comenzamos la peregrinación el 22 de agosto, a las 10 de la mañana, desde la gruta del Padre Pío, tal como fue señalado en la canalización.

Cada uno llevaba puesto un poncho blanco, con guardas marrones. Según la mujer, ése sería el símbolo que identificaría a quienes estarían en favor de la luz, cuando los tiempos finales se acerquen. También llevábamos un pañuelo blanco en el cuello, un escapulario con la imagen de la Virgen robada y un prendedor de los mercedarios

La canalizadora nos explicó que, según un mensaje que había recibido, la imagen de la Virgen sería encontrada, pero quedaría en las sierras, donde la tenían escondida, como símbolo de la corrupción del hombre, porque fue robada por su alto valor comercial en el mercado negro.

“Vi que miles y miles de personas peregrinarán hasta ese lugar en donde ahora está, portando ponchos como los que en este momento tenemos puestos”, dijo la mujer, instantes antes de iniciar la marcha.

En compañía de un baquiano que llevaba dos caballos con el agua, la comida, las carpas y algunas de las mochilas, comenzamos a dirigirnos al Valle de la Luna, lugar donde acamparíamos a la espera de recibir algún mensaje.

Nuevamente, todo había sucedido muy rápido. Otra vez estaba presente en una canalización, lejos de mi familia y sin saber qué era lo que podía suceder.

Al llegar al lugar acordado, armamos las carpas formando un círculo y comenzamos a recolectar leña porque, pese a que de día hacía demasiado calor, de noche la temperatura descendía bruscamente.

En un principio, se notó que había desarmonía en el grupo, porque no nos conocíamos entre todos y cada uno tenía sus propias inquietudes y expectativas. Se respiraba cierto aire de nerviosismo por la tarea a la que fuimos convocados.

Cuando por la noche hicimos una gran fogata y nos sentamos a rezar, la mujer que canalizaba lloró al explicar que tenía profundos dolores físicos y que se sentía “seca”. Por lo que creía que le sería imposible recibir, en ese estado, algún tipo de mensaje: “Es la primera vez, desde que canalizo, que siento que mi conexión se hubiese perdido”.

Cada uno intentó quitarle presión dándole palabras de aliento, y diciéndolo que se quedara tranquila. Sabíamos que ella había hecho su parte y que, de ahora en más, todo dependía de la Virgen. Había tantos recovecos y grutas que nos sería imposible encontrarla, por más fuerza de voluntad que tuviésemos.

Habíamos acordado que, a medida que pasara la noche, rezaríamos tres rosarios y trataríamos de permanecer en vigilia. El fuego no debía apagarse. Simbolizaba al Espíritu Santo.

A la madrugada, algunos fueron vencidos por el cansancio y se fueron a sus carpas a dormir. Cerca de las 3 de la madrugada, mientras

rezábamos el segundo rosario, la mujer que canalizaba sintió una alegría inmensa al ver la imagen de la Virgen de Nuestra Señora de la Merced, quien le dijo que permaneciéramos en oración.

Insólito, pero real

Cuando terminamos de rezar, como no había visto ni sentido nada, me fui caminando hasta un lugar alejado. Me arrodillé y le hablé a la virgen haciendo de cuenta que estaba frente a mí: “No hace falta que te lo diga Madre, por que ya lo sabés, de todos modos te pido que me ayudes a librarme de estas cadenas que me impiden conectar con mi corazón y bloquean mis emociones”.

Al día siguiente, Lidia me solicitó que le hiciera un favor. Me dijo: “Aunque te parezca extraño mi pedido, andá hasta al arroyo que está bajando la ladera del cerro y quedate ahí a ver qué sentís”.

Le expliqué que iría, pero que no esperara que le trajera algún tipo de señal o algo por el estilo porque era nulo en sensibilidad.

Bajé hasta donde estaba el hilo de agua y me senté a mirar los árboles. Mientras estaba ahí, mi mente no paraba de reprocharme la estupidez que estaba haciendo. En eso, un pensamiento, que sentí ajeno a mí, reveló: “Lengua larga, tiempo corto”.

“Yo así no hablo”, sostuve. Y relacioné la frase con que siempre me la paso enganchado en mi interminable diálogo mental, y que soy muy ansioso.

Me inquieté. Respiré bien profundo, varias veces seguidas, y decidí cambiarme de lugar. Creí que debía sentarme junto a otro árbol, cuyo tronco parecía tener un rostro aborígen.

Una vez allí, dije en voz baja: “Quizá estén haciendo el esfuerzo para tratar de comunicarse conmigo, pero yo no puedo sentirlos, así que cerraré los ojos y trataré de serenarme”.

Creí ver algunas imágenes pero, como era de desacreditar lo que veía, abrí los ojos. Ni bien lo hice, lo primero que llamó mi atención fue

una hoja, de color rojo, que sobresalía entre el follaje verde. Sentí que debía ir a buscarla, aunque me parecía que no tenía sentido hacerlo. De todos modos lo hice.

Ni bien tomé la hoja roja entre mis manos, que tenía forma de llama, un nuevo pensamiento, que tampoco reconocí como propio, reveló: “Mantiene vivo nuestro espíritu”. Me dio escalofrío, porque sabía que esa frase no provenía de mi mente.

Ni bien llegué adonde estábamos acampando, les pedí a todos que se juntaran porque tenía que contarles algo. Cuando comencé a decir las primeras palabras, sentí que la garganta se me cerraba y me embargó una profunda emoción.

Todos pensaban que estaba haciéndoles una broma, pero ni bien pude hilvanar unas frases me escucharon con atención: “Les va a parecer loco lo que les voy a contar, pero quiero que sepan que Lidia me pidió que fuera hasta el arroyo para ver qué sentía. Lo hice sin la más mínima esperanza, sólo lo hice para que ella se quedara tranquila”, y así les relaté lo que me había pasado.

Cuando le di a Lidia la hoja y le expliqué que simbolizaba que ella mantenía viva la llama del espíritu indio, caí instintivamente de rodillas. Me aferré a su cintura y me puse a llorar. Le pedí perdón por mis errores cuando fui colonizador, pero esta vez, a diferencia de lo que sucedió en el cerro El Colquichí, lo hice de corazón.

Lidia también lloró. Aclaró que me había pedido que fuese hasta donde corría el agua porque, estando en ese lugar, vio que se le acercaron varios indios a rendirle homenaje. “Como no confiaba en lo que veía y me cuesta aceptar lo que está pasando, le pedí a Julio que fuese a ese mismo sitio, sin contarle lo que me había ocurrido”.

No podía creer lo que escuchaba, pero estaba profundamente agradecido porque había podido llorar. Me sentía libre. La Virgen de Nuestra Señora de la Merced, de cuyas manos cuelgan dos cadenas rotas, había escuchado el ruego y liberó mis ataduras.

Estaba tan emocionado, que no me había percatado de que no estábamos todos. Faltaba Gabriel. Cuando regresó y le comentaron lo sucedido, se sorprendió. Pero mucho más lo hizo porque cobró sentido su propia vivencia.

“Me fui hasta la cima del cerro porque quería meditar y estar tranquilo –narró Gabriel–, pero en un momento de la meditación empecé a ver que todas las sierras del valle estaban rodeadas por indios que festejaban fervorosamente y no lo podía creer, pero ahora que ustedes me dicen lo que pasó acá, en el campamento, tiene sentido lo que vi”.

Había que creer o reventar. No quedaba otra. Parecía como si cada uno de nosotros estuviese interpretando un guión, porque las situaciones se ensamblaban a la perfección y con una lógica envidiable.

No recuerdo con demasiada claridad todo lo que sucedió en ese viaje. Lo que más me quedó grabado fue lo que sucedió la madrugada del 25 de agosto, mientras rezábamos el tercer rosario.

De pronto la mujer que canalizaba nos transmitió que seres de diferentes dimensiones se estaban acercando a una distancia prudencial y formaban un círculo. “Está descendiendo una gran nave y desde su interior está deslizándose una especie de rampa”, dijo la mujer.

Abrí bien los ojos, porque estaba medio dormido, pero no logré ver absolutamente nada. Más los abrí cuando agregó: “Frente a todos ustedes está el maestro Jesús y los está bendiciendo. Me dice que a través de su Madre también se llega a él”.

Sus palabras me impactaron, pero no podía comprender que fuese posible que Jesús bajara de una nave. No había forma de que lo incorporara.

Luego, según lo manifestado por la mujer, apareció la Virgen, quien comunicó que nuestra tarea estaba cumplida y que por ahora su imagen no sería encontrada, pero que siguiéramos manteniéndonos en oración y llevando una vida recta.

La mujer que canalizaba estaba bañada en lágrimas. La emoción indescriptible que reflejaba su rostro, era una prueba más que suficiente como para saber que ella realmente vio todo lo que nos decía.

Cuando logró calmarse, expresó que esa fue la experiencia más maravillosa de su vida, por la energía, la paz y el amor inconmensurable que había recibido.

No todos estuvieron presentes durante esa canalización, porque algunos estaban cansados y se habían ido a dormir a sus carpas. Entre ellos mi hermano Tomás, quien bromeó cuando le contamos y, como buen adolescente, nos dijo: “Por la forma en que les pega, parece que están tomando droga de la buena”.

Decidimos regresar a Capilla del Monte, no podíamos hacer nada más.

Una vez en la ciudad, con Alejandro optamos por ir hasta el centro para comprar algunos libros. Tomás quiso acompañarnos. Mientras recorríamos los locales, mi hermano nos dijo que se adelantaría unos metros con la intención de buscarle un regalo a su hija Delfina. La única recomendación que le hice fue que recordara que se había comprometido a no fumar y comer carne mientras estuviésemos en Córdoba.

Pocos minutos más tarde, mientras hojeaba un libro, escuché a Tomás, que desde fuera del negocio me llamaba a los gritos.

“Vení, vení por favor”, me decía insistentemente, mientras se inclinaba como buscando oxigenarse.

Salí preocupado y vi que tenía los ojos llenos de lágrimas. Le pedí que se calmara y que nos contara qué le había pasado: “Te mentí, te mentí... te dije que iba a comprarle un regalo a mi hija, pero en realidad lo que hice fue comprarme cigarrillos”, narró de manera apresurada. Al tiempo que puso mi mano sobre su pecho, para que comprobara lo acelerado que latía su corazón.

Inhaló aire bien fuerte y continuó: “Luego me senté a fumar. Miré al cielo y como no creo mucho en todo lo que ustedes me cuentan dije, si es verdad que ustedes existen, demuéstrenme que no tendría que estar fumando”.

Se quedó blanco del susto cuando, ni bien acabó de pronunciar esas palabras, una mujer de aspecto común se paró frente suyo, le sacó el

cigarrillo de la boca, le rompió el atado en pedacitos y le dijo: “No tenés que fumar, querido, te hace mal”.

“Lo único que pude hacer fue salir corriendo –agregó–, porque casi me muero del susto”.

Le insistimos en acompañarlo para ver si podíamos localizar a la mujer, pero se negó rotundamente. Nos pidió, por favor, que regresáramos a la hostería.

Cuando analizamos con más calma lo sucedido, coincidimos en que así se hubiese tratado de una mujer que hizo eso porque su hijo había muerto de cáncer de pulmón, lo que importaba, en ese caso, era la sincronidad con que se dieron los hechos. “Además –aclaró Tomás– si en otra circunstancia alguien me hubiese hecho algo así con los puchos, lo mato a trompadas”.

Pese a que estaba conmocionado por lo que le había sucedido, mientras viajábamos de regreso a Olavarría dijo que, de todos modos, volvería a fumar. Por más que había recibido su propia señal, tenía la libertad de hacerlo.

Antes de ir a Capilla del Monte, pensé que si no encontrábamos la imagen robada el viaje sería un fracaso. Pero con todo lo que había sucedido, no podía seguir sosteniendo lo mismo.

Para algunos amigos, conocidos y familiares, el hecho de que no la encontráramos les dio cierta tranquilidad. Pudieron seguir pensando que estaba trastornado y que toda esa nueva realidad, a la que accedían a través de mis relatos, quedaba circunscripta al territorio de mi imaginación.

Una vez más me sentí un inútil cuando intenté explicarle a mi esposa lo vivido. No podía traducir en palabras la liberación que sentí cuando pude llorar. Ni la felicidad que experimenté al pedirle perdón a la mujer que representaba a los indios.

Para colmo de males, tampoco le podía decir que Jesús había bajado desde una nave, porque no quería que me mirase extrañada o con ganas de internarme en una clínica para insanos mentales.

Sé que, desde su óptica, el hecho que contaba era que no habíamos encontrado a la Virgen. No le recriminé nada. Sabía que si fuese ella la que hubiese viajado, tal vez yo me estaría fijando únicamente en ese punto, que era el que le daría credibilidad a tantos viajes y canalizaciones.

Internamente, en mi corazón, sentía que sí la había encontrado. Desde ese día, todas las noches rezo el Ave María a modo de agradecimiento.

Había concluido una nueva canalización. Una vez más, al igual que en los viajes anteriores, sentí que había recibido más cosas de las de las que, conscientemente, podía procesar. Era cuestión de dejar que pasaran los días y que las fichas fuesen cayendo. Sólo quería descansar. Los días de las canalizaciones eran por demás intensos.

No tenía muchas ganas de desarmar la valija, después de todo en tan sólo un par de semanas volvería a viajar por otra canalización. Esta vez iría más allá de los límites territoriales de la Argentina. Me dirigiría al municipio de Carmo da Cachoeira, en Minas Gerais, Brasil.

Mi madre me preguntó si no tenía miedo de enloquecerme, con todo lo que venía experimentando. Le respondí que ese tipo de temor siempre estaba latente, pero que prefería correr ese riesgo a llevar una vida monótona, con certezas prestadas.

Mi proceso de búsqueda, para tratar de evolucionar, me había conducido a esos caminos y tenía que respetar la manera en que el abanico de enseñanzas se estaba desplegando. Debía aprender a fluir bajo esas circunstancias, aunque me resultara difícil.

Si quería podía detenerme y no dar un paso más, pero consideré que eso equivaldría a ponerle un freno a mi desarrollo. El torrente de vivencias era tan intenso y profundo que nuevamente decidí que valía la pena continuar.

Siempre hay un costo que pagar. En este caso, el descrédito. No me importaba. De todos modos vine solo a este mundo y del mismo modo habría de partir. La gente podría decir lo quisiese sobre mí. No tenía que rendirle cuentas a nadie, más que a mi propia conciencia.

La situación empeoraba

La mejor manera que tenía para sobrellevar la tensa situación que vivía con mi esposa, era refugiarme en el amor de mis dos hijos, a quienes siempre extrañaba.

La situación en mi casa empeoró, aún más, cuando Claudia se enteró que viajaría a Brasil con la mujer que canalizaba. Había intentado ocultárselo para que no se sintiera mal, pero encontró los pasajes.

Cuando eso sucedió, me enojé conmigo mismo. Por evitarle un disgusto, había generado un mal mayor. Sentí que ese tipo de situaciones ponían a prueba mi capacidad de tolerar la adversidad.

Le expliqué que en Brasil estaríamos en una comunidad que se llamaba Figueira, adonde acuden personas de diferentes partes del mundo para llevar una vida de recogimiento, servicio al prójimo y oración silenciosa.

Hice lo humanamente posible para que comprendiera que viajaba con el propósito de conocer una nueva forma de vida, porque mi realidad pedía a gritos un cambio urgente. Si no lograba estar bien, nunca podría estarlo con ella; por lo tanto era necesario que continuara haciendo lo que mi espíritu me dictaba.

Le agradecí por estar a mi lado. Le dije que la quería mucho y también le manifesté que quizá yo no sería capaz de tolerar que ella viajase con un hombre, de un lado para el otro, por más diferencia de edad que existiese. Por eso reconocí que valoraba enormemente lo que hacía por mí, pero le expliqué que necesitaba que me tuviese más confianza.

Hacía ocho meses que no me sentaba a tratar de avanzar en el desarrollo del proyecto del parque temático. De todos modos, supuse que no sería mala idea llevarlo a Brasil.

El 11 de octubre, a las siete y media de la mañana, viajé en avión con la mujer que canalizaba, en una línea de la empresa TAM, rumbo a Brasil.

Conocía muy poco sobre la comunidad que estaba a punto de visitar. Sólo sabía que tenían un estilo de vida monástico, que la alimentación era vegetariana (sin grasas animales ni lácteos), que tampoco consumían azúcar, café, bebidas alcohólicas, ni gaseosas, y que tal vez, me alojaría en habitaciones colectivas. Tampoco se permitía fumar.

Al llegar a Figueira nos explicaron cuáles eran las reglas básicas de convivencia y fuimos asignados a diferentes núcleos. A mí me tocó ir a Sohim, que se caracterizaba por ser un lugar con energía de sanación.

Estuve doce días. Me levantaba a las cinco y media de la mañana, porque teníamos que reunirnos para escuchar la lectura de una reflexión diaria. Luego se nos asignaban tareas comunitarias, tales como limpiar los baños, las habitaciones, trabajar en la cocina, etc. A las siete desayunábamos.

Seguidamente, la coordinadora de cada área formaba grupos de trabajo rotativos para que trabajásemos en diferentes actividades hasta al mediodía. Algunas veces, por ejemplo, me tocó ayudar en la huerta, la carpintería, la laguna, la cocina o en el cuidado de las plantas.

No se trataba de una regla estricta, pero las tareas debíamos tratar de hacerlas en silencio, para que cada uno pudiese conectar con su interior.

Al mediodía almorzábamos y teníamos una hora de descanso, tras lo cual se reanudaban las actividades. Cuando terminábamos, nos quedaba tiempo suficiente como para ducharnos y prepararnos para la cena, que era a las siete de la tarde. Antes de las nueve de la noche estábamos durmiendo. Las jornadas tenían un ritmo intenso y había que reponer energías.

Estar en Figueira me sirvió para aprender que es posible llevar una vida comunitaria sana y armónica. En perfecta convivencia con la naturaleza. Reciclando los desperdicios y generando los propios alimentos, sin utilizar agroquímicos.

Trigueirinho, un líder muy singular

La particularidad de esta comunidad estaba dada en que giraba en torno a un líder espiritual, Trigueirinho. Autor de más de setenta libros, a través de los cuales difunde una nueva cosmovisión, que tiene similitud con las vivencias que experimentamos a través de las canalizaciones.

Trigueirinho plantea, entre otros aspectos, que el ciclo planetario está próximo a su desenlace y que se le ofrecerá a la humanidad revelaciones más amplias, que producirán un prodigioso despertar, sin regreso posible a los mundos kármicos.

Sus mensajes son guiados por Jerarquías Espirituales (energías o seres que ya superaron el ciclo evolutivo del hombre) que revelan lo que ocurre en la Tierra y en el ser humano, en esta época de transición.

Sus obras están dirigidas tanto a quienes están despertando a la vida interior, así como a quienes ya la asumieron y aspiran a penetrar el lado desconocido de la existencia humana, planetaria y cósmica.

Los libros de Trigueirinho convalidan las vivencias que tuvimos con Alejandro y la mujer en Capilla del Monte, porque reconoce la existencia de las ciudades intraterrenas, como la de ERKS y el encuentro con seres de dimensiones cósmicas.

Su prédica responde a un plan superior de evolución, del cual formamos parte como integrantes de una gran familia cósmica.

Sé que muchos de estos conceptos pueden sonar extraños o confusos para quienes tal vez nunca escucharon ni siquiera la mención de la palabra ovni. Sin embargo, como nuestras vivencias fueron anteriores a la lectura de algunos libros de este líder espiritual, lo que para algunos podría sonar disparatado, para nosotros era sensato.

Mientras estuve en Figueira, participé de conferencias conducidas por Trigueirinho que me ayudaron a clarificar las situaciones extrañas que habíamos vivido.

Durante una de las charlas, la mujer que canalizaba me dijo que le enviara el proyecto del parque temático a Trigueirinho. No sentí que

tuviese que hacerlo, porque el enfoque de la comunidad distaba de todo lo que tuviese que ver con los avances tecnológicos.

Ante mi negativa, la mujer escribió en un papel: “Me están diciendo que lo tenés que hacer”. Esa era la clase de situaciones que no toleraba. Me daba la impresión que algunas veces interfería su personalidad cuando no conseguía lo que quería. Enseguida decía “me están diciendo que...”, y no me quedaba otra cosa que obedecer.

Recuerdo que cuando salimos de la conferencia le planteé mi parecer y ella me respondió: “Eso no es más que un prejuicio tuyo, si no querés no lo hagas. No estás obligado”.

Es misma tarde, por intermedio del sistema de correo que mantenía comunicadas a las distintas construcciones de la comunidad, le envié la carpeta con el proyecto.

Al día siguiente, recibí una nota, escrita a mano por Trigueirinho, en donde decía: “Gracias hermano por haberme enviado el proyecto. Nos es imposible intervenir en esas cosas, cuando uno es idealista. Es preciso no desperdiciar energías, cuando hay tantas necesidades evidentes que precisan nuestra atención. Esas necesidades son visibles y están ahí, delante de quienes saben ver. Con amor y luz, un amigo, Trigueirinho. (21-10-2004)”.

Su respuesta confirmó mi intuición. No debía habérselo enviado. De todos modos, no me desanimé. Cada uno tiene su propia misión que cumplir. A veces los caminos pueden parecer antagónicos, pero eso es sólo una cuestión de percepción.

Cuando le mostré a la mujer la nota, me dijo: “Te equivocaste, la canalización decía que tenías que dársela al día siguiente, eso alteró las circunstancias”. Preferí no responderle.

Cuando finalizaron los días que tenía programados en Figueira, nos dirigimos con la mujer a la ciudad de Aparecida, en el estado de San Pablo. La canalización decía que el 25 de octubre debíamos estar frente a la imagen de la Virgen morena que daba nombre a esa ciudad. Así lo hicimos

Sos un elegido

Cuando estuvimos junto a la imagen de la Virgen Aparecida, la mujer que canalizaba se puso a rezar. Luego salimos del imponente santuario y nos sentamos en un banco de cemento, bajo la sombra de un árbol. Era una tarde muy agobiante.

Mientras descansábamos, mirando a la gente pasar, la mujer me comunicó el mensaje que le transmitió la patrona de Brasil: “Me cuesta creerlo –dijo–, pero la Virgen Aparecida también me confirmó que sos un elegido”.

No me sorprendí. No era la primera vez que escuchaba la palabra “elegido” por parte de la mujer. Durante una de las primeras canalizaciones, en la ciudad de Necochea, la mujer también me dijo que Aguila Blanca me había señalado como “un elegido”.

Otras canalizaciones, ocurridas durante los primeros viajes, revelaron puntualmente que era uno de los elegidos para integrar uno de los consejos que funcionarían luego de que las profecías catastróficas se cumplieran. Nunca creí en eso.

Alejandro era testigo que desde el primer momento dije: “Voy a las canalizaciones porque veo que después de cada experiencia crezco en sabiduría interna, pero todo lo que me dice con respecto a que soy un elegido lo pongo al margen. No lo creo en lo más mínimo y me incomoda escucharlo”.

Creí que era el momento oportuno para hablar sobre el tema, así que le pedí a la mujer que me escuchara con atención: “Sé que vos creer en cada cosa que recibís, porque en tu realidad lo percibís como cierto. Pero desde mí perspectiva, cuando te escucho decir que soy un elegido me parece una estupidez. Es algo que me resulta imposible de creer, por lo tanto nunca se lo dije a nadie. Me da vergüenza. Sólo lo sabe Alejandro, porque te lo escuchó decir a vos”.

Le pedí que me disculpara por hablarle de ese modo, pero tenía que sincerarme. Era un tema que prefería no tocar, porque sabía que me mo-

estaba demasiado y quizá no iba a tener la tranquilidad necesaria como para hablarlo del modo que correspondía.

La mujer me entendió. A pesar de todo, manifestó que ella sí creía en lo que le habían transmitido, porque incluso pudo visualizarme desempeñándome como consejero. “Sólo el tiempo demostrará si esto es cierto” agregó.

Me sentí más aliviado, pero todavía me faltaba decirle algunas cosas más. De todos modos, preferí esperar a que llegáramos al aeropuerto para continuar hablando con más calma.

Mientras aguardábamos en un bar, a que se cumpliera la hora para tomar el avión de regreso a la Argentina, le dije que a la próxima canalización —que sería en diciembre, en la ciudad de Mendoza— iría en un colectivo de línea.

Cuando me preguntó el motivo, le respondí que así lo haría dado que ella me había enviado un mail, antes de viajar a Brasil, diciéndome que debía desprenderme de la camioneta para evitar que cualquiera de los miembros de mi familia sufriera un accidente lamentable.

“Ese tipo de canalización es condenable bajo todo punto de vista —le dije muy enojado—, porque no te deja salida. Si no hago caso a lo que se me dice y alguno de los integrantes de mi familia muere, la culpa por haberme ahorrado algunos pesos no me la saco jamás”.

También le puntalicé que “no iba a poner una camioneta nueva a disposición de los viajes, porque eso aumentaría los conflictos con mi esposa”.

La mujer dijo que ella era sólo una mensajera, en el sentido que no elegía qué cosas decir. “Sólo me limito a dar curso a lo que me comunican”, sostuvo. Luego agregó una frase que me molestó: “Si no vas con tu vehículo, limitarás la experiencia de los demás, porque nadie tiene en qué moverse”.

Esas palabras fueron más que suficientes para desbordarme y hacer que elevara la voz, con el propósito de dejarle bien en claro que no era

chofer de nadie. Cuando quise darme cuenta, las personas sentadas en las mesas vecinas nos estaban mirando.

Ayudó a distendernos el hecho de que anunciaran nuestro vuelo. Por suerte, teníamos asientos separados. Me había hartado del mundo de las canalizaciones.

Al regresar a Olavarría, hablé con Alejandro. También él sentía el cansancio de tantos viajes y situaciones movilizadoras. Acordamos que iríamos a Mendoza a cumplir con la última canalización, pero en ese lugar le diríamos a la mujer que nuestros caminos se separaban. Estábamos agradecidos por todo lo que habíamos experimentado, pero la situación no daba para más.

En Mendoza teníamos que estar veinte días, a partir del 8 de noviembre. Supuestamente, el grupo de personas que iría tendría la posibilidad de ingresar, físicamente, a la ciudad intraterrena de Isidris. Aunque eso dependería del nivel vibracional que pudiese alcanzar cada uno.

Mendoza y el encuentro con Emilio

Quince días en Brasil me habían parecido una eternidad, así que decidí que a Mendoza iría menos tiempo del que indicaba la canalización.

Llegamos con Alejandro diez días más tarde. El encuentro con la mujer no fue como en los viajes anteriores. Después de la discusión en el aeropuerto, las cosas entre nosotros no habían quedado del todo bien.

Por su intermedio tuvimos la posibilidad de conocer a Emilio. Un ser sumamente especial, que llevaba una vida por demás austera. Su vivienda era humilde, pero digna. Los perros y los gatos eran sus huéspedes de honor.

En las paredes de su casa, situada en medio del campo, tenía colgados llamativos cuadros de colores fuertes, que él había pintado. Representaban algunas de sus vivencias.

El dibujo de una nave espacial, asomando tras las montañas me llamó la atención. “En esa nave viaja el maestro Jesús”, comentó como al pasar. Sus palabras me recordaron que bajando desde una nave, también fue como se nos había presentado a nosotros, en Capilla del Monte, de acuerdo con los relatos de la mujer.

Era la segunda vez en mi vida que escuchaba que Jesús se desplazaba en una nave. No era algo sencillo de incorporar.

Intrigado, le pregunté cómo se llamaba la nave y me respondió en forma de acertijo: “Sólo puedo decirte que su nombre tiene principio y también fin”. Cuando le dije, intuitivamente, si se llamaba Alfa y Omega, sonrió, se encogió de hombros y guardó silencio.

Pasamos en su compañía una tarde mágica. Escuchar sus palabras reconfortaba el alma: “No sigan a nadie, cada uno es su propio maestro, sólo es necesario ir hacia adentro y dejarse guiar por el corazón”.

“Recuerda que lo único importante es disfrutar. No te tomes las cosas en serio. La vida es un juego. Disfruta... Disfruta. Tampoco creas en lo que yo te diga. Busca tu propia verdad”, remarcó. Nos fuimos, pero queríamos quedarnos. Lo percibimos como un hombre puro.

Al día siguiente, mientras descansaba, decidí abrir al azar uno de los libros de Trigueirinho, que había comprando en Figueira. No podía creer lo que estaba leyendo. El texto decía: “En la nave madre, Alfa y Omega, se desplaza el maestro Jesús”.

Cuando leí ese párrafo, sentí que un cosquilleo electrificante recorrió todo mi ser. Por tercera vez, de diferente manera, me llegaba ese dato tan particular.

Sentimos una conexión tan fuerte con Emilio que las cinco personas que habíamos viajada a Mendoza, excepto la mujer que canalizaba –que se excusó argumentando cansancio–, decidimos volver a visitarlo.

Cuando le dije lo que había encontrado en el libro, señaló que estaba en lo cierto y dijo: “esa nave es posible verla en las noches de luna llena”.

Como le insistimos varias veces, accedió a contarnos que su proceso de transformación espiritual estuvo marcado por un sinnúmero de acontecimientos, entre los que no faltaron los viajes, las meditaciones, los encuentros con chamanes, las experiencias místicas, las plantas maestras y el contacto con seres de otras dimensiones. La suma de todas esas experiencias, terminaron revelándole que “sólo hay que disfrutar, porque la vida es un juego”.

Por la tarde, cuando retornamos al lugar donde acampábamos, la mujer que canalizaba no estaba. Esa noche llamó por teléfono para decir que no regresaría a dormir. Luego nos enteramos que había tomado la firme decisión de abandonar al grupo.

A la mañana siguiente, en un encuentro que no duró más de quince minutos porque había personas que la esperaban, la mujer nos dijo: “Es hora de que sigan camino solos, los dejo”. Fue todo muy rápido. Supusimos que la brevedad de la despedida fue para evitar llorar.

Habíamos compartido muchos viajes. Demasiados momentos juntos. Merecíamos otro tipo de cierre. De haber podido elegir, hubiésemos buscado una manera más cálida de desvincularnos. Eramos conscientes de que teníamos que ponerle un punto final a la situación. Lo que no sabíamos era que el desenlace se iba a dar de esa manera.

Aunque no quise reconocerlo en su momento, me sentí muy molesto por la manera en que nuestro vínculo se truncó. Todavía quedan resabios de esa molestia. Prueba de ello es haber omitido hasta este momento la mención de su nombre: se llama Mirta.

Tras la desvinculación, sólo una vez le escribí un mail para agradecerle. Ella fue mi maestra en un tramo muy intenso de mi vida.

Cuando Mirta se fue, quedamos Osvaldo (que era uno de los músicos que nos acompañó a buscar la imagen de la Virgen robada), la sobrina de la mujer y Alejandro. Las otras dos personas que habían venido desde Necochea también decidieron marcharse.

Tras pensar qué haríamos, decidimos cumplir con lo que restaba de la canalización e ir a acampar a la laguna Los Horcones, en la base del Aconcagua.

Invitamos a Emilio, quien accedió a venir. Esa madrugada, junto a la laguna, luego de hacer sonar un caracol a los cuatro vientos y realizar invocaciones, nos explicó que estábamos los que teníamos que estar, porque habíamos ido a Mendoza a cerrar un ciclo.

Con Alejandro nos quedamos con el recuerdo de sus palabras: “No sigan a nadie, busquen sus propios caminos”. Ese día, el 25 de noviembre del año 2004, dimos por finalizado el ciclo de las canalizaciones.

Lo admitiésemos o no, éramos personas diferentes. Por dentro habíamos cambiado. Para buena parte de nuestro entorno, prácticamente sus vidas no habían variado durante el transcurso de los últimos diez meses. Las nuestras habían atravesado una profunda transformación, que amplió nuestro mundo interno.

Cuando volvimos a juntarnos para recordar lo vivido, con Alejandro creímos que, tal vez, ahora nos tocaría vivir un período de mayor tranquilidad, para que pudiésemos terminar de asimilar las enseñanzas recibidas. Aunque esa no era más que una suposición, porque uno nunca tiene la certeza de qué es lo que va a pasar.

Poco a poco entré nuevamente en la rutina cotidiana. Mi cuerpo extrañaba el sabor de la incertidumbre, que brindaba la aventura de los viajes espirituales.

Invertí mi tiempo en lograr un mayor contacto con la naturaleza, ocupándome de la quinta que había comprado. Ese era mi mejor cable a tierra. Las plantas, las flores, el pasto, los pájaros y la compañía de mi perro Juancho, servían de marco para distenderme. También dediqué más tiempo a fortalecer la relación con mi esposa y disfrutar de mis hijos.

Otra de las cosas que hice fue retomar el desarrollo del proyecto del parque temático. Las vivencias que tuve, por intermedio de los viajes, me permitieron darle una mayor profundidad y nuevas perspectivas.

La sabiduría de las plantas

Al cabo de unos meses, mi inquietud por develar cuál era el camino correcto hizo que, nuevamente, diera un paso más allá de mis límites.

El contacto con un chamán me permitió experimentar con plantas maestras, como la Ayahuasca y el San Pedro.

Tuve miedo de hacerlo. Implicaba abrir una nueva puerta hacia lo desconocido, con todo el riesgo que ello representaba.

Busqué primero muchísima información. Debía superar mis temores racionales. Las cosas buenas que se decían en Internet sobre esas plantas, se minimizaban en mi cabeza cuando leía los oscuros testimonios de quienes decían haber atravesado verdaderos infiernos, donde experimentaron dolores insoportables, persecuciones de monstruos o transformaciones físicas que los hacían verse como insectos.

Una de las páginas electrónicas subrayaba que las plantas maestras facilitaban el acceso a un estado de conciencia ampliada o iluminada, que permitía sentir y vivir a Dios dentro de uno mismo, al tiempo que todas las preguntas eran respondidas.

Al igual que me había sucedido antes de desembocar en el terreno de las canalizaciones, reconocí que si seguía leyendo testimonios y buscando información, lo único que conseguiría serían conocimientos intelectuales prestados.

“La sabiduría de la planta es posible que te conduzca a tu cielo, pero también a tu infierno”, me explicó el chamán, aunque hizo la salvedad de que cada experiencia era única.

Necesitaba saber. No me bastaba con conocer. La información no me brindaba certezas. Sólo las vivencias podrían hacerlo. Ese razonamiento me condujo a superar temporariamente mis temores y me permitió participar de una ceremonia chamánica.

Decidí que valía la pena arriesgarme para descubrir la divinidad que habitaba en mi interior, por más que el costo incluyera pasar por mi propio infierno.

Los requisitos previos para limpiar el cuerpo fueron tres días de alimentación sana, preferentemente con vegetales y frutas. Nada de sexo por ese mismo período y evitar, al máximo, el consumo de azúcares y leche.

La ceremonia se realizó en una casa en las afueras de Capital Federal. Las fotografías, dibujos, imágenes y artesanías que adornaban la sala principal, brindaban un marco especial, que invocaba el respeto por la Madre Tierra.

Contrariamente a lo que supuse, me encontré con personas comunes. Mi fantasía me hizo suponer que a esa clase de encuentros sólo acudirían adictos a las drogas y a las emociones fuertes. Por eso, encontrarme con dos señoras que estaban vestidas como si fuesen catequistas me permitió bromear, para liberar la tensión: “¿Ustedes no serán extras para que yo no sienta tanto miedo, no?”. Las mujeres sonrieron y me explicaron que ellas estaban, al igual que yo, tratando de profundizar en el camino interior para lograr conocerse.

A las diez de la noche, a las quince personas que estábamos allí reunidas se nos hizo pasar a una sala contigua, donde comenzaría la ceremonia. La luz muy tenue, así como los almohadones, las colchonetas y las mantas en el suelo, indicaban que lo principal era tratar de relajarse.

El chamán, que tenía la responsabilidad de que pudiésemos atravesar la experiencia de la mejor manera posible, nos recomendó que no ofreciéramos resistencia y que tratáramos de fluir con la sabiduría de la planta. También nos deseó a todos una “buena muerte”.

Uno a uno fuimos pasando a beber Ayahuasca, mientras repetíamos: “salud con todos”. Sabía que su sabor era feo. Mi lengua se encargó de ratificarlo.

Nos fuimos ubicando cómodamente en las colchonetas, tras consumir el brebaje que los indios de la Cuenca del Amazonas consideran “medicina”. Ellos la utilizan, entre otras cosas, como medio para diagnosticar enfermedades y también para prevenir a sus pueblos de desastres inminentes.

Minutos más tarde, la mujer del chamán, que también lideraba la ceremonia, nos puso esencias florales en las manos y sopló por sobre nuestras cabezas para limpiarnos.

En cuestión de segundos, sentí un fuerte ardor a la altura del tercer ojo. Cuando quise darme cuenta estaba experimentando una alegría indescriptible. Me encontraba en medio de un carnaval de colores súper intensos y de indescriptibles bellezas, jugando con dragones diminutos. Todo era éxtasis. Las formas cambiaban de manera mágica. Las transformaciones eran rítmicas. Nunca me había divertido tanto. No paraba de reírme.

Tanta risa me hizo ahogar y cuando me incliné para toser, el multicolorido espectáculo comenzó a marchitarse. Abrí los ojos. Quise vomitar. Tomé la bolsa de plástico que nos habían dado por si eso sucedía. Cuando la acerqué hasta mi cara, la bolsa se transformó en la boca de una víbora.

Me aterró. Pensé que me estaba volviendo loco. Sentía que mi mente se partía. Quería irme. Me desesperé no entender lo que pasaba. Como pude, me levanté. No me importaba nada. Sólo quería escapar de esa sensación de pérdida de la realidad. Ya no era consciente de que había gente al lado mío. Estaba dentro de otro mundo.

Me tiré al piso y me bajé los pantalones hasta los tobillos. Quería evacuar mis intestinos. Cuando reaccioné que estaba desnudo, me cubrí y me puse de pie, pero el calvario seguía. Me desesperé todavía más.

“¿Qué estás haciendo?” me dijo el chamán, mientras me tomaba de un brazo y me tiraba humo sobre el rostro, para evitar que siguiera golpeándome la cabeza contra la pared. No me animaba a mirar su cara. Tenía pánico de que pudiera transformarse.

Sentí una furia tremenda en mi interior, como si fuese el hijo de una bestia. Escuché sonidos aterradores y me di cuenta de que era portador de un inmenso poder, capaz de causar daño.

Lentamente comenzó a filtrarse en mis oídos una dulce voz de fondo, acompañada por un tambor, que me fue sacando de las profundidades.

Conectar con la letra de la canción me elevó. También me ayudó a salir del infierno la firme mano del chamán sobre mi pecho, así como

el humo del tabaco que me hacía inhalar. Recién en ese momento pude coordinar para abrir la puerta de la sala y dirigirme al baño.

Pasar de golpe a una habitación iluminada, donde había gente, también fue impactante. Veía todo distorsionado. No podía focalizar. Me hablaban, pero no entendía. El sonido se deformaba. Era como si estuviesen acelerando la cinta de audio y video.

Como pude, llegué al baño. Me sentí aliviado. No quería regresar a la ceremonia. Había conocido mi propio infierno y no quería saber más nada.

Me quedé a oscuras sentado en una silla. Un rato más tarde, supuse que debía animarme a regresar a la sala porque lo peor había pasado. Entré y volví a ubicarme en mi colchoneta. El chamán me preguntó como estaba y me dijo que tratara de relajarme y de conectar con lo mejor de mí.

Le expliqué que no podía sentir, que estaba bloqueado. Respondió que no me preocupara y que cerrara los ojos. Sus palabras me guiaron hacia adentro. Nuevamente pude ver como si estuviese con los ojos abiertos.

Mi corazón se abrió de par en par y un río, color azul puro, inundó todo mi ser. Me sentí pleno. Completo. Era la primera vez que me sentía lleno de amor y con una profunda paz interior. Estaba en el otro extremo, mi propio cielo.

Podía abrir los ojos y seguir experimentando esa indescriptible sensación de plenitud y amor hacia toda la existencia. Me puse a cantar. El estado ampliado de consciencia permitía que conectara fácilmente con las letras de las canciones y me hacía vibrar. Una de las canciones que más recuerdo comenzaba diciendo: “Abro mi corazón, abro mi sentimiento, abro mi entendimiento, dejo a un lado la razón y dejo brillar el sol escondido en mi interior...”.

Di gracias a Dios por ese momento tan especial y maravilloso. Todo era perfecto. Hasta las situaciones difíciles que momentos antes había vivido, porque revelaron mi otra mitad.

La mujer del chamán se acercó y me dijo si quería tomar. Le dije que sí, pensando que me daría esencias florales. Cuando tragué me di cuenta que había ingerido nuevamente Ayahuasca. Me asusté mucho. Supuse que nuevamente caería en mi infierno, pero nada de eso ocurrió. Solamente seguí experimentando amor y gratitud a raudales.

Caminé hasta el lugar de la sala en donde me había descontrolado y me senté. Ese lugar representaba mi lado oscuro. Sentí que se borraban mis divisiones internas y que había sanado, al ser capaz de afrontar los miedos.

Siempre me costó meditar, porque no era fácil acallar mi mente, pero esa madrugada fue todo diferente. Cerré los ojos y me dejé abrazar por la quietud.

Poco a poco, fui vivenciando escenas de vidas pasadas y mis respuestas eran respondidas. Lo extraño era que las respuestas surgían sin que las pudiera controlar de manera consciente. Era como si un maestro interior fuese el que me las estaba brindando. Sólo a modo de ejemplo, puedo decir que reviví parte de mi vida como monje.

Fueron siete horas fuera de serie. Nunca hubiese podido imaginar que era posible vivir una experiencia tan impactante y movilizadora. Sé que estas palabras no alcanzan para describir ni siquiera el cinco por ciento de todo lo que viví esa madrugada, porque al retornar al estado ordinario de conciencia uno sabe que aprendió muchísimo más de lo que es capaz de recordar.

A medida que el sol se fue asomando, cada uno regresó de su viaje interior.

Unos meses más tarde, con la finalidad de seguir trabajando en el camino de apertura espiritual y autodescubrimiento, volvía a repetir la experiencia con Ayahuasca y por último con San Pedro. De ese modo di también por concluida mi experiencia con las plantas sagradas del Perú.

Soy consciente de que las plantas maestras me sacaron del sótano en el que estaba y me llevaron de un tirón hasta la terraza, para que

todo mi ser sea testigo de que existen otros horizontes, más allá de mis limitaciones. La tarea consistía, ahora, en subir escalón por escalón. Sin ningún tipo de ayuda.

No existe un único camino

Si en este momento tu mente está muy ocupada en determinar con qué parte de esta narración concuerda y con cuál no, perdés tu valioso tiempo. No derroches tu energía. Tené presente que al comienzo del libro quedamos en que estabas jugando a leer.

En el mágico juego de la vida, esta búsqueda es tan válida como cualquier otra, porque no existe un único camino. Los hay tantos como personas.

Estos pasos fueron valaderos para mí, y eso es lo que cuenta. No pretendo que vayas a Capilla del Monte, que le reces a la Virgen de San Nicolás, ni tampoco que salgas a buscar canalizadores para vivir experiencias similares. Te revelé parte de mi historia para que no te sientas como un desquiciado con las cosas que pueden estar pasándote, y también para que tomes conciencia de que hay patrones comunes que se repiten a poco de aventurarse en la búsqueda.

La descripción de estos hechos tuvo el firme propósito de mostrarte que, al igual que vos, otras personas también están atravesando situaciones de aprendizaje que las impulsan, entre otras cosas, a superar los miedos, a escuchar la voz interior, a dejar fluir las emociones, a volverse más espirituales, a relacionarse con la naturaleza y a tratar de hacer realidad el sueño de ayudar a construir un mundo más humano.

Aunque se te rían en la cara e intenten desacreditarte, no claudiques en tu búsqueda. Ofrecé, siempre, lo mejor de vos, sin importar por dónde te conduzca tu propio camino de evolución personal.

Nunca olvides que todos los senderos son absolutamente válidos. Recorré el tuyo como mejor puedas, sin temor al qué dirán.

La búsqueda continúa

Hoy estamos frente a un momento histórico de la humanidad, que demanda flexibilidad y adaptabilidad. Pero por sobre todo demanda el despertar de una conciencia adormecida, que necesita que la mente, el cuerpo y el espíritu funcionen de manera sincronizada.

Los obstáculos que la vida nos pone son oportunidades disfrazadas para que podamos evolucionar. Cada experiencia es intransferible. Nadie más que nosotros somos responsables de nuestros propios actos. Con cada decisión, contribuimos a que el mundo florezca o se marchite.

Es tiempo de que aflore lo mejor de cada uno. Es tiempo de escuchar la voz de nuestro corazón. Es tiempo de que nos animemos a derribar los muros de nuestros temores y prejuicios, para salir del pantano de la deshumanización.

Volvámonos más sensibles. Démosle a la intuición, al amor, a la imaginación, a la solidaridad, a la humildad, a la alegría y a la risa, el lugar que se merecen. Recuperemos la sabiduría de vivir en armonía con la madre naturaleza.

No olvidemos que somos los hacedores de una nueva humanidad. Los constructores de un nuevo orden. Las semillas de un nuevo reino. Sólo debemos darnos el permiso de “ser humanos”, para poder vibrar en una nueva dimensión.

Dejemos las creencias de lado. Trascendamos las divisiones. Sintonicemos con lo más puro de nuestro ser y asumamos el compromiso de cambiar. Nadie puede hacerlo por nosotros. Es una tarea indelegable y también impostergable. No tenemos demasiado tiempo. Debemos comenzar ahora. El futuro no es más que una proyección de la mente y el pasado se compone de la suma de recuerdos.

No importa si es verdad que existen las ciudades intraterrenas, las vidas pasadas, la Virgen, Jesús, los mensajes canalizados, las plantas maestras, los chamanes o los seres de otros planetas. Lo que sí importa es que, de una vez por todas, tomemos plena conciencia de nuestra propia realidad.

Debemos despertar, para reconocer que nos encontramos sumidos en la barbarie y que estamos destruyendo, a pasos agigantados nuestro único hogar: la Madre Tierra.

Cada uno es dueño de sacar sus propias conclusiones. Estamos en el planeta del libre albedrío. Habrá quienes descrean de lo leído y piensen que sólo fue una historia inventada, con el propósito de escribir un libro. Otros, en cambio, quizá se sientan representados a través de estas palabras y se animen a vivir sus propios llamados internos. Nunca se sabe. El juego de la vida es tan misterioso como fascinante.

Esta narración está impregnada por mi subjetividad. Lleva el estigma de mi mente. Contiene el molde ineludible de mis condicionamientos y limitaciones. Los protagonistas de estas vivencias quizá puedan tener otro tipo de interpretaciones sobre los mismos acontecimientos, e incluso enseñanzas diferentes.

Recordá que toda forma de ver es una forma de no ver, y que un mismo hecho puede ser visto en distinta perspectiva, porque no existe una única verdad.

Mi historia, poco a poco, va llegando a su fin.

Así como en su oportunidad la intuición me dictó que había llegado el tiempo de las vivencias, ahora me susurra al oído que es momento de ir hacia adentro. Es hora de conectar con mi esencia. Con mi espíritu. Con aquello que nunca muere.

Mi proceso de búsqueda espiritual no se detiene. Sólo cobra una nueva dimensión.

Esta parte de la historia se acaba. La búsqueda continúa...

(*) Consideraciones sobre “La Búsqueda”

Para que puedas conocer cómo siguieron desarrollándose algunos de los hechos que narré en este capítulo inicial, quiero hacer algunas consideraciones.

En primer lugar, quiero destacar que, a la fecha de publicación de este libro, aún no se encontró la imagen robada de la Virgen Nuestra Señora de la Merced, de la antigua iglesia jesuita de Villa Giardino (Córdoba). Por su parte, Irma, la guardiana del lugar, falleció a principios del 2007, sin ver cumplido su sueño de recobrar la imagen.

Con respecto a la revelación que en Semana Santa del 2004 me hizo Aguila Blanca, donde destacaba que en “siete meses, siete días y siete horas” un hecho importante modificaría mi vida, coincidió con el encuentro con Emilio, el chamán de Uspallata que me enseñó a disfrutar y me ayudó a abrir el corazón.

Los “tres años muy duros” que acepté como prueba, concluyeron en Semana Santa del 2007. Tal lo canalizado, fue un período muy movilizador, pero de profundas enseñanzas vivenciales que me ayudaron a ser más sensible a la vida.

Por otra parte, luego de dos años de silencio y distanciamiento, me reencontré con Mirta (la mujer que canalizaba) el día de la sentencia del juicio oral donde se condenó, a más de veinte años de prisión, a los dos delincuentes que la habían violado. No abrazamos fuertemente, fue un momento muy emotivo. Nuestra relación se restableció, aunque por cuestiones geográficas sólo mantenemos contacto vía mail o telefónica. Ella sigue canalizando y aún continúa liderando un juicio multimillonario contra una multinacional, por daños al medio ambiente y a los pobladores de una ciudad costera de la Argentina.

CAPÍTULO 2

El Encuentro

Los tiempos se aceleran. Las estructuras externas e internas sienten el cimbronazo. La realidad se resquebraja. Se huele la necesidad de auxilio. Millones de almas están sedientas de una mano sincera que las ayude a trascender el desconcierto. Hay quienes especulan y explotan esa necesidad de guía, lo cual sume a muchísimos peregrinos en una angustia aún mayor. Asistimos a un período de caos. Somos protagonistas de una gran transformación. No bajes los brazos. Vengo a tu encuentro para que charlemos, de corazón a corazón.

Por medio de “La Búsqueda”, te revelé parte de mi proceso de transformación. Al finalizar ese capítulo de mi vida, la intuición me susurró al oído que había llegado el momento de conectar con mi esencia, porque estaba cobrando vida una nueva dimensión. Sobre eso y otros temas me gustaría que hablemos.

Mis palabras no son las de un iluminado, simplemente me mueve la compasión. No puedo seguir andando si sé que una parte mía quedó sufriendo a un costado del camino. Sería inhumano seguir. Sé que hubieses hecho lo mismo, o tal vez más. Tus ojos están cansados, pero no mienten.

Por más que soy consciente de las dificultades para entenderse por medio del lenguaje, mi corazón insiste en que habrá una frecuencia sutil que viajará más allá de los conceptos. Muchas de las cosas te las diré sin decir, porque así es como actúa la magia en el entramado cósmico de luz, que está dando vida a una nueva humanidad.

Sé de tu prisa y te comprendo, pero calma, haremos de cuenta que somos llevados fuera de los límites del tiempo. No puedo revelarte todo lo que hablaremos, porque aún lo desconozco. La vida nos está

regalando este mágico encuentro. Dejemos que nos sorprenda. Seremos conversados por la divinidad.

La intuición me guiña el ojo. Es posible que, después de esta charla, nos fundamos en un enorme abrazo desde el alma y salgamos corriendo, a sonreír por la vida, sin que nos importe las condiciones del tiempo, porque dentro, muy dentro nuestro, habrá salido el Sol. Disfrutemos de este encuentro...

Así comienza “El Encuentro”

¿Te gusta la música de ángeles que puse para que escuchemos de fondo? Ayuda a transportarnos a una dimensión diferente, donde la luz acaricia lo más puro de nuestra esencia.

En todo momento somos acompañados. No los puedo ver, pero los puedo sentir. Te cuento un secreto: siempre que estés muy cansado, dile a un ángel que bese tu alma y verás que la energía fluye nuevamente por tu cuerpo.

¿Por qué esa cara tan larga? ¿Descreés que existan otros planos que trasciendan la materia? No soy quién para culparte. Me llevó mi buen tiempo cambiar. Somos programados de una manera tan intensa por la sociedad de consumo, con el discurso de que sólo existe el mundo de las formas, que luego es muy difícil comprender que existan otras realidades más allá de los sentidos. Eso, entre otras cosas, provoca que veamos la muerte de una manera tan negativa.

¿Te sentís bien? Percibí como si una ráfaga de frío recorriese tu espalda al citar la muerte. Debemos aprender a escuchar nuestro cuerpo. Esa señal fue una clara invitación a que toquemos este tema, que tanto ruido interno te provoca y te causa malestar con su sola mención.

La muerte como transformación

La muerte será un buen tema para que comencemos a charlar, porque es una de las pocas cosas que tenemos garantizadas a lo largo del camino de la vida.

¡Vení acá, no te vayas! No soy pesimista, todo lo contrario. La muerte no es más que el paso necesario para que la mutación de las formas pueda tener lugar. Debería llamarse transformación en vez de muerte, así podríamos verla como algo natural.

Un buen ejercicio para trascender los límites de nuestros mapas mentales, es mirar desde otra perspectiva. En este caso, vamos a intentar ver la muerte a través de los ojos de un niño que está por nacer. Lo único que necesitamos es obviar, por unos segundos, que, antes de superar la “línea del olvido”, el niño ya sabe dónde encarnará, quiénes serán sus padres y demás, ¿te parece?

Actualmente, gracias a los avances de la ciencia y de la tecnología, contamos con medios suficientes como para ver parte del proceso de gestación, pero ¿qué pasaría si no pudiésemos comprobarlo? ¿Realmente creeríamos que vivimos de ese modo durante nueve meses?

Te quedaste pensando por qué dije “parte del proceso de gestación”. ¿Creés que podemos verlo todo? Si es así, ¿dónde estaba el espíritu de ese niño antes de ingresar al cuerpo? Bueno... sigamos, de todos modos ésta no será la única pregunta que nos quede sin responder.

¿Considerás que por sí mismo el bebé podría darse cuenta lo que le espera? ¿Verdad que no? Así pudiésemos ingresar al útero y hablarle de un modo que nos pudiese comprender, el niño diría que estamos rematadamente locos si pretendemos que nos crea que, tras el velo de la piel de su madre, podrá respirar por los pulmones, alimentarse por la boca o moverse por donde quiera, con absoluta libertad, sin ningún cordón que lo limite.

¿Imaginás la cara de asombro que pondría al escucharnos decir que nacerá a una nueva forma de vida? Por más que lo intentemos, de mil maneras distintas, no tendríamos éxito. La mente se mueve de lo conocido a lo conocido, por eso cumplen una función tan importante las analogías, ya que a veces nos permiten comprender lo nuevo, subiendo por las escaleras de lo que ya conocemos.

¿Acaso el bebé no tendría derecho a pensar que sólo buscamos excusas para que muera? Visto bajo esta perspectiva, nacer es morir a la forma de vida anterior.

Si no fuese porque la naturaleza cumple con su trabajo sabiamente, sería un verdadero milagro que algún niño se animara a nacer. ¿Cómo haríamos para transmitirle, sin crearle miedo, que existe otra realidad y que no morirá? Ni siquiera podríamos hacerle comprender cosas que nos resultan cotidianas, como los colores, los olores y el viento.

No te rías tanto, a nosotros nos sucede exactamente lo mismo. Cuando alguien nos intenta explicar que nuestra existencia no se acaba con el cuerpo, reaccionamos igual que el bebé. Escuchamos, con sumo descreimiento, al que nos habla sobre el velo que nos impide ver lo que existe más allá de las fronteras de la materia. Así como el niño que está por nacer no cree que pueda vivir desconectado del cordón umbilical, nosotros no podemos imaginarnos que sigamos existiendo sin el cuerpo.

Intuyo que comenzamos hablando sobre la muerte, porque si la negamos, estamos negando la vida misma. Vida y muerte son las dos caras de una misma moneda. El niño “muere” para que nazca el adolescente. El adolescente “muere” para que nazca el adulto y así continúa el proceso de mutación. La diferencia está en que algunas transformaciones son casi imperceptibles, mientras que otras son más radicales.

¿Qué pasaría si hoy te mostrase una foto de cuanto tenías sólo un par de meses? El salto en el tiempo te revelaría que la transformación fue mayúscula, sin embargo todo fue dándose de una manera tan sutil, que casi no te diste cuenta. Afortunadamente están las fotos y podemos comparar. Pero en cierto sentido, ese simpático niño, con hermosos rulos, murió.

¡Así me gusta, muy bien! Volví a mencionar la palabra muerte y ya no percibí esa fría electricidad que hace unos instantes recorrió tu cuerpo. ¿Verdad que es sólo transformación? Es de suma importancia volvernos conscientes de nuestro limitado paso por este plano, dado que eso nos ayudará a intentar aprovechar al máximo cada instante.

Nuestra vida es una demostración, constante, de que lo que llamamos muerte, no es más que una nueva transformación. Sin embargo a veces nos quedamos mirando la tumba, como el tonto al que cuando alguien le señala la Luna se queda con la vista clavada en el dedo.

Si te parece bien, a partir de hoy nos referiremos a la muerte con un nuevo nombre: transformación. Así lograremos despojarla de tanta negatividad y modificaremos, más fácilmente, nuestra percepción con respecto a lo que sucede una vez que cumplimos con nuestro aprendizaje en la Tierra.

Este es un planeta escuela, no lo olvides. Vinimos para aprender. El juego de la vida consiste en recuperar la inocencia y conectar con nuestra esencia interior para seguir evolucionando.

Una vida mecánica

Ahora que hablamos sobre este tema, me gustaría hacerte una pregunta: ¿si estamos solamente de paso, por qué desperdiciamos la vida acumulando cosas que nadie podrá llevarse?

Hay una bella historia que dice que cuando Alejandro Magno murió, había dejado dicho que lo llevaran con los brazos afuera y las palmas de sus manos extendidas, para que todo el mundo viese que ni siquiera él podría llevarse algo material de este mundo.

Mirá por esa ventana. Observá cómo corre la gente de un lado para el otro. No hay sonrisas. No existe el más mínimo rasgo de humanidad en sus caras. Sólo hay tensión, enojo y mucho apuro. Sus mentes están abarrotadas con mensajes publicitarios que les hacen creer que si no tienen un determinado celular, una clase específica de coche o no vacacionan en equis lugar, no están a la moda o no serán bien vistos socialmente. ¿Cómo es que no comprenden que eso responde a que determinadas empresas necesitan, imperiosamente, vender ilusiones para incrementar sus ingresos?

No, no estoy en contra del confort ni de la posibilidad de acceder a un mayor bienestar. Considero que la calidad de vida pasa por otro lado.

Está en el disfrute de las cosas simples. ¿De qué te sirve tanto dinero en la cuenta de un banco si te perdiste de disfrutar cómo crecían tus hijos? ¿Acaso la naturaleza nos enseña que hay que acumular, o más bien nos muestra que aprendamos a fluir?

La gente pareciera olvidar que es más rico el que menos necesita. El consumismo los empuja a un estado de enajenación que espanta. Llevan vidas mecánicas. Son esclavos de sus deseos, rehenes de la inconsciencia.

La vida de millones de personas se ha convertido en un verdadero infierno. Viven polarizados en la mente, condenando al destierro el corazón. Eso los vuelve insensibles a la vida misma y hace que sus rostros se vuelvan tan rígidos que explotarían si tuviesen que sonreír.

Contemplá cómo esos pájaros juegan en el árbol. El perro permanece echado disfrutando de los tibios rayos del Sol. Mirá las flores cómo se divierten con la brisa, y cómo las hojas ensayan nuevas formas de volar. ¿Ves cuánta magia nos perdemos por correr detrás de cosas sin valor? ¿Seremos capaces de decir que hemos vivido si nunca nos dimos el permiso interno de disfrutar del valor de estas pequeñas—grandes cosas?

Es cierto que los gobiernos hacen todo lo posible para promover la ignorancia, de modo que les sea más fácil encauzar los votos hacia determinadas urnas, pero no podemos andar echándole la culpa a los demás. Nadie más que nosotros somos responsables del modo en que vivimos.

Qué distinto sería el mundo si las personas salieran a la calle a compartir lo mejor de sí, tratando de poner conciencia en cada acto. ¿Te parece algo imposible? En la medida que cada uno despierte y tome verdadera conciencia de que estamos interrelacionados, y que todo lo que le hacemos a los demás nos lo estamos haciendo a nosotros mismos, la realidad será absolutamente distinta.

Nuevo escenario mundial

¿Consideras una utopía suponer que viviremos en un mundo más civilizado? No te preocupes, contamos con una gran ventaja, los astros están de nuestro lado. Sí, escuchaste bien.

Las principales megatendencias mundiales hablan de un nuevo escenario mundial, en donde el hombre se revelará a lo establecido, aprenderá a manejarse de manera más consciente, en equilibrio con la naturaleza y moviéndose en consonancia con lo que le dicte su corazón.

Sé que es algo muy difícil de ver en este momento caótico, porque todo pareciera indicar que vamos hacia el extremo opuesto. Así que me pregunté si había un impulso superior que guiara las tendencias, ya que quería saber en qué se basaban algunos autores para hacer tales predicciones. La búsqueda me llevó a la astrología, es decir, al arte de predecir el futuro mediante la observación de los astros.

Desde el punto de vista objetivo, aún estamos en la Era de Piscis. Cronológicamente el cambio hacia la Era de Acuario se sitúa en el año 2160. ¡Ya sé que falta mucho para que llegue esa fecha, pero esperá! La gran noticia es que los límites no son tajantes. Ningún cambio de era se produce de golpe. Se estima que 300 años antes, ya se comienza a sentir el influjo de la nueva era.

¿Por qué te digo que los astros están de nuestro lado? Porque Acuario está regido por el planeta Urano, una de cuyas características es la superación. Además, en cualquier era, la constelación opuesta a la regente muestra los ideales por los que se luchará en esa época. En este caso, la constelación opuesta será Leo, quien despertará el espíritu del hombre, hasta el punto de que impulse sus propias iniciativas.

Tu cara de sorpresa es igual a la que puse cuando me topé con estos datos. Pero la cosa no termina ahí, la información que encontré en la web señalaba que la Era de Acuario es una época de libertad individual y de responsabilidad, que estimula el deseo de romper con la tradición y con las normas autoritarias. Se trata de un período en donde las personas se abrirán a nuevas ideas y emprenderán acciones diferentes.

Esta nueva era, que ya estamos transitando desde el punto de vista energético, ayudará a que se quiebre el caparazón de la ignorancia. La gente obtendrá su estima mediante la autoaprobación. Cada cual será consciente de su propia divinidad y establecerá sus propias metas de autodesarrollo y servicio. Las personas se juzgarán a sí mismas y eso promoverá la libertad, porque el análisis de uno mismo evita quedarse atado a lo que piensen los demás. La gente comenzará a buscar las respuestas dentro de sí mismo y no fuera. Será un período de gran creatividad.

¿Suena demasiado maravilloso para ser real, no? Lo mismo pensé. Eso me llevó a buscar cuáles cosas caracterizaban a la era de Piscis, que es la que estamos abandonando. Mi sorpresa fue bien grande cuando leí lo que la astrología señalaba sobre este período.

Los astrólogos remarcaban que Piscis estimula a que las personas respeten la autoridad, las tradiciones y costumbres. Sus características principales radican en la ignorancia del hombre acerca de su potencial, así como en su falta de autoestima.

Subrayaban, también, que es una era en donde los juicios se basan en las apariencias. La gente quiere que le digan lo que tiene que hacer, en qué creer y se rodea de posesiones materiales para conseguir la aprobación de los semejantes. ¿No es acaso, lo que revelan los astrólogos, una fiel radiografía de lo que aún estamos presenciando?

Reconozco que, al caer en la cuenta sobre la gran influencia que tienen los astros en nuestras vidas, sentí un gran alivio. Comprender que desde el cosmos recibiremos ayuda, camuflada en forma de energía, hizo que recordara que todo, absolutamente todo, está interrelacionado. La distancia es lo que crea la ilusión de separatividad.

De todos modos, con esto de la energía de los astros, no supongas que tenemos todo solucionado. Nuestro libre albedrío nos permite resistir el cambio. Eso sólo generará dolor, sufrimiento, violencia y enfermedades, porque nuestros cuerpos no pueden evitar recibir la nueva vibración que está impregnando a la Tierra. Así que lo más sano e inteligente es aprender a fluir con el cambio.

Cambiar el sistema desde dentro

Gracias por la acotación, mi amigo. Tenés razón. El sistema socio-económico imperante prácticamente no ofrece chances para que el espíritu pueda volar. Pero eso no debería ser una limitación. Al contrario, tendría que constituir una verdadera invitación hacia el desafío de co-crear una realidad más humana y armónica.

Si aprendemos a ver los obstáculos como oportunidades disfrazadas para que podamos elevarnos, seremos capaces de interpretar la vida como un continuo proceso de enseñanzas que nos ayudará a crecer.

Coincido con tus palabras. Somos responsables por el tipo de sociedad que le ofreceremos a la siguiente generación. Asumimos el compromiso de dejarles un suelo fértil, donde las semillas de los nuevos niños puedan florecer. La tarea no es sencilla, pero tampoco imposible. Sólo discrepo en que debemos irnos. Creo que la solución no pasa por intentar salirse del sistema, sino en cambiarlo desde dentro.

¿Considerás que no se puede? ¿Sos de lo que creen que sus acciones son insignificantes? Te propongo algo. Salgamos a la calle y caminemos en veredas diferentes. Vos irás insultando a cada uno que veas, y yo los iré escupiendo. ¡Ahhhh! ¡Viste que nuestras acciones influyen! ¡Claro que deberíamos correr, y bien fuerte! A poco de andar tendríamos a una muchedumbre, embravecida, tratando de lincharnos.

Un altísimo porcentaje de personas manifiesta en las encuestas que no pueden hacer nada para ayudar a transformar la realidad. Sostienen que el ejemplo debe venir desde arriba, en clara alusión a los gobernantes. Parecieran no darse cuenta que la vida se compone de la suma de cosas simples, entrelazadas, que vamos haciendo entre todos.

Si cuando voy a cruzar por la senda peatonal el conductor del vehículo detiene su marcha, en vez de enrostrarme un bocinazo ensordecedor, y la mujer del kiosco me saluda amablemente, en vez de tratarme con desprecio, y en la oficina mi jefe me habla con respeto, en vez de descargar su bronca conmigo, otra sería la historia.

Así vamos por la vida, volando bajo. Haciéndonos eco de los chismes. Tratando de sacar ventajas de los demás. Pensando sólo en nosotros. Después nos horrorizamos por la violencia que se respira en la calle. Pero el aire está viciado de vibraciones rastreras, porque nosotros ayudamos a que eso suceda con cada una de nuestras acciones inconscientes. Si hacemos siempre lo mismo, nunca podremos esperar resultados diferentes.

¡Basta de buscar excusas, mi amigo! El cambio empieza por nosotros. La multitud, como tal, no existe. Se compone de la suma de individuos. No hay actos insignificantes. Si nos damos cuenta del tremendo poder que ejercen nuestras acciones y modificamos las conductas, automáticamente el contexto en el que nos movemos variará.

Nuestras vibraciones impregnan los lugares en donde estamos. No podemos procurar que nos respeten si no somos capaces de respetar. No podemos pretender que nos amen, si no somos capaces de amarnos. ¿Cómo vamos a esperar que el cambio provenga del exterior, si lo que está fuera no es más que una proyección de lo que somos dentro?

Si ponemos nuestros dones y talentos al servicio del bien común, nuestra realidad daría un viraje sorprendente en un solo abrir y cerrar de ojos. El cambio no pasa por estar ocupando puestos de poder, sino por reconocer el poder que llevamos dentro y hacernos cargo de que se manifieste, de manera creativa, en pos de un mundo mejor.

Nos han hecho creer que no valemos, que somos simples números en las estadísticas. Es tiempo que despierte el espíritu de los mansos, pero, para que eso suceda, tenemos que volvernos conscientes. Si seguimos comportándonos como autómatas, sin corazón, no será posible otro escenario más que el de la violencia, el sufrimiento y el descontrol. El futuro nace del presente. Así que todo lo que veremos más adelante, será el fiel reflejo de lo que hicimos hoy.

El sistema no tiene vida propia. Se nutre de la energía de aquellos que se mueven dentro. Si nuestra forma de vibrar cambia, el sistema mutará. Pero el cambio vibracional no podremos lograrlo si nuestra mente es quien lidera los movimientos. Sólo si le damos al corazón la

oportunidad de gobernar nuestra vida, impediremos que el sistema siga siendo cruel e inhumano.

Unidos y despiertos no podrán dominarnos a través del miedo. Eso es algo que nunca deberíamos olvidar, porque para modificar un sistema desde dentro, no sólo hace falta que seamos conscientes de nuestros actos, sino también que seamos capaces de unirnos. Ya es ahora de que todas las disciplinas abandonen sus compartimentos estancos y se fusionen para crear un futuro más luminoso.

Llegó el momento de reunir lo mejor del hombre de manera sinérgica. La separación no es más que otras de las manifestaciones de la inconsciencia. Debemos ser capaces de ver cómo se complementan las diversas áreas de la vida, poniendo al corazón en el centro de la escena.

¿Cómo abrir el corazón?

Te pido mil disculpas porque mi tono de voz se elevó. No estoy enojado, lo que pasa es que mi espíritu se agita cuando toco ciertos temas que deberían formar parte de un pasado lejano.

Me preguntaste cómo se hace para abrir el corazón. La respuesta más sincera que puedo darte es: no lo sé. No conozco una fórmula exacta para lograrlo. Tal vez la clave esté en la suma de pequeñas gotas.

¿Podrías decirme cuál es la gota que hace rebasar el agua del vaso? Muchos responden que es la última. Sin embargo, esa gota nunca hubiese podido derramarse, si no fuese por el sostén de todas las que le antecedieron. Lo mismo sucede con la apertura del corazón.

Este tema no es sencillo de abordar, al menos para mí. De todos modos, intentaré decirte algunas cosas que me fueron funcionales. Tu camino quizá será distinto, así que, por favor, escuchá lo que te digo sin olvidar que mis palabras llevan la carga de mi subjetividad, así como de mis condicionamientos y limitaciones.

Una de las cosas que deberíamos hacer, si pretendemos que nuestro corazón comience a abrirse, es trascender los prejuicios y animarnos a

fluir con el sentir. Al principio será una dura batalla, porque la mente nunca está dispuesta a ceder terreno, así que apelará a todos sus recursos, incluso los más bajos, para tratar de impedirlo.

Hay momentos en que sentimos que tenemos que hacer algo, que a veces no podemos traducir en palabra. ¿Nunca te pasó? Ahí está el corazón intentando comunicarse. Si tenemos la osadía de escucharlo, poco a poco su voz será más nítida y comprobaremos con cuánta maestría y sabiduría nos guía.

Una gota acá, otra más allá. Así, poco a poco, vamos llenando el vaso. Una caricia, un gesto sincero, una palabra de aliento... Gotas. En el momento menos pensado el agua se derramará, nuestro corazón se abrirá y se irán lavando nuestras manchas de inconsciencia.

Sentir es descubrir un mundo nuevo, en donde lo que creíamos ordinario se vuelve extraordinario, lleno de magia, luz y color. Pero no todas serán rosas. Abandonar la coraza que nos impedía sentir, implicará volvernos vulnerables a las espinas más diminutas. De todos modos, vale la pena abrir el corazón, porque sólo así sentiremos la vida en su máxima expresión.

Entrar en contacto con el corazón es ingresar a una dimensión sutil, donde la lógica no cuenta. Es un espacio en donde las sincronicidades, las señales y las emociones se entrelazan con el sentir, para brindarnos nuestra verdadera guía.

Si lo relacionamos con los temas que vinimos charlando, podríamos decir que sentir es morir a la forma de vida mecánica. Es lo que nos permitirá fluir con la nueva energía y nos ayudará a transformar el sistema desde dentro. Sentir es la clave que activa el corazón y nos conectamos a la vida. Cuando el corazón se abre nos volvemos humanos. Ese es el instante en que un ángel nos dibuja una sonrisa en el alma.

No me hagas tantas preguntas que no puedo responder. No puedo decirte mucho más al respecto, excepto contarte cómo fue el instante en que se abrió mi corazón. Sé que te sonará extraño lo que voy a contarte, pero a través de mi testimonio podrás comprender por qué te digo que

el corazón se mueve en una dimensión en donde la mente queda sin palabras.

Tal vez no lo recuerdes pero, en “La Búsqueda”, conté que, a través de una ceremonia con plantas maestras, tuve una experiencia singular. En esa oportunidad, la ayahuasca ayudó a que mi corazón se abriera. Un río, color azul puro, inundó todo mi ser. Me sentí pleno. Completo. Era la primera vez que me sentía lleno de amor y con una profunda paz interior.

Estuve en mi propio cielo. Fue como si en una milésima de segundo me sacaran de un sótano pequeño y oscuro, y me llevaran a la terraza para que contemplara el Sol. Fue todo muy mágico. De todos modos, luego de atravesar la experiencia, consideré que tenía que empezar a subir esa escalera, que conduce hacia la luz, paso a paso. De manera que pudiese experimentar lo mismo, pero sin ayuda. Así fue como comencé a sumar gotas de conciencia en mi vida, para intentar fluir con el río de la existencia.

Siguiendo el dictado de mi intuición, viajé de nuevo a la ciudad de Uspallata (queda en la provincia de Mendoza – República Argentina) a visitar a Emilio, el chamán que había conocido durante el último viaje al que me condujeron las canalizaciones.

Fui solo. Los 1.200 kilómetros que tuve de marcha en colectivo fueron acompañados por varios momentos de lluvia. Lo extraño fue que a lo largo del recorrido, cada vez que miraba hacia afuera, el agua siempre estaba presente. Lo que más vívidamente recuerdo, fue un mural con una gran gota de agua y una montaña a su lado. Una a una, iba percibiendo las señales, pero no lograba traducir qué es lo que se me quería decir.

No, no había nadie que me fuese hablando. Me expresé así, porque sé que una de las formas en que se nos comunican los mensajes, desde los mundos sutiles, es por medio de señales. Es cierto que quizás a vos no te hubiesen llamado la atención, pero las señales tienen valor para quien intuye que algo le están queriendo revelar. No pongas mente en esto que te cuento, porque si no te será más difícil comprenderme.

Bueno... te sigo contando. Cuando Emilio me recibió, me preguntó qué era lo que estaba buscando. No supe bien qué responder. Le expliqué que iba guiado por el agua. Sentí que tenía que ayudarlo a que tuviesen su propio pozo de agua.

Recuerdo que le dije que así como en todos los lugares sagrados la gente tenía la posibilidad de llevarse agua en bidones, en sus terrenos debería suceder lo mismo, porque es un sitio que mantiene la pureza del alma. Se sonrió. Me invitó a pasar y me dijo esperaríamos a ver qué era lo que las señales revelaban.

No voy a narrarte todo lo que viví en lo de Emilio, para no hacer muy extensa la charla. Sólo me limitaré a contarte lo que sucedió en relación con el tema que en este momento nos ocupa, la apertura del corazón. Puede que también te cuente algo más, ya veremos.

Me quedé diez días. Fueron mágicos. Entre sus muchas enseñanzas, Emilio nos trasmitía que todo está íntimamente relacionado. “Si el día está nublado es porque tu corazón está cerrado, no me prives del Sol, abrí tu corazón”, decía amablemente a todos los presentes. Al principio me costó asimilar tal interrelación, pero los hechos fueron avalando sus palabras.

“Vieron ese rosal, hay tres pimpollos que están por abrirse, veremos cuáles de ustedes se abren a la vida”, sostuvo Emilio. Esa misma tarde, recuerdo que le manifesté a una de las personas que estaba allí, que no sabía que más hacer, dado que, dentro de mis limitaciones, había hecho todo lo posible para que mi corazón se abriera.

A la mañana siguiente, cuando fui a cortar pasto a un terreno cercano, ocurrió algo que me sorprendió. Sentí que alguien me arrebató el cuchillo que llevaba en la mano. Miré hacia atrás, pero no había nadie. Estaba solo, así que me puse a buscarlo entre las hojas, tratando de serenarme. No quería moverme del lugar porque el cuchillo no debía estar a más de un paso de distancia.

¿Qué hice? Sin moverme del lugar, le pedí ayuda a uno de los chicos que estaba cerca, pero no pudimos encontrarlo. Justo cuando nos dimos por vencidos de seguir buscando, vimos que el cuchillo estaba a unos

siete metros de distancia, encima de un montón de hojas. De más está decirte que fue intenso el cosquilleo que me corrió por todo el cuerpo, ya que si un cuchillo se te cae de la mano, nunca puede aparecer tan lejos. “Me están desarmando”, pensé. Cuando llegué a la casa, le conté a Emilio lo sucedido. Simplemente sonrió.

Cuado vi el cuchillo en el suelo, nadie estaba al lado mío diciéndome “te están desarmando”. Fue algo que sentí, muy claro, desde dentro. En ese instante, todo mi ser resonó con ese pensamiento y no me quedaron dudas de que era así.

Está bien, vos tenés todo el derecho del mundo a pensar que el cuchillo simplemente se me cayó, pero mi íntima convicción fue que alguien me lo sacó con fuerza. Fuera de contexto, siempre podemos ver las cosas de una manera diferente. Lo importante es reconocer qué es lo que nos sucede, por dentro, en el instante mismo en que las cosas acontecen. Esa primera sensación es pura. Después llega la mente, con todo su arsenal de suposiciones y conjeturas, y muchas veces nos convence de que creamos otra cosa.

¿Por qué te remarco esto? Porque si bien mi sensación fue muy nítida, luego preferí hacerle caso a mi mente, para ganar en tranquilidad, y di crédito a la posibilidad de que el cuchillo se me hubiese caído.

Como te estaba contando, al anoecer, luego de los mantras y de la cena, cantamos muchas canciones de todo tipo, porque ese es otro modo de ayudar a que el corazón se abra. Voy a obviar algo maravilloso que sucedió esa noche, para no mezclar los temas, si querés, más adelante, recordame este punto de la charla y te lo cuento.

En la mañana de mi séptimo día de estadía, tal como lo hacía habitualmente, fui a cortar el pasto para los animales. Tomé un cuchillo, dos bolsas bien grandes y salí cantando bajo el Sol. Era un día increíble. Me sentía más que feliz. Miré el majestuoso paisaje de montañas, las flores blancas al costado del camino, los pájaros que volaban... No podía creer cuánta belleza tenía para disfrutar. Me sentí muy afortunado. Nunca supuse lo que me estaba por suceder.

Pasé por debajo de un alambrado. Camine unos cuanto metros por una zona arbolada y como si algo hubiese llamado poderosamente mi atención, mi vista se centró en una larga y perfecta hilera de álamos. No me preguntes qué fue lo que pasó, pero al ver que uno de los álamos se había quebrado en dos, comencé a llorar como nunca lo había hecho en mi vida.

Era algo incomprendible. No entendía lo que me sucedía, pero no podía parar de llorar. Fui hasta donde estaba el álamo quebrado y lo abracé. Sentí muchísimo amor. Sin soltar el árbol, miré hacia el costado izquierdo y vi que la parte superior del tronco había quedado sin tocar el piso. Extrañamente se había clavado sobre una escalera que conducía a un tanque de agua. Lloré todavía más. Internamente sentí que había ido a Uspallata para quebrarme y así poderme elevar para conectar con la fuente.

Shhh... después me hacés las preguntas que quieras, pero ahora escuchá sin poner mente.

La risa y el llanto se fueron alternando. Me sentí sumamente feliz. Sólo pude mirar al cielo y agradecer. No había una sola nube. El día estaba radiante. Me acordé de las palabras del chamán, cuando dijo que el cielo refleja tu corazón. Volví a llorar y no paré de agradecer.

Las plantas, las hojas, las flores, todo parecía más luminoso. Comprendí la interconexión de las cosas. Los pensamientos que me llegaban, sin control, me mostraban la manera en que todas las señales que había recibido tenían un porqué que excedía toda lógica. Darme cuenta de todo eso me impedía detener el llanto. Eran lágrimas de felicidad.

No encuentro las palabras exactas que describan lo que sentí. Recuerdo que luego de salir de ese estado comencé a mirar para todos lados, temí que alguien me hubiese visto. Mi parte racional me decía que me estaba comportando como un loco. También le agradecí, porque gracias a la razón las señales fueron interconectándose. Me quedé varias horas en ese lugar. Fue como tocar el cielo con las manos.

De regreso a lo de Emilio, con las bolsas de pasto a medio llenar, lo primero que hice fue mirar el rosal. Mis ojos se empañaron. Uno de los

pimpollos se había abierto de par en par. Sonreí. Otra señal estaba confirmando lo que había vivido. De todos modos, no pude con mi mente y decidí guardar silencio, quería ver si el chamán se daba cuenta de lo que había sucedido.

Como podrás ver, mi parte racional es bastante tozuda. De todos modos, me sentí un verdadero estúpido cuando Emilio entró y, con voz dulce y serena, me preguntó: “¿Julio, qué te ha pasado?”. Le agradecí y narré lo sucedido. Aún seguía muy movilizado. Mientras hablaba, una de las chicas presentes apuntó que me estaba poniendo color rosa. Quienes ven el aura, afirman que ese es el color que manifestamos en nuestro campo energético cuando nos expresamos desde el corazón.

Esa noche, al acostarme, todavía no salía de mi asombro al ver cómo todas y cada una de las señales encajaban a la perfección: mi sensación interna de tener que ir a lo de Emilio siguiendo la guía del agua, las manifestaciones que tuve durante el viaje, la sensación del desarme, el tronco quebrado sobre una escalera que daba a un tanque de agua, la flor que se abrió, etc.

Una vez más confirmé que si seguimos nuestra brújula interna, por más que en apariencia demos pasos fuera de la lógica, al llegar a un determinado punto se nos revela que había un hilo conductor, subyacente, que conectaba cada uno de nuestros pasos de manera sincrónica. Es un hilo que la mente no ve, pero el corazón siente. De ahí la importancia de hacerle caso a la intuición y dar pasos en el vacío.

No lo digo por vos, porque sé que algunas personas podrían suponer que contar este tipo de experiencias tiene que ver con el ego. Son formas de ver. En mi caso, considero que si nadie nos fuese contando sus historias de vida, no tendríamos puntos de referencia que nos alienten a trascender nuestras limitaciones.

De todos modos, lo importante de esto que te estoy relatando, no radica en el hecho en sí, sino en la confianza que busco inspirarte, a través de las palabras, para que siempre permanezcas atento a las señales,

fluyas con el sentir y te muevas más allá de la razón. Esos son aspectos cruciales, cuando uno intenta salirse del surco de la mente, para conectar con el corazón.

¿En qué consiste la espiritualidad?

Perdoname, pero no te escuché bien. ¿Qué dijiste? ¿Querés que hablemos sobre la espiritualidad? Hummm... Es todo un tema, sobre todo en este tiempo en donde el mundo parecería dividirse entre los espirituales y los no espirituales, como si sólo unos pocos tuviesen espíritu.

En honor a la verdad, no puedo decirte qué es la espiritualidad como quien da una definición académica. En el mejor de los casos, puedo intentar explicarte qué representa para mí. Pero eso sí, quiero volver a recordarte que todo lo que digo, absolutamente todo, forma parte de mi subjetividad. Te lo remarco para que no te quedes con mis palabras y salgas a experimentar tus propias respuestas, porque el camino es siempre individual.

Somos espirituales por naturaleza. Encarnamos en el mundo de las formas para experimentar la densidad de la materia, pero nuestra esencia es espíritu. También podemos decir que es energía o luz. Cada quién lo denomina como mejor le resuena. De todos modos, muchas veces hablamos de espirituales y no espirituales como una forma de diferenciar quienes intentan manejarse de manera consciente y quienes prefieren hacerlo mecánicamente.

Desde mi punto de vista, ser espiritual no está sujeto a rezar, ir a misa, meditar, hacer cursos de autoayuda, cantar mantras, etc. Todas esas herramientas nos ayudan a ser más conscientes de que existen planos superiores y contribuyen a que iluminemos nuestras zonas oscuras, pero no nos garantizan nada por sí solas.

¿De qué sirve ir a misa si cuando salgo de la iglesia no hago otra cosa que maldecir? ¿De qué sirve que me sienta en paz mientras medito, si en mi trabajo estoy buscando la forma de ascender un puesto a costa de los demás? ¿Cuál es el sentido de cantar mantras por varias horas y

sentirme extasiado, si al llegar a mi casa maltrato a mi familia? Perdemos el tiempo si todas las herramientas que tenemos a nuestro alcance, para conectar con la divinidad y volvernoss más conscientes, no podemos aplicarlas para transformar nuestro día a día. No serviría de nada. Las herramientas son un simple medio para alcanzar un determinado fin. Sólo eso.

¿Por qué me mirás de ese modo? ¿Te suena raro lo que te digo? Te daré un ejemplo. La agujereadora sirve para hacer un agujero en la pared. El fin es hacer un orificio, no importa la agujereadora en sí. Podríamos haber hecho el agujero usando un martillo y un clavo, o cualquier otra herramienta. ¿Comprendés lo que intento explicarte?

El mundo estaría mucho mejor si no existiesen las religiones, y los hombres lleváramos una vida centrada en los valores humanos. Imaginate un futuro en donde la gente viviese en el amor, sin andar perdiendo el tiempo con discusiones sin sentido, sobre qué líder religioso fue la máxima expresión del amor. Así vamos por la vida, discutiendo que fue mejor Buda, que fue mejor Cristo, que fue mejor Mahoma, etc. Y no hacemos más que pelearnos, dividirnos y sembrar odio y resentimiento.

Lo que importa es el mensaje, no el mensajero. La divinidad, fiel a su naturaleza creativa, se expresa bajo millones de forma. Si hoy volviese a la Tierra cualquiera de los iluminados sobre quienes se montaron las estructuras de las religiones, otra sería la historia. Te aseguro que no quedaría institución religiosa en pie, porque han desnaturalizado las enseñanzas. Con tantos dogmas y reglas estrictas, la esencia de los mensajes prácticamente se marchitó.

No digo todo esto porque sea ateo. En el año 2004 vi a la Virgen de San Nicolás y ese hecho cambió mi vida, pero no me cerré en esa manifestación. Seguí abierto a la existencia. Recibí enseñanzas de Aguila Blanca y de seres de otras dimensiones, y sigo sin cerrarme. También recibo enseñanzas de las mariposas, las abejas, las nubes, el Sol, el viento, etc. Absolutamente todo comunica y enseña a cada instante.

Lo único que necesitamos es permanecer atentos y receptivos. Nada más. En tanto y en cuanto estemos abiertos a la vida, veremos que la

esencia de lo que la divinidad nos expresa es la misma, independientemente del canal a través del cual se manifieste. Debemos trascender los encasillamientos que nos propone la mente, así nos sentiremos hermanos y lograremos vivir en un clima de paz, armonía y unidad.

La espiritualidad consiste en volvernos bien humanos. Cuando lo hagamos, habrá nacido el hombre nuevo. Un “Ser Humano” con todas las letras, que vivirá en concordancia con la naturaleza, siguiendo los dictados de su corazón, con plena consciencia de que todos somos Uno, moviéndonos de manera sincrónica y perfecta, a través de una espiral ascendente que fluye con la luz.

No pretendo que creas lo que acabo de decirte, porque ésta es mi particular forma de interpretar la espiritualidad, la cual puede cambiar de un momento a otro, si es que comprendo que esta visión me limita o no me resulta funcional.

Sé que lo único constante es el cambio, por eso quiero alentarte a que saltes a la vida y obtengas tus propias vivencias. Ninguna otra cosa podrá transformarte. No te quedes con verdades prestadas. Recorré tu propio camino. Buscá tus propias respuestas.

No estamos solos en el universo

Uhhhhhhhh! Te pido mil disculpas, ya lo había olvidado. Tenés razón. Hace sólo unos instantes, cuando te estaba narrando parte de las experiencias en lo de Emilio, te dije que había vivido algo maravilloso, pero quedé en contártelo más adelante para no mezclar los temas. Se nota que estás atento.

Esto que te voy a contar, está relacionado con un tema que divide a la opinión pública a la hora de hablarlo. Se trata de si estamos solos, o no, en el universo. Desde mi punto de vista: estamos más que acompañados. Te reís. Está bien, es saludable poder hacerlo.

Si ninguno de los dos experimentó el fuego alguna vez, es probable que –de acuerdo con nuestras creencias– nos aferremos a la posibilidad de que pueda quemar o tal vez que no. Pero, ¿qué

pasará una vez que pongas la mano sobre la llama de una vela? ¿Te quedarían dudas de que el fuego quema? ¿Verdad que no? Esa es la ventaja del conocimiento vivencial. Los demás, desde un plano teórico, podrán seguir creyendo lo que les venga en gana con respecto al fuego. Vos, en cambio, no necesitarás creer. Simplemente sabrás. El problema estará en si después querés salir a la calle convenciendo a todos de tu experiencia. Muchos te mirarían de manera poco amistosa y pensarían que un buen chaleco de fuerza te quedaría más que bien.

No quiero ser reiterativo, porque sé que en “La Búsqueda” leíste sobre las ciudades intraterrenas, el avistaje de naves y las extrañas luces que vivencíé en un monasterio trapense. Lo que ahora te quiero contar, para complementar esas otras vivencias, es lo que experimenté en lo de Emilio.

“Es tiempo de celebrar y vestirse de blanco”, nos explicó el chamán. Por mi gesto de sorpresa al caer en la cuenta de que había ido vestido todo de negro, tuvo la amabilidad de aclarar que vestirse de blanco nada tiene que ver con el color de la ropa, sino con poner conciencia en cada uno de nuestros actos.

Si bien no recuerdo las palabras exactas con que lo dijo, Emilio también nos explicó que, al caer la noche, la manifestación que veríamos en el cielo estaría relacionada con el grado de vibración alcanzado durante la jornada.

El día fue desarrollándose con juegos que contenían enseñanzas, ejercicios de introspección y relajación. También compartimos experiencias e intercambiamos opiniones. Al atardecer cantamos el gayatri mantra y también una hermosa canción a la Virgen María. Luego de cenar salimos, como todas noches, a contemplar las respuestas del cielo. Esa noche fue muy especial, no sólo porque contamos cerca de 25 naves, que aparecían y desaparecían, moviéndose en todas direcciones, sino porque, de repente, se presentó una formación triangular enorme. Las aproximadamente 15 personas que estábamos reunidas allí quedamos con la boca abierta.

“¡Miren allá!”, anunció uno de los chicos. Un triángulo de kilómetros de distancia, formado por tres luces que se movían de manera perfectamente sincrónica, comenzó a desplazarse entre las estrellas, a una gran altura. Lo vimos durante un par de minutos, y justo cuando llegó arriba de nuestras cabezas desapareció. Todos nos fundimos en un solo grito de alegría. No podíamos dar crédito a lo que acabábamos de presenciar, porque contar 25 naves ya había sido mucho, pero el triángulo fue demasiado.

Nos quedamos un largo tiempo debatiendo si se había tratado de una sola nave triangular, enorme, o de tres naves chicas, que al moverse de manera tan perfecta creaban la ilusión de ser una sola. Miramos para preguntarle a Emilio, pero ya se había ido a descansar. Sólo para nosotros había sido algo fuera de lo común. Recordé su frase: “Los cielos reflejarán el modo en que hayamos vibrado”. No quedaban dudas, sabía de lo que hablaba.

Al día siguiente todos estuvimos muy acelerados por el recuerdo de la vivencia. Pusimos aún más empeño en que nuestras acciones no fueran producto de la inconsciencia. Por la tarde, su hermana, dos amigos de la infancia (que llevaban muchos años sin verlo) y otro familiar cercano, fueron a visitar a Emilio. En medio de risas y bromas, se podía percibir que tenían grandes dudas sobre lo que habíamos visto la noche anterior.

“¿Quién sabe? –les dijo Emilio alegremente–. En una de éstas, esta noche tenemos suerte de nuevo y cuando ustedes vienen a cenar vemos algo”.

La noche era tan hermosa que habíamos decidimos sacar las mesas y comer pizzas a la leña al aire libre. No había una sola nube. Ese día también había sido de gran celebración, así que todos estábamos expectantes a ver cómo respondería el cielo.

Poco a poco, los rostros de sus amigos se fueron iluminando, al ver cómo iban y venían las luces. Aparecían y desaparecían, cruzando el cielo mendocino en todas las direcciones. Pero una vez más, se borraron todas las dudas. El gran triángulo volvió a aparecer en el cielo, muy alto,

y se desplazó entre las estrellas. Esta vez, éramos más de 30 personas las que pudimos verlo.

Cuando llegó exactamente arriba de nuestras cabezas, desapareció sin dejar rastro. En medio de la algarabía. Emilio se acercó hasta donde estaba su hermana y con una enorme sonrisa le dijo: “¿Y, hermanita, qué me decís ahora, existen o no existen? Eso sí, no vas a andar contándolo mucho, a ver si alguien te quiere encerrar como vos decías que había que hacerlo conmigo, cuando te contaba sobre esta realidad”. No hubo nada más que acotar, la mirada emocionada de su hermana lo dijo todo.

¿Sueno lindo, no? Mejor todavía es vivirlo, porque a través de las palabras, no puedo reflejarte ni el uno por ciento de lo que se siente al vivir esa experiencia.

Unos meses antes de ir a lo de Emilio, estando en Cuchi Corral, una localidad cercana a Capilla del Monte (provincia de Córdoba – Argentina), también presencié el avistaje de varias naves, aunque esa vez fue en compañía de una mujer contactada, que se llama Lina.

No quiero ahondar en más detalles porque estaría dando vueltas sobre lo mismo, lo que me interesa de todo esto es que comprendas que existen otras civilizaciones. Hay más de mil millones de sistemas solares como el nuestro, con sus respectivos soles, planetas, estrellas, etc. ¿Nunca te pusiste a pensar que habiendo tantos y tantos lugares en el universo, que podrían estar habitados, lo más extraño fuera que sólo en la Tierra hubiese vida inteligente?

Si el tema te interesa, buscá información sobre los Pleyadianos, los Arcturianos, los Venusinos, etc. Te vas a sorprender al caer en la cuenta sobre cuántas civilizaciones, de un modo u otro, están estableciendo contacto con la humanidad. Hay muchísima bibliografía al respecto, así como miles y miles de sitios web, en donde una innumerable cantidad de canalizadores están acercándonos, día a día, los mensajes de los seres de otras galaxias.

Sé que suena a ciencia ficción todo esto, pero bueno... Es lo que hay, diría uno de mis amigos. ¿Qué se le va a hacer?

Una vez más, simplemente me remití a las vivencias, para fundamentarte, a mi modo, por qué afirmo que no estamos solos en el universo. Podés creerme o no. Eso es algo que no me incumbe. Sé que muchas personas dicen: “¿Pero si es tan fácil de ver, por qué yo no veo nada?”. Me quedo con la respuesta que me dio el chamán: “Cada vez que ves una nave te imprimen una determinada vibración, y no todos las pueden ver porque muchos se cierran a la posibilidad de que existan”.

Tu gesto de descreimiento me hizo recordar el momento exacto en que, con gran entusiasmo, le conté todo esto a mi esposa Claudia. Ella, con tu misma expresión gestual, me dijo: “Qué me importa que existan, si es cierto en algún momento me voy a enterar, dejame de molestar con todo eso, te dije que no me cuentes más sobre esas cosas porque me asustan”.

Creo que ya te diste cuenta, ¿no? Ella es mi gran maestra. Tiene la habilidad de hacerme ejercitar la paciencia y la templanza hasta límites insospechados.

¿Sabés por qué traje a relucir este comentario? Porque a raíz de lo que ella me dijo, caí en la cuenta de que, a los fines personales, es intrascendente que existan otras civilizaciones. ¿De qué te sirve ver pasar un ovni? ¿Acaso con eso solucionás tus conflictos internos? ¿Vas a poder cancelar la cuenta del banco o conseguir un mejor puesto en tu trabajo? ¡Te estoy cargando! Pero no olvides que dentro de toda broma se esconde algo de verdad.

En cierto que el hecho en sí de ver un objeto volador no modificará nada en el corto plazo, pero también es cierto que ese hecho abrirá una gran interrogante en tu camino, y la duda constituye un poderoso motor que nos ayuda a movernos. Una pregunta te llevará a la otra. Sin darte cuenta entrarás en el terreno de las vibraciones, el sentido de la vida, etc. Y cuando quieras acordarte, casi sin proponértelo, habrás llegado a tu interior. No importa por dónde comencemos la búsqueda, podemos hacerlo desde los lugares más insólitos. Todos los caminos conducen al mismo lugar.

¡Vamos, arriba ese ánimo! La alegría tiene que estar presente en nuestras vidas, es sinónimo de salud. ¿De qué sirve que podamos hablar sobre estos temas si no tenemos la capacidad de reírnos de nosotros mismos, no te parece? La vida merece celebrarse a cada instante.

Todo es cuestión de percepción

Toda forma de ver es una forma de no ver, no lo olvides. La percepción crea la realidad. Cada uno construye su propio mundo a partir de lo que puede o lo que quiere percibir. Pero eso no implica que otra persona no pueda percibir algo más, o lo mismo, pero de un modo diferente.

Generalmente negamos todo aquello que escapa a nuestra capacidad de comprensión o contradice la forma que tenemos de entender la vida, pero eso no significa que aquello a lo que nos resistimos no sea cierto. La vista no tiene la capacidad de sentir, el olfato no puede ver, el oído no puede degustar, el tacto no puede escuchar y el gusto no puede oler, ¿acaso impide eso que todas esas realidades existan al mismo tiempo? ¿Verdad que no?

¿Por qué hago hincapié en esto de la percepción? Porque necesitamos ser lo suficientemente amplios de criterio, para no privarnos de la posibilidad de experimentar muchos aspectos enriquecedores de la vida, y sumar, de manera creativa, para que la humanidad siga evolucionando.

Todos los puntos de vista son perfectamente válidos y respetables. Cada uno tiene el derecho a entender la vida como quiera, pero por el simple hecho de vivir en sociedad, tenemos que intentar buscar la forma de que los diferentes enfoques puedan complementarse, para evitar multiplicar los conflictos.

¿No logré hacerme entender? Entonces te contaré un breve cuento. Relata una historia que dos personas discutían porque había quedado una sola naranja. Gritaban tan fuerte que no se podían escuchar. Los dos estaban dispuestos a quedarse a toda costa con la fruta. No llegaron al extremo de los golpes porque, en ese instante, alguien se presentó, calmó

los ánimos y le pidió a cada uno que le explicara para qué querían la naranja. Uno respondió que necesitaba su jugo. El otro, que sólo quería su cáscara. Ambos vieron que sus necesidades eran complementarias y volvieron a sonreír.

La falta de un diálogo sincero, de corazón a corazón, sumado a nuestra imposibilidad de sentir, nos está cerrando las puertas hacia una convivencia sana y pacífica.

La energía de cambio que proviene del espacio, con la Era de Acuario, potenciará los conflictos, aún más, si no comenzamos a abrirnos y nos damos el permiso interno de cambiar. No es casual el caos que estamos presenciando. Los medios de comunicación nos muestran que los niveles de tensión van en franco aumento. Crímenes, guerras, atentados, desbordes mentales, hechos de violencia inexplicables, etc., están tiñendo de rojo la realidad.

No digo esto para que te alarmes. El caos es lo que da lugar al cambio, es lo que facilita que la transformación ocurra. Está en nosotros ayudar a que la transición sea lo menos traumática posible. Lograr comprender hacia dónde no está conduciendo el caos, nos permitirá contar con otros recursos para poder atravesar la tempestad.

No es casual que, a escala global, millones de seres humanos presientan que sus vidas deberían dar un vuelco para poder equilibrarse. Tampoco es casual que muchísimas personas no se animen a efectuar los cambios necesarios, por temor a que los demás se les rían en la cara, las tilden de locas o las marginen socialmente. Estamos recibiendo la energía de Acuario, pero aún la de la Era de Piscis no se ha retirado. Estamos con un pie en cada lado. Dar el salto es todo un desafío.

Los que logran superar la instancia de los prejuicios sociales y los temores internos aún tienen que superar una barrera mayor, deben generar sus propios espacios. Las viejas estructuras del sistema, no encajan con sus nuevas formas de percibir la realidad. Ahí es donde se enciende el debate sobre si hay que salirse del sistema o cambiarlo desde dentro.

En mi opinión, salirse del sistema equivale a renunciar ante un obstáculo. De todos modos, así lo quisiéramos, no podemos salirnos. No

hay espacios adónde ir. Somos pasajeros de un mismo barco. Así nos fuésemos a vivir a las montañas y llevásemos una vida ermitaña, eso no nos evitaría sufrir las consecuencias de la contaminación, una guerra nuclear o cualquiera de las calamidades que los ecologistas pronostican, de seguir viviendo a este ritmo decadente.

Nada es bueno o malo en sí mismo, todo depende del uso que le demos. Contamos con un mundo que se ha convertido en una gran aldea interconectada. Por lo tanto, si logramos cambiar nuestra percepción y redireccionamos nuestros esfuerzos, hacia alternativas que despierten la conciencia y abran nuestros corazones, podremos utilizar el poder de esa interconexión para revertir los pronósticos más negativos.

¿Te parece algo imposible? Con fe, constancia, esfuerzo y actitud, todo se puede. Algunos optan por mirar el vaso medio vacío. Otros lo ven lleno, pero sólo hasta la mitad. En mi caso, lo observo completamente lleno. Sé que la parte que algunos dicen ver vacía, está repleta de aire. Todo es cuestión de percepción.

Excusas para no cambiar

No creas que no te comprendo. De todos modos, me gustaría que te escuches cuando hablás. Si no es tu familia, es tu entorno, tus amigos, la sociedad, etc., etc., etc. Vas rotando los nombres, los personajes, las historias, pero siempre la culpa está afuera. Son los otros los que no te dejan cambiar, los que te traban o te ponen palos en la rueda. ¿Prestaste atención a ese detalle?

El cambio debe partir desde dentro. Solamente vos sabés cuál es modo que mejor se ajusta a tu ritmo evolutivo. Nadie puede mover tus pies. A lo sumo pueden inspirarte a que los muevas. No importa si es real o inventada la forma que busques para impulsar tus pasos. Lo importante es que te muevas, que salgas de la inconsciencia.

Sí, lo digo muy en serio. Para la mente no hay diferencia entre algo real o inventado. Con que vos lo creas, es más que suficiente. ¿Sabés qué es lo que hago para moverme en un entorno adverso? Simplemente

juego. Resignifico las cosas. Busco enseñanzas implícitas. Veo todo lo que se me presenta, como una forma de ayudarme a que trascienda mis limitaciones.

En mi singular forma de ver la vida, todo lo que podría considerarse como resistencia para el cambio, lo veo como el escenario que co-creé para demostrarme si realmente estaba dispuesto a transformarme.

Si pese a la adversidad que encuentro soy capaz de dar pasos, en consonancia con mi sentir, eso significa que realmente estoy convencido de la dirección en que me muevo.

Si voy por la calle y veo a un señor en silla de ruedas, sé que es un maestro enseñándome a sobreponerme a una dificultad. Si alguien viene y me trata mal, veo a un maestro enseñándome la tolerancia. Si debo esperar en la cola de un banco, sé que me están invitando a desarrollar la paciencia. Así voy jugando.

¡Claro que a veces estallo y me enojo! También tengo mis baches de inconsciencia. De todos modos cuando caigo en la cuenta de que me enojé, agradezco que me muestren que aún me falta un largo camino. Así voy por la vida, jugando.

¿Sabés una cosa? Con esto de intentar co-crear nuevos espacio para ayudar a transformar la realidad, es posible que, en más de una oportunidad, te encuentres con personas que te digan: “Avísenme cuando esté hecho, así me sumo”. Pareciera que no se dan cuenta que en el mismo hacer está la transformación. Lo importante son los desafíos y los problemas que la realización misma presenta. Materializarlos es sólo la excusa para que nos animemos a cambiar.

Hemos hablando suficiente, ¿no te parece?

A modo de despedida, si no te enojas, me gustaría hacerte una breve sugerencia. Ahora, cuando te vayas, tratá de no parar al primero que se te cruce por la calle para intentar explicarle que la muerte no existe, que deje de llevar una vida mecánica, hablarle sobre la nueva era, el cambio del sistema, la espiritualidad, las otras dimensiones y todo eso,

porque, en el mejor de los casos, lograrás que te recomiende un buen psiquiatra.

Gracias, de todo corazón, por tu tiempo y tu buena compañía. Llevaré siempre este abrazo, en lo profundo de mi alma, como recuerdo de este encuentro. No te preocupes, son lágrimas de felicidad las que corren por mi rostro. Siempre me emociono cuando veo salir el Sol.

Así terminó el encuentro

Cuenta la historia que todos los lectores quedaron desorientados al llegar a la última página, porque en realidad se trataba de un día gris y lluvioso. Sólo vieron salir corriendo por la vida al autor del libro, quien felizmente saltaba, en cada charco, como si fuese un verdadero desquiciado.

Un niño, que miraba por la ventana, comprendió y sonrió: el encuentro fue interno.

(*) Consideraciones sobre “El Encuentro”:

En relación con este capítulo, quiero contarte que de manera frecuente sigo viajando a Uspallata a visitar a Emilio para seguir aprendiendo. Su enorme humanidad e impecabilidad en su modo de proceder, hace que uno disfrute de sus enseñanzas. El es un gran maestro que hace casi una década alcanzó el estado de iluminación.

En julio del 2007 fui con unos amigos a visitarlo. Hacía mucho frío, e incluso nevó. Estuvimos siete días aprendiendo diferentes cosas, tales como: estar atentos a los sueños para recibir mensajes, volvernos conscientes sobre cómo nuestras formas pensamientos co-crean realidades, elevar la vibración para evitar que todo se concentre en el segundo chacra (el sexual), etc.

Emilio sostiene que todos los que pasan por su lugar es porque, de uno u otro modo, tienen algo que trascender con respecto al padre. Así que otras de las cosas que hicimos fue una ceremonia de perdón

y gracias. Lo mágico de esa jornada fue que, luego de la meditación (que incluyó el rezo del rosario y algunos mantras), Emilio nos dijo que fuésemos hasta la puerta de entrada de la casa, porque había una nave. Nuestros corazones se aceleraron por la noticia.

Al abrir la puerta, no podíamos creer lo que estábamos viendo. Sobre la Cordillera de los Andes había una nave enorme, que comenzó a moverse mientras cambiaba la coloración de sus luces. A la distancia era un tanto difícil poder precisar su tamaño, pero su presencia era imponente. Parecía tener varias aberturas pequeñas en su parte media, como si fuesen ventanas. Fue muy impactante. Todos nos emocionamos muchísimos. Cantábamos, al tiempo que las luces de la nave cambiaban de color y se movían en forma rítmica.

Al cabo de unos minutos la nave desapareció. Seguimos cantando una canción que habla sobre el espíritu de Dios y enseguida volvió a aparecer. Tras moverse y cambiar las luces de un extremo al otro, todas sus luminarias se convirtieron en una sola gran luz roja. Emilio nos pidió que entráramos a la casa. Nadie quería ingresar porque la nave seguía sobre la montaña, pero le hicimos caso.

Nos explicó que esa nave prácticamente no aparece, porque es la nave que lleva la energía del Padre. “Cuando una nave de ese tipo se presenta, todos los que la ven reciben una determinada frecuencia que les cambia el viaje (en el sentido de transformar tu vida)”. También nos dijo que a través de la luz roja nos estaban indicando que debíamos permanecer alertas.

En sus sueños, Emilio recibió que faltaba muy poco para que los grandes cambios, a escala global, se sucedan. Es por eso que nos pidió que tratemos de actuar conscientemente, centrados en el corazón. También nos contó que últimamente veía que por las noches algunos ángeles bajaban a la Tierra, cosa que no ocurría desde hace mucho tiempo.

La experiencia de observar esa gran nave fue muy fuerte. El hecho de poder verla, del modo en que la vimos, no sólo confirma la existencia de seres de razas más evolucionadas, sino también da un marco de credibilidad a los mensajes que muchos canalizadores están recibiendo.

Emilio nos dijo que no nos diría el nombre completo de la nave, por si alguno recibía algún mensaje: “Solo les diré que su nombre comienza con Alfa”. No pude con mi genio y le dije que la nave se llamaba “alfajor”. Eso me permitió reír y comenzar a distenderme.

Una vez más, al regresara Olavarría, sentí que mi realidad se había fragmentando. Nuevamente había tenido una manifestación, contundente, de que no estamos solos en el universo. Las cosas habían ido de menor a mayor desde el primer viaje en el 2001, cuando mi vida cambió a partir de la inesperada visión que terminó dando origen al proyecto “Despertar”.

Reconozco que con el pasar de los días, me costó asimilar lo que viví en Uspallata. Me sentí muy extraño. Era como si, de algún modo, hubiese perdido la inocencia. Recapitulando lo sucedido con una de las personas que me había acompañado a lo de Emilio, le dije: “Esto es como cuando ves que son tus viejos quienes ponen los regalos junto al árbol de navidad. Por más que intentes creer lo contrario, ya no hay vuelta atrás. Internamente algo se rompe”.

En septiembre nuevamente me subí a un colectivo de línea para ir a visitar a mi amigo el chamán. Un deseo interno inexplicable me llevó de nuevo hacia Mendoza. Cuando me faltaban 300 kilómetros para llegar, sentí una presión en la frente, a la altura del tercer ojo. Cerré los ojos y sentí: “Nave Alfa–Centaurio. Miércoles 19, a las 20 horas, en el Tunduqueral. Solo”.

Confieso que recibir ese mensaje me causó temor. No soy de las personas a las que le agrade andar caminando en medio de la oscuridad y mucho menos en una zona que no estaba habitada, para ir al encuentro de quién sabe qué cosa.

Intenté desacreditar lo que había recibido, atribuyéndoselo a juegos de mi mente. De todos modos, volví a cerrar los ojos y mentalmente le pedí a Emilio que me diera una señal. Al instante sonó mi celular, era mi madre: “¿En qué nave vas?”, me preguntó sonriendo, ya que siempre me carga con que vivo muy volado. Sólo atiné a respirar bien profundo. Le

conté que estaba en el micro, así que quedé en llamarla ni bien llegara a la próxima estación.

Mi cabeza iba a mil. Intenté imaginar cómo podría ser el encuentro y mi cuerpo se estremecía. Por más que lo intentaba, no podía desviar mi mente del mensaje. De nuevo, como al comienzo de los viajes canalizados, me reproché lo que estaba haciendo.

Cuando llegué a lo de Emilio y le conté lo sucedido, me miró a los ojos y me dijo: “Ese es el nombre de la nave que viste la vez anterior. Se llama Alfa-Centauro, y los encuentros se hacen así, uno debe ir solo”. No sabía qué decir. De todos modos, aún faltaban siete días para la fecha que había recibido.

Aproveché mi estadía para seguir aprendiendo. El acontecer diario nos permitió vivenciar de qué manera las personas se roban la energía unas a otras, incluso en los sueños. Comprendimos la importancia de hacer que nuestra energía suba del segundo al cuarto chacra, para poder movernos desde el corazón. Todo fue bien hasta que llegó el miércoles 19 de septiembre. Esa era la fecha en que tenía que ir al supuesto encuentro.

A partir del mediodía el viento comenzó a soplar como nunca. Las hojas se arremolinaban y todo, cuando estaba en el suelo, parecía cobrar vida. Luego de almorzar decidí comenzar a caminar en dirección al cerro Tunduqueral, quedaba a un ahora de marcha. Preferí ir con luz para ver bien el terreno y esperar en el lugar indicado a que se cumpliera la hora que me habían transmitido.

El viento parecía soplar con más intensidad que nunca. Hacía demasiado frío. “¿Qué estoy haciendo?”, me preguntaba a cada instante. Sabía que a las 20 horas el Sol se pondría y los siete kilómetros que estaba recorriendo debería transitarlo a oscuras.

Las botellas de plástico y las latas tiradas al costado del camino, generaban ruidos que en la noche cobrarían otra dimensión si dejaba que mi fantasía se despertara. Cantaba, rezaba, hacía todo lo posible para tratar de no pensar.

Al llegar al Tunduqueral había un cuidador. A juzgar por todo el tiempo que estuvo hablándome, se notaba que llevaba varias horas sin compañía. Si bien sus relatos sobre la historia del lugar me resultaron interesantes, todo cambió cuando comenzó a decirme que no era extraño ver por la noche a espíritus o luces malas en ese lugar. “¿Quién me lo mandó?”, pensé, mientras notaba que mis piernas comenzaban a debilitarse.

Faltaban cuarenta minutos para que el reloj marcara las 20 horas, el cuidador se fue. Quedé solo. Mientras veía cómo el Sol se ocultaba detrás de la cordillera, noté que mi celular no tenía señal. El viento era aún más frío y seguía soplando sin disminuir su fuerza.

Siempre que uno reprime algo, no hace más que potenciarlo. Por más que hice todo lo posible para evitarlo, el miedo comenzó a aflorar a través de mis pensamientos. Tomar conciencia de que estaba solo, incomunicado y prácticamente de noche, aceleró mi respiración. “¿Qué voy a hacer si se me aparece una nave y algún ser se me presenta? ¿Qué garantías tengo de que no me pasará nada?”. Uno tras otros los pensamientos negativos fueron adueñándose de mi interior.

Faltaban quince minutos para la hora señalada. Mi corazón se aceleró. No toleré la tensión y dije en voz alta, mirando al cielo: “Tengo miedo, no estoy preparado para un encuentro estando solo”. Pedí disculpas por mi limitación y comencé a caminar rumbo a lo de Emilio.

Miraba para todos lados. A poco de empezar a caminar, una potente luz se veía a la distancia. Me saqué el gorro para intentar escuchar si era un auto. El viento soplabo tan fuerte que no se escuchaba ruido de motor alguno. Me resigné, ya no podía hacer nada. Estaba en medio de un descampado. No podía huir en ninguna dirección. Sólo me quedé mirando la luz que avanzaba. Cuando comprobé que se trataba de una camioneta, respiré aliviado y me reí de mi propia estupidez.

Cuando le conté a Emilio lo que me pasó, me dijo que había sido una lástima que no me hubiese animado a quedarme hasta la hora indicada. “No creo que hubiese bajado algún ser, quizás sólo se te iba a presentar una nave para que la vieras”, me explicó.

De todos modos, al ver mi cara de preocupación por la oportunidad desperdiciada, me dijo: “No te aflijas, a mí me pasó lo mismo la primera vez, la diferencia estuvo en que cuando fui a cumplir con el mensaje recibido me quedé dentro de la bolsa de dormir y no salí hasta que amaneció”. Su sonrisa bonachona hizo que me quedara más tranquilo, aunque supuse que tal vez inventó esa historia para no me sintiera tan mal.

Lamenté lo sucedido. Dejé que mi mente –a través de los miedos– se adueñara de la situación, en vez de que sea mi corazón quien me guíe. Este hecho me sirvió para darme cuenta que aún debo trabajar internamente para trascender mis limitaciones.

Al momento de escribir este libro, ese fue el último viaje que hice a Uspallata.

Desde planos superiores, a Emilio le anunciaron que ya cumplió su contrato en esta dimensión física, por tal motivo sólo está a la espera del momento de partir, mientras disfruta de sus últimos días celebrándolos. Es por eso que, muy amablemente me solicitó: “No me mandes más gente, nosotros estamos ahora en otro viaje, queremos seguir disfrutando de la luz”.

CAPÍTULO 3

Proyecto “Despertar”

Si llegaste hasta esta parte del libro, significa que ya conocés cuáles fueron los pasos más significativos que dieron origen a mi propio despertar. Es cierto, al menos este tramo de mi camino, que comprende desde finales del 2001 hasta noviembre del 2007 no fue para nada convencional.

Entre el tiempo transcurrido en que escribí “La Búsqueda” y “El Encuentro”, también fui dando diversos pasos para intentar bajar al plano físico el proyecto “Despertar”. En agosto del 2006 creé en internet un sitio que se llama www.proyecto-despertar.com.ar Allí impulso un llamado a la co-creación para poder anclar en la dimensión física esta moderna unidad de conciencia que surgió de una manera tan atípica.

¿Por que digo que es un llamado a la co-creación? Porque a lo largo de estos años comprendí que lo que había recibido por medio de la visión, no fue más que los lineamientos generales para que muestre cómo sería esta moderna escuela de vida, que tiene la apariencia de un parque temático. Por más que desarrollé algunas de las áreas, mi función es mostrar el bosquejo general, para que aquellos que resuenen con esa vibración sumen sus dones y talentos para hacerlo realidad. Las respuestas no residen en mí, sino en cada uno de los que decidan sumarse, de ahí que se trate de un proceso de co-creación.

La web también muestra una aldea multidisciplinaria, que tiene la misma esencia que el parque temático, pero a una escala más fácil de realizar. Quienes ingresen al sitio podrán ver, además, un video explicativo que realicé para que se pueda comprender cómo sería “Despertar”.

La web es visitada mensualmente desde más de cincuenta países. La gente agradece la iniciativa, envía sus mejores intenciones para que se pueda realizar y muchos escriben para intentar sumarse. Aún no se ha

conformado un grupo de trabajo, ya todavía no han aparecido las empresas socialmente responsables dispuestas a financiar la estructura inicial.

En México, Chile, España y también en la Argentina, hay personas de gran corazón que me están ayudando a difundir el video explicativo y también se están moviendo para que, en sus respectivos países, “Despertar” pueda ser una realidad. Lo mágico de todo esto es que en su gran mayoría son personas a las que sólo conozco por mail, pero sé que poseen el don de gente y muchas ganas de ayudar a humanizar la realidad.

Si no te hubiese contado todas estas cosas y navegando por la web hubieses dado con el sitio, tal vez no hubieses sospechado la forma tan insólita en que surgió lo que allí muestro. Cuando leo los comentarios de la gente, que en líneas generales sostienen que es un proyecto por demás razonable y necesario para impulsar cambios en bien de la humanidad, sonrío al recordar cómo nació “Despertar”.

Por más que ahora pueda parecer que las cosas van encarrillándose de manera más coherente, la verdad es que “Despertar” sigue desplegándose con una “lógica inversa”, en el sentido que aún sigo dando pasos en el vacío. Sin embargo, cuando miro hacia atrás, veo cómo cada una de las cosas que fui haciendo encajan de manera envidiable. Es por eso que continúo avanzando más allá de la razón y confío, plenamente, en la guía de la existencia.

Hay un orden subyacente que todo lo conduce de manera inteligente, sólo debemos tener fe en que las cosas acontecen para nuestro mayor bien, incluso aquellas que en un primer momento parecerían no ser favorables o incluso disgustarnos.

Puede que mientras te esté diciendo todo esto, aún en tu cabeza esté resonando el tema de los avistamientos, las ciudades intraterrenas o los seres de otras dimensiones, etc. No importa que no creas en esa realidad. Lo que verdaderamente cuenta es que puedas darte el permiso interno de cambiar en función de aquello que sientas que te hace vibrar, porque más allá de lo que acontezca en el plano externo, lo verdaderamente significativo es aquello que acontece en nuestro interior.

Creíble o no, así fue cómo comencé a dar mis propios pasos para poder despertar. Esto no significa que vos tengas que atravesar por las mismas situaciones. Cada uno tiene su propio camino que recorrer, de acuerdo con aquello que tu espíritu necesite experimentar a través de la materia.

De nada serviría que maquillara lo acontecido para evitar que socialmente se me juzgue. Los hechos se fueron dando tal cual te los conté. Mi conciencia está tranquila y mi corazón bien contento, porque aprendió a volar.

¿Suena muy loco todo lo narrado? En mi caso, loco me resulta la violencia y la degradación del hombre que reflejan las noticias a cada instante. Loco es ver cómo los políticos mienten para alcanzar puestos de poder. Loco es que los conflictos armados sigan formando parte de nuestra realidad y que millones de personas mueran de hambre. Loco es no escuchar nuestra voz interior y dejar que nuestra vida esté a merced de los deseos de los otros. Esas son cosas locas para mí. Lo expuesto no es más que una forma de aprender de manera no tradicional, con el propósito de seguir evolucionando.

En su momento bromeé con que tal vez todo lo que estaba viviendo formaría parte de un libro. Ahora que esto es una realidad, y que de algún modo “Despertar” está comenzando a materializarse en el plano físico, sólo me resta tener fe en que llegará el momento en que nos encontraremos en el parque temático o en la aldea multidisciplinaria para seguir aprendiendo y disfrutar de la vida.

MENSAJES PARA EL ALMA

Cada uno de estos cuarenta y siete mensajes para el alma, que reflejan la esencia de “Despertar”, fueron escritos para vos. Confía en lo que te digo. Las palabras son cofres mágicos que guardan diferentes frecuencias, que se activan dependiendo del corazón de quien las lea.

Para escribir estos mensajes, invoqué la asistencia de todos aquellos seres de luz que quisieran ayudarme a poner en palabras vibraciones sutiles y con música de ángeles, de fondo, comencé a escuchar la voz de mi propio corazón.

Por más que todos lean los mismos textos, lo que percibirán será distinto. Cada uno tiene su particular manera de activar las vibraciones que portan las palabras. Por eso es que te digo que estos mensajes te tienen, a vos, como único destinatario. Así que abrí tu corazón y dejá que las palabras lleguen hasta el centro de tu alma. Si lo que lees te resuena, no lo dudes ni un instante, estos mensajes vinieron a tu encuentro por amor.

A modo de despedida, sólo quiero decirte que no desistas en seguir haciendo aquello que tu corazón te dicta. Confía. El mundo necesita de tu invaluable aporte para que reine la armonía, la belleza y el encanto. Dejá a un lado los prejuicios. Volvete más humano. Florecé. Sonreí. Hacé realidad tus mejores sueños.

Más allá de que puedas compartir, o no, todo lo que leíste, lo importante es que te des el permiso interno de extraer las enseñanzas claves de este texto. Por eso, si de algún modo te ayudé a que de ahora en más prestes atención a las señales, si de algún modo pude inspirarte para que escuche tu corazón o des crédito a las sincronicidades y la intuición, mi tarea estará cumplida.

Te envío un abrazo, muy grande y fuerte, de corazón a corazón.

Una gota más

Unas tras otras, las gotas van cayendo. Nada parece transformarse. El goteo es casi imperceptible. El cansancio y la desolación dicen presente. El paisaje desértico de esperanzas crea la falsa ilusión de que nada va a cambiar. El vacío interior se agiganta. Las gotas siguen cayendo. Expanden su vibración. La mente sostiene que todo está perdido. El corazón no se deja engañar, escucha cómo las gotas continúan brotando y ríe de felicidad. Su sabiduría le anuncia que el río está emergiendo. Libere sus compuertas. Ayude a que el agua corra. Sume para que el río de la conciencia espiritual irrumpa y limpie el valle de lágrimas que embarra nuestros pies.

Las gotas son todas aquellas cosas que nos ayudan a ser más humanos y nos permiten armonizar con la existencia. Los buenos actos son gotas. Las caricias son gotas. Los pensamientos positivos son gotas. Los abrazos, las palabras de aliento, los rostros felices... Gotas... Las acciones con conciencia, las oraciones, las meditaciones, la ayuda desinteresada, los gestos de sensibilidad... Gotas... El saber compartir, aprender a valorar, el respeto por uno mismo... Gotas... La fe, la humildad, la confianza, la esperanza, el amor... Gotas... Todas son gotas que reflejan una nueva humanidad. Son gotas que acrecientan y vivifican el río de la conciencia espiritual que está transformando la vibración del planeta.

El futuro nace del presente. Nuestras decisiones de hoy co—crean nuestro mañana. Si en nuestra cotidianidad sólo sembramos discordia, odio, pesimismo, sufrimiento y frustración ¿qué cree que cosecharemos? Sus gotas, aunque parezcan simples, aunque las perciba insignificantes o débiles, hacen la diferencia. Son como semillas crísticas que aportan transformación. Irradian luz. Ayudan a que el futuro no se manifieste de manera desalmada.

Fluir con esta corriente, que conduce al océano de la existencia, entraña desafíos que nos permiten crecer y nos impulsan a continuar evolucionando. Implica aventurarse en terrenos desconocidos. El río nos invita a desaprender para seguir aprendiendo, porque sólo lo que se vacía puede volver a llenarse. Sus piedras no son dificultades, sino oportunidades disfrazadas que nos ayudan a elevar.

¿Comprende lo que le estoy diciendo o simplemente piensa que se trata de palabras armónicamente entrelazadas para que puedan sonar bien? Sepa que las casualidades no existen. Si usted está leyendo esta nota es porque su espíritu necesitaba recordar.

No permita que estas frases queden sólo en el plano mental. Tírese al agua. Arriéguese. Cuando se sumerja en este río de conciencia verá cómo las vivencias se transforman en maestras multidimensionales que le ayudarán a experimentar una realidad que transformará su vida.

Existen innumerables formas de contribuir a que este incipiente caudal se torne aún más cristalino. Si nos animamos a reconocer nuestro lado más oscuro, si trascendemos nuestras limitaciones y transmutamos los miedos que nos mantienen cautivos ya estamos ayudando. Lo mismo si ponemos conciencia en cada uno de nuestros actos y desplegamos, sin reservas, nuestro potencial para materializar una realidad que esté acorde con lo más puro de nuestro ser.

¿Por qué se preocupa tanto? Haga lo que haga, los demás siempre hablarán. Recuerde que a este mundo vino solo y se irá del mismo modo. Absolutamente solo. Rompa la careta social, tírela. Deje que su ser interno lo guíe y lo instruya. Escuche la voz que emana desde el centro de su pecho. Siga sus consejos, son inmaculados. No importa que algunas personas se le rían en la cara y lo desacrediten. Muchos disfrazan de ese modo el temor que les provoca el cambio. No saben lo que hacen. El tiempo les mostrará quién terminó riendo último.

Vamos... Anímese. Juegue. Suéltese. Disfrute. Recupere su inocencia. Mire a la vida con ojos nuevos. Explore su interior. Conózcase. Restablezca su vínculo con la naturaleza. Aliviane su mochila. Expanda su divinidad. Despierte. Redescubra su magia interna. Equilíbrese. Ayúdese a cambiar. Permítase soñar. Sáquele el polvo a sus talentos. Multiplique sus dones. Respete su sentir. Empiece a sanar. Viva.

No se distraiga. Preste atención. Sienta cómo el río de la conciencia late con cada pensamiento de luz que recorre su cuerpo. El agua renueva y purifica. Inhale su perfume, es pulsión de vida. Observe con el corazón y comprobará que no existen las divisiones. El río se compone de millones y millones de gotas que danzan en la unidad, más allá de todo ego.

Transforme su desierto. No deje que sus gotas se esfumen bajo el sol abrasador de la indiferencia y el desgano. Viértalas en el río de la existencia. Cierre sus ojos y facilite que el murmullo de las aguas guíe sus pasos. Descubra que nunca puede encontrar afuera lo siempre estuvo dentro. Sí, ya lo sabía, es cierto. Simplemente lo había olvidado. El río está en su interior.

Permita que el agua corra. Derrumbe sus compuertas. No tema. Abra su corazón de par en par. Deje que el agua penetre y lave sus heridas. Renazca. La existencia, agradecida: una gota más.

Hombre Nuevo

La Tierra sangra. Se agita. Se retuerce de dolor. La oscuridad marcha a paso firme, pisoteando flores, marchitando esperanzas, sembrando temor e incertidumbre. El escenario mundial se muestra como un cuadro sombrío, dominado por la ambición, la inseguridad, el desequilibrio y la incoherencia. Hay olor a derrumbe. Hay olor a muerte. El hombre viejo está sucumbiendo. Lo sabe y se resiste. Su programación mental le impide aceptar que le llegó su hora. Soplan vientos de cambio. Se aviva la llama del espíritu. Un nuevo hombre es llamado al escenario de la vida.

Hay que armarse de coraje para leer los diarios y ver los noticieros. La negatividad es el signo que manifiesta cada título: robos, asaltos, crímenes, bombas, guerras, conflictos, peleas, abusos, accidentes... Intoxica el espíritu tanta densidad compactada. La calle confirma las noticias. No hay baldosa que no esté salpicada con manchas de violencia, bronca o descontento. El aire está viciado por vibraciones rastreras. ¿Existen alternativas de cambio?

Aunque todo pareciera indicar que no, la buena noticia es que detrás de este tétrico escenario se está gestando una nueva función. La obra se llama "Hombre nuevo". Falta poco, muy poco, para que esta nueva puesta en escena irrumpa. Por medios no tradicionales se va haciendo

el anuncio de que se necesitan actores para que la función cobre vida. Escuchar el llamado requiere de un corazón sensible y un espíritu libre de condicionamientos sociales, que no tema al “qué dirán”.

A través de los sueños, las intuiciones y las emociones más puras, el anuncio golpea a cada instante las puertas del alma. La mente sube el volumen, potencia la confusión, y con la ayuda del ego y la razón refuerza las paredes de la indiferencia, para que el mensaje no llegue a destino y naufrague en el olvido.

Tarde o temprano, el muro caerá y el hombre despertará a una nueva realidad; porque el mensaje lleva la fuerza del agua, que todo lo erosiona.

¿Y por qué tanto caos? El caos es lo que da lugar a que la transformación ocurra. Cuanto más caos, señal de una transformación más profunda y visceral. Viejos esquemas se están resquebrajando. Los modelos autoritarios y represivos dan claras evidencias de agotamiento, por carecer de valores humanos. Las bases que cimentaron una economía deshumanizada y despiadada cruje. La vieja mentalidad que alimentó a un multitudinario ejército de corporaciones inescrupulosas está siendo acorralada por los consumidores inteligentes que, con sus decisiones de compra, castigan la irresponsabilidad y se muestran a favor del medio ambiente.

Esta vez el cambio no vendrá de afuera, sino de adentro. Desde el mismo centro de su ser. En la medida en que cada uno se transforme, en la medida en que cada uno se adueñe de su destino, de su derecho a “ser humano”, estaremos cada vez más cerca de vivenciar la obra. Esta vez no como simples espectadores, sino como partícipes necesarios, que harán brillar –con maestría– sus dones y talentos al servicio de un mundo sin fronteras, que se unificará bajo la bandera del amor. No se trata de una obra para ver, sino para protagonizar. Una obra para sentir y para vibrar.

Co–crear una realidad distinta, más humana y armónica, es tarea de todos. Es algo indelegable y también impostergable. La multitud como tal no existe, sino que se compone de la suma de personas. Por eso quie-

ro recordarle que su transformación vale, y mucho, porque suma. Todo suma. Incluso los pensamientos, porque crean realidades.

De nada sirve protestar por el entorno adverso en que estamos sumidos, si no hacemos absolutamente nada para tratar de revertirlo. Con nuestras actitudes pasivas, que se apoyan sobre los bastones de la apatía y la indiferencia, también somos cómplices de estos tiempos violentos que presagian un futuro apocalíptico.

Si usted es de los que cree que el llamado no existe, cierre los ojos, relájese, lleve sus manos al centro de su pecho y pregúntele a su alma si tiene algún mensaje para darle. Si pese a todo no escucha nada, no se preocupe. Ella sabe que nunca fue bueno a la hora de escuchar, así que le traerá la respuesta de mil maneras distintas. Apelará a la magia de la sincronicidad y dibujará la respuesta en las letras de las canciones, las palabras de un desconocido o en el canto de los pájaros. Preste atención. Esté atento, el mensaje llegará.

Sabía que tal vez usted querría un adelanto sobre el contenido de la obra, por eso le pedí ayuda a mi ángel de la guarda, quien sonriendo me dijo: “La obra mostrará el resurgir del hombre como ser multidimensional, en perfecta sincronía con su cuerpo, mente y espíritu. Conectado con la existencia. Construyendo un nuevo espacio. Dando impulso a una nueva visión que estará gobernada por la alegría y el sentir, por el poder de lo simple. Habrá unidad, respeto y cooperación. La palabra dada recobrará su valor y renacerá la confianza. Las injusticias no tendrán cabida porque el hombre reconocerá que somos parte de una misma energía, por lo tanto será consciente de que lo que le hace a otro se lo está haciendo a sí mismo. Deciles que en el texto de la obra, palabras como fluir, meditar, elevar, disfrutar, empatía, sinergia y contemplar serán una constante. Deciles que los espero, que es hora de reencontrarnos”.

Nunca se sabe. Quizá cuando el telón se levante más de uno se sorprenda cuando una voz en off agradezca, entre otros, a los maestros del caos, del desentendimiento, de la indiferencia, de la confusión y del dolor, porque hicieron posible que la alquimia acontezca, al servir de fondo para marcar el contraste necesario que impulsó el cambio.

Ahora haga una pausa. Mire su reloj. Observe cómo corre el segundero. Sepa que al igual que la palabra pronunciada y la flecha disparada, las oportunidades desperdiciadas no retornan jamás. Se van al mismo sitio en donde se oculta el tiempo perdido.

Tíldeme de loco si quiere, no me importa. Sólo soy un simple mensajero. Nuestro contrato álmico decía que en caso de que lo olvidara se lo volviese a recordar: “Su misión de vida es anclar en la dimensión física lo más puro de su ser”. Despierte, hombre nuevo, ya es tiempo de subir al escenario.

Celebro tu existencia

Las puertas de entrada y de salida no descansan. El tráfico es incesante. Intenso. Miles de almas llegan a la Tierra a cada instante para vivir una experiencia física. Otras tantas se van con sus lecciones aprendidas. Todavía no partí, por eso quiero hacer un alto en mi camino y hablarte a vos, inigualable ser, que acabás de llegar con tu immaculado traje de inocencia a disfrutar del juego de la vida. Sé que me estás escuchando. Agradezco la belleza de tu silencio. No te preocupes por los murmullos de fondo, son los comentarios de los insensibles que descreen que nos estemos comunicando.

Antes que nada, quiero darte las gracias por venir. Tu presencia alimenta la esperanza de que el cambio es posible. Siento tu vibración cristalina. Los latidos de tu tierno corazón no mienten, una nueva realidad se está gestando. Ruego porque nuestras sofocantes estructuras sociales no marchiten tus sueños y seamos capaces de ayudarte a volar para que nos transportes hacia una dimensión más pura, en donde la humanidad, toda, celebre y honre la vida.

Sé que si te ayudo, contándote parte de la trama del juego de la vida, también me estoy ayudando porque vos y yo somos uno, aunque el velo de la ilusión intente hacerme creer lo contrario. Antes de seguir hablando, te pido que recuerdes que lo que voy a decirte lleva la carga

de mi subjetividad, de mis condicionamientos y limitaciones, por eso quiero que tomes este mensaje como una simple referencia y no como una verdad incuestionable.

El juego consiste en recuperar la inocencia y conectar con nuestra esencia interior para seguir evolucionando. Ahora te parece sencillo. Sin embargo, a medida que pasen los días, la sociedad se encargará de adormecerte para que seas funcional a sus intereses y creas que lo real es lo que sucede fuera.

No te rías. Lo digo en serio. La gran mayoría cree que únicamente lo exterior importa, y como le temen a la muerte –porque desconocen que es un proceso de cambio– prefieren ignorarla y hacer de cuenta que vivirán para siempre. Te mirarán raro si les preguntás por qué no aprovechan la estadía, siendo el juego tan breve. Vivir 90 años implica jugar sólo 32.850 días. Demasiado poco para desaprovecharlo, ¿no?

Quiero pedirte que, pase lo que pase, no traiciones tu misión de vida. Las pruebas están dispuestas para ayudarte a crecer. Dar pasos en el vacío, siguiendo los dictados de tu conciencia, te ayudará a fortalecer la confianza en vos. Siempre que puedas optá por el conocimiento vivencial. El conocimiento intelectual es limitado, sirve como marco de referencia pero no te transforma. Abrite a las vivencias, son maestras mutidimensionales que te darán las claves para que recorras tu camino sabiamente.

Aunque te cueste, siempre da lo mejor de vos sin esperar recompensas, porque no todos piensan igual. No descuides tus dones. Potenciá tus talentos. Tu singularidad le aportará a la vida un caudal de inigualable belleza si ponés conciencia en tus actos y sos fiel a tu guía interna. Nunca dudes en hacerle caso a lo que afluya desde tu corazón, sobre todo cuando el caos se adueñe del campo de juego, porque ésa es tu verdadera brújula.

Si dejás que los deseos programen tus días estarás corriendo detrás de ilusiones que sólo conducen al descontento. Aprendé a disfrutar cada instante. Conectá con el aquí y ahora. El futuro es una proyección de la mente y el pasado tiene vida sólo si ponés tu energía al servicio de los recuerdos. Aprovechá tu tiempo. No olvides que todo pasará. No te

aferres a nada. Fluí con la existencia. Sentirás la esencia de la libertad elevándote sobre la mediocridad de quienes viven mecánicamente.

Nunca dejes oxidar tu capacidad de sorprenderte. Escuchá a todos con atención, pero no colecciones verdades prestadas. Buscá siempre tu propia verdad, para que tu mente, cuerpo y espíritu se expresen de manera unificada y no permanezcas dividido. Esa división es la que hará de tu vida un infierno.

También tené presente que tus días serán opacos si dejás que la mente sea el amo de tus acciones, porque no serás capaz de sentir.

Puede que ahora te cueste entenderlo, pero perderás la inocencia para volver a recuperarla. Aprenderás para luego desaprender. Te llenarás para luego vaciarte. Te caerás, pero sabrás levantarte con las lecciones aprendidas. Muchos caminos aguardan tus huellas. Quiera la vida que los padres que elegiste te sepan guiar, te sepan respetar y te sepan amar por sobre todas las cosas.

Este mensaje finaliza. Cada uno seguirá su rumbo. Tal vez nunca volvamos a encontrarnos. No importa. Estoy agradecido de contar con tu presencia. La Tierra acaba de recibir a otro hermoso ser que viene a transformar el juego de la vida. Alzo mi copa, hermano. Celebro tu existencia.

Su mundo puede cambiar

Esté donde esté. Tenga la edad que tenga. Viva como viva. Sepa que puede cambiar su mundo. Puede transformar su realidad. La magia interna existe. Modificar el rumbo sólo requiere de una simple cuestión de actitud que abre las puertas a una nueva percepción sobre la vida. La felicidad y la alegría dicen presente si uno se anima a fluir con la existencia, si uno tiene la osadía de abrir su corazón. Somos responsables de nuestros actos. Ningún mortal puede arrebatarnos el derecho de volar hacia la luz y de co-crear un mundo más humano, sensible y armónico, donde el sentir no sea una utopía y el amor reine para siempre.

No sería novedad que algunos de los que lean estas líneas me crean un desquiciado, al que sería bueno internar. Así es como piensan los muertos. ¿Qué muertos? Los que tienen sus mentes encofradas en la codicia y no dejan que sus corazones florezcan. Es cierto que usted los ve desenvolverse dentro de la sociedad, ocupando diferentes roles y actividades, pero no se deje engañar... están muertos. Son cuerpos que caminan, respirando inconsciencia, hacia una tumba que les dará la ilusión de que han vivido.

Los muertos en vida son fáciles de identificar. Viven aparentando. Aparentan amar, aparentan ser felices, aparentan vivir, aparentan saber, aparentan disfrutar. Sólo aparentan. Palabras como acumular, estatus, poder, dinero y prestigio son una constante en sus bocas rígidas, que ya no recuerdan cómo era sonreír. Ellos son los maestros de la confusión. Son los que nos quieren hacer creer que no es más feliz el que menos necesita, sino el que más tiene. Muertos son también los que abusan del alcohol y de las drogas para sentirse vivos. Los que explotan a los demás para creerse importantes. Los que hacen de su imagen un culto. Los que no se animan a vivir su propia vida. Los que le temen al cambio. Los que no se animan a crecer. Muertos. Están muertos.

Morir puede que parezca una cuestión que está relacionada con el tiempo. Sin embargo, es más que nada una actitud hacia la vida. La clave está en poder sentir, pero para eso hay que dar un paso previo: abrir el corazón. Si lo logra, si se permite sentir, su percepción del mundo cambiará. Nacerá de nuevo. La vida estallará en mil colores, aromas y sonidos. Verá la divinidad manifestarse en todos y en todo. Su ser interno danzará dentro de un mar de inexplicables sensaciones nuevas. Conocerá la dicha de estar vivo. La bienaventuranza besará sus labios.

Es cierto que desde el punto de vista objetivo usted seguirá inmerso en la misma realidad. Las paredes de su casa serán las mismas, tendrá los mismos vecinos, continuará conduciendo el mismo auto, etc.; la diferencia estará dentro suyo. Usted ya no será el mismo. Verá con ojos nuevos. Obtendrá profundidad y sensibilidad. Su mundo se vestirá de fiesta. Será una celebración constante, porque aprenderá a reconocer cuáles son las cosas que verdaderamente importan. Se sentirá un privilegiado.

Puede que parezca simple, pero sentir no es tan sencillo como parece. La coraza interna que en su momento fue funcional, porque nos ayudó a no sufrir y a soportar los golpes del destino, asfixia cuando uno intenta dar los primeros pasos de apertura. Recién ahí, uno toma verdadera conciencia del grosor de la armadura y reconoce que para sentir hay que tener la valentía de volverse vulnerable.

No existen fórmulas matemáticas para el desarme. Sólo puedo sugerirle que apague el ruido de su mente. Escuche. Hay una voz en su interior que le implora que cambie. No tema. Nunca es tarde. Déjese guiar por la intuición. Abandone la vergüenza. Acabe con la monotonía. Trascienda la rutina. Acérquese a un árbol, abrácelo. Huela una flor. Contemple un atardecer. Expresé sus sentimientos. Sea agradecido. Comparta. Disfrute. Libere sus emociones. Cante. Haga ejercicios. Expandá su luz. Deje que su imaginación despegue. Pinte. Haga lo que sienta, sin importar si lo critican. No puede darse el lujo de pasar por esta vida sin sentir.

A veces consideramos que al mundo lo hacen los otros, que la realidad es algo que se mira por televisión, porque nuestros trabajos no son significativos y nuestras acciones parecen irrelevantes. Mentiras. Simples creencias. Todos somos los constructores de esta realidad.

Gestos, palabras, actos, miradas, hechos, pensamientos... cada paso que damos construye, y muchas veces destruye. Por eso, vuélvase consciente. Despierte. Abra su corazón. Sienta por primera vez. Viva. Su mundo puede cambiar.

Sólo importa el mensaje

Preste atención. Infinitos mensajes llegan a su vida para ayudar a que cambie, pero así como vienen se van. La rutina, la seguridad, la indiferencia y la costumbre los echan a patadas. La mente social alerta sobre el peligro de escuchar a los desconocidos, teme perder el control. Perpetuar una realidad apática y desequilibrada es el propósito de los

que pretenden que el hombre permanezca de rodillas y en las sombras. Deje de matar al mensajero. Escuche. La vida quiere verlo disfrutar. Rompa sus cadenas. Vibre.

Cristo, Buda, Krishna, Mahavira, Lao Tse, Chuang Tzu, un perro, una abeja, un pájaro, una flor, un vagabundo... Qué importa quién transmite el mensaje. Lo que vale es lo que se nos quiere decir. Sólo cuenta lo que la existencia, a través de sus infinitas formas, nos hace llegar para que evolucionemos. Pero si en este momento su mente está horrorizada preguntándose “¿cómo se le ocurre igualar a Cristo con un perro?”, me temo que usted no está comprendiendo lo que intento decir, y quizás sea de los que piensan que sólo los que van a misa están cercanos a Dios.

Las diferencias están en nuestra cabeza. En nuestras particulares formas de percibir y entender el mundo. La existencia no discrimina. Utiliza todo lo que nos rodea para acercarnos aquello que nos quiere decir. Somos nosotros quienes hacemos las distinciones, quien distorsionamos según nuestros miedos, condicionamientos o conveniencias.

Las fronteras y las separaciones son inventos del hombre que muy pronto sucumbirán. Esas divisiones son las que conducen a las guerras, al aislamiento y a la destrucción. Son las que nos hacen creer diferentes. Las que impiden que nos reconozcamos como hermanos y que nos sintamos uno con el Todo.

La realidad es inmensamente rica. Nuestras miradas mezquinas son las que la muestran descolorida y pobre. El pájaro, con su vuelo, nos enseña la libertad. La nube, con sus transformaciones, nos enseña a fluir. La flor, expandiendo su aroma, nos enseña a ser generosos. Todo enseña. A su modo, todo comunica. Varía el lenguaje, cambia la forma de expresión que adopta lo que se nos pretende transmitir, eso implica que debemos estar más atentos, más despiertos, cada día más conscientes.

Si cambiamos nuestra percepción, si ampliamos la mirada y conectamos con la existencia, por medio del corazón, podemos trascender nuestras limitaciones. Y cuando lo hagamos, no importará quien nos acercó el mensaje, porque habremos comprendido que las categorizaciones corresponden a una función de la mente, y que todo, absolutamente todo, forma parte del Creador.

Lo que marca la diferencia no es quién lo dice, sino qué se nos dice. El valor del mensaje está en su poder de transmutación, en su fuerza para impulsar los cambios. Si lo que recibimos nos ayuda a convertirnos en personas más positivas, sensibles y equilibradas, eso es lo que verdaderamente cuenta. El mensajero es como la baranda de una escalera, cumple una función, constituye un medio para ayudar a elevarnos.

No se olvide que la mejor manera de que alguien continúe preso es haciéndole creer que está en libertad. Tenemos que abrir los ojos. Pensamos que somos libres, sin embargo estamos cautivos por nuestras estructuras mentales. Permanecemos inmovilizados por las cadenas de las creencias. Así no hay posibilidades de remontar vuelo.

Si continuamos con el corazón cerrado, sin darnos el permiso de humanizar nuestros días, el sufrimiento, la violencia y la desesperanza serán el aire que respiremos. Aduéñese de su vida. ¿Por qué restar pudiendo sumar? ¿Por qué elegir quedarnos estancados, rumiando penas, pudiendo ser felices? El exterior sólo nos muestra un reflejo de nuestro interior. Si lo que vemos fuera no nos gusta, cambiemos entonces lo que está dentro y mágicamente nuestra vida será otra. Se volverá luminosa.

Aprendamos a conocernos. Descubramos quiénes somos. Recuperemos el vínculo con nuestro niño interior. Sólo cuando demos este primer paso podremos confiar. Recién ahí conectaremos con la esencia de los mensajes. Ese día no importará si fue Cristo, Buda, la naturaleza, una mariposa o una flor quien nos acercó la enseñanza. Habremos comprendido que la existencia, fiel a su naturaleza creativa, se disfraza de millones de maneras para acercarnos aquello que necesitamos saber... Que caigan nuestras barreras. Demos paso al mensajero. Lo que importa es el mensaje.

Un mágico encuentro

Por favor, deténgase. Deje de correr. No importa que no nos conozcamos. Siéntese. No se asuste. Sé que la espiritualidad no le interesa, porque me lo acaba de decir. No importa. La vida nos está regalando la oportunidad de compartir un instante. Puede que le resulte extraño.

Lo comprendo. En unos momentos sabremos por qué el destino cruzó nuestros caminos. Aprenda a confiar. Respire profundo. Sienta la vida. Su universo y el mío son convocados a un mágico encuentro.

Si considera que hablando desahogará su tensión, lo escucho... Tiene razón. No está acostumbrado a que lo pare un desconocido por la calle y le pida que se siente a dialogar. Estamos viviendo tiempos raros, ¿no? Podría robarle o intentar golpearlo si estuviese resentido por mi mala suerte. Quédese tranquilo, mi locura es sana. Sé que mis comportamientos son atípicos, pero disfruto abriendo mi corazón.

No se aleje. La sensibilidad no tiene que ver con asuntos sexuales. No se deje confundir por la mente. Abra también su corazón y podremos hablar el mismo lenguaje. Nos comunicaremos más allá de las palabras. ¿Cree que será menos hombre por eso? Sentir es lo que impide que veamos al otro como un medio para alcanzar nuestros fines, es lo que nos impulsa a renovar la confianza en que nunca es tarde para empezar de nuevo, es lo que facilita que el amor brote sin pausas y la esperanza siga latiendo.

Espere. No se vaya. Aunque corra más rápido el día no le alcanzará. La sensación de aceleración que está experimentando no se debe a que esté envejeciendo. Pregúntele a los jóvenes, comparten la misma impresión. El día se acortó para todos. Por más que en cada jornada el reloj marque igual cantidad de minutos, la sensación es que el día tiene sólo 16 horas, por eso nunca nos alcanza. Busque en Internet sobre la resonancia Schumann y entenderá lo que le digo. Quizás descubra que no corre porque está apurado, sino porque siente que la vida se le escapa.

Míreme a los ojos. Preste atención. Escúcheme con todo su ser: si siente que la vida se le esfuma, ¿por qué sigue negándose a cumplir con sus anhelos más profundos? Las limitaciones están dentro nuestro. Deje de jugar al pobre de mí. Crezca. Asuma su poder co-creador. Llame de regreso a la voluntad y a la actitud positiva, dígales que no está dispuesto a dejar morir sus sueños. Anúncieles que está de pie y con la firme determinación de emprender su obra más preciada, ser feliz. Así me gusta... Sus ojos están brillando. Su rostro se ilumina. Un ángel le está dibujando una cálida sonrisa, déjesela para siempre. Sienta la tibieza de sus lágrimas. Relájese. Experimente la sanación de su cuerpo emocional.

Ahora lo sabe. No era difícil. Sólo tenía que animarse a cambiar. ¿Vio que no perdió su hombría por abrir el corazón? Sí, sonría, usted ya no es el mismo. Acaba de renacer. Agradezco la oportunidad de presenciar la transformación de un hombre en un HOMBRE. De ahora en más, a donde quiera que vaya, marcará la diferencia. Su vibración ayudará que otros anhelan vivir en paz y comprendan la importancia de sentirse en armonía.

Aunque le cueste asimilarlo, este encuentro no fue casual. Nada está librado al azar. La sincronicidad agendó esta cita. La vida quería enseñarle que la espiritualidad no consiste en vestirse de blanco, saber recitar un mantra o en decir de memoria una oración religiosa, sino en abrir el corazón para sentir. Vuelvo a agradecer. Ser testigo de la luz que libera el espíritu cuando vuela renueva mi confianza en la existencia.

No lo demoro más. Ojalá dentro de muy poco lo vea, sentado en este mismo banco de la plaza, hablando con un desconocido. Quiera Dios que se atreva a dar el paso que marcó la diferencia. Ahora comprendo mi enseñanza. ¿Quiere saber cuál fue el paso? El que hizo que me acercara a usted, movido por mi corazón, venciendo mis temores y prejuicios. Para todos comienza un nuevo año, para usted comienza la vida. Gracias por ayudarme a crecer. Siempre recordaré este mágico encuentro.

Donde quiera que estés

Se puede sentir. La trama se consolida. Lo invisibles se hace visible. No es una utopía la red de luz. Muchísimas personas están vibrando en una nueva frecuencia. Cada hebra luminosa va encontrando su lugar de manera sincrónica. Un entretejido de conciencia da impulso a una nueva realidad. ¿Acaso creías que estabas solo? Que tus fuerzas no decaigan. Continúa iluminando. Este mensaje no llega a tu vida por casualidad, viene directo a tu encuentro, donde quiera que estés, porque necesito decirte algo.

¿Dudás que sea cierto? ¿Pensás que estas líneas no fueron escritas para vos? Los errores no existen. Las cosas no suceden porque sí. Sos de los que están poniendo el cuerpo y el alma al servicio de la transforma-

ción del hombre. Todavía no podés percibir la real magnitud de tu aporte al cambio global, pero intuís que tu trabajo no es en vano.

Salí en tu búsqueda porque estás necesitando la confirmación externa de lo que internamente ya sabés: cada una de tus acciones aportan luz, porque son guiadas desde el corazón.

Tu manera de pensar, sentir y actuar está sincronizada con los latidos de la existencia. Sé que no te digo nada nuevo con todo esto, pero lo hago porque, de tanto en tanto, es bueno que nos lo recuerden. Sobre todo cuando nuestras fuerzas se debilitan por creer que estamos solos; ahí es donde cobran más sentido estas caricias para el alma.

Podremos no vernos, podremos no conocernos, pero en un nivel más íntimo y profundo sabemos que estamos conectados y que somos multitud los que fluimos en una misma sintonía, porque estamos orientados a un mismo fin... crear puentes hacia el cielo.

No es tan difícil como parece. Si podemos hacer que alguien sonría, sufra menos o logre cambiar su percepción para que contemple el vaso lleno, con una mitad de agua y la otra de aire, habremos dado un paso enorme en la construcción de los caminos que nos ayudan a elevar. Sé que podés volar e irte si lo quisieras. Eso es lo que te hace humanamente bello cada vez que te veo construyendo puentes.

No te distraigo más. Tenemos que seguir ayudando a que la mayor cantidad de personas despierte. Necesitamos de más gestos, palabras y acciones para que el entramado se cristalice y la red de conciencia revele toda su magia y esplendor. El mensaje es simple. Hoy quise llegar a vos, porque necesitaba decirte GRACIAS. Donde quiera que estés, recibí este eterno abrazo, lleno de amor, luz y armonía, que te envió con el viento.

Del otro lado de la línea del olvido

Estás muy cansado. Tus fuerzas tambalean. Las dudas te acechan, al punto de descreer de tu misión. Se anuncia la llegada de un nuevo

reino, tendrías que estar celebrando, pero en tu rostro hay más lágrimas que sonrisas. La pesadez se adueñó de tu cuerpo. La energía vital parece haberte abandonado. Seguí dando pasos sólo por amor a la luz. Tu corazón no se entrega. Sé que estás necesitando una cuota extra de esperanza, por eso te escribo. Co-creamos este instante. Nuestras almas programaron, del otro lado de la línea del olvido, esta particular forma de volvernos a encontrar.

Ninguno de los dos previó la importancia de este encuentro. Nos reímos a carcajadas cuando, segundos antes de encarnar, nos pidieron que incluyamos esta cita para infundirnos ánimo. No la creíamos necesaria. Consideramos que nuestros espíritus experimentarían la densidad de la materia, pero no olvidaríamos nuestra verdadera esencia. Al vernos tan confundidos, hoy un ángel se apiadó y me recordó al oído sobre la posibilidad de este encuentro. No importa si no creés lo que te digo, sólo necesito que me escuches.

No puedo verte, pero sí sentirte. Estás extenuado. Sentís como si reinaras contra la corriente. Una catarata de estupidez humana golpea sobre tus espaldas y te impide avanzar. Te cuesta aceptar que la gran mayoría de las personas se sienta cómoda viviendo en la inconsciencia y la insensibilidad. Ellos no te comprenden. Se muestran tan seguros con sus pseudas verdades que a veces pensás que, tal vez, el equivocado sos vos.

Es cierto que tu cuerpo siente el cansancio por tanto peregrinar, pero lo importante es que tu llama interior se mantiene viva. Eso es lo que cuenta. Eso es lo que marca la diferencia. Esparcí tu amor por la vida. Continúa ayudando. Seguí sembrando. La bandera de la esperanza tiene que seguir flameando, no la pueden derribar. Que hoy tu pecho se infle de nuevo para gritarle al mundo que, a pesar de todo, se puede. SE PUEDE.

Sé que cada día tenés que juntar coraje para seguir sobreviviendo. Es comprensible que te duela el corazón. No es fácil moverse en medio de tanta violencia sin sentido. De todos modos seguís y seguís. Valoro tu constancia, siempre fuiste de los que nunca se entregan. Tu pasión no se apagará jamás. Conozco tu espíritu.

¿Acaso creés que mi realidad es diferente a la tuya? Al escribirte también me escribo. El ángel me ayudó a recordar. Ambos sabemos que

estamos dispuestos a dar nuestro cien por cien para ayudar a transformar la realidad. Cada vez somos más. Animo. Tu vibración hace que también otros se pongan de pie.

A lo lejos veo que se ilumina otra parte del camino. Debés ser vos, eterno amigo, que ya terminaste de leer este mensaje y sentís que tu corazón estalla de felicidad, al igual que el mío, por reencontrarnos aunque sea de este modo. Gracias por estar, por seguir y por no bajar los brazos. Nos vemos del otro lado de la línea del olvido.

El camino señalado

Un paso. Otro paso. Uno más. La marcha se hace lenta. Cuesta caminar. La subida es empinada. El sendero no está marcado. Contemplando las estrellas todo se vuelve más fácil. No estamos solos. ¿Hacia dónde vamos? ¿Por qué tanta gente permanece indiferente? Subir aporta claridad, pero hacerlo implica un esfuerzo que muchos no están dispuestos a realizar. La seguridad se paga con la libertad. Debemos seguir andando. Hay que aprender a confiar. El camino señalado es invisible. Sólo el corazón puede verlo. Sentir es la clave para seguir avanzando hacia la luz.

La constancia y la voluntad presentan síntomas de cansancio. La batalla es interna. Viejos cuestionamientos y dudas afloran, saben que sólo pueden vivir mamando de la inconsciencia y dan sus últimos coletazos para intentar torcer el rumbo. A medida que ascendemos, se caen los andamiajes. Las estructuras se esfuman. Hay que permanecer alertas. Nunca se sabe de qué manera se presentará el próximo desafío. Las pruebas son una constante que nos ayudan a elevar.

Hombro con hombro, alma con alma, así, juntos, todo se hace más simple. La mano cálida de un peregrino me apuntala. La sonrisa de otro hermano me infunde optimismo. Todo suma. Es un honor poder disfrutar cómo las mariposas danzan con el viento. Las abejas y picaflores también nos acompañan. Son mensajes sutiles que confirman la senda elegida. El corazón simplemente agradece por tanta felicidad.

A lo lejos, todavía se escucha el eco de la risa de las masas. Creen que estamos locos por querer que la paz y la armonía retornen a la Tierra. Cantemos. Que nuestras manos se unan bien alto, para que desde el valle de lágrimas vean que marchamos unidos en el amor, irradiando la energía de una nueva humanidad. No somos mejores ni peores que los demás, sólo buscamos no vivir en la inconsciencia.

Se necesita coraje, fe y actitud para seguir peregrinando. La vibración del despertar insufla energía, cicatriza las heridas y abre los ojos del alma. La maestría del corazón nos guía. Podemos no verlos, pero estamos acompañados. Seres de luz nos protegen. El caos, la desesperanza y el odio quedan en sus bajos reinos de sombras. Luz por un lado, oscuridad por el otro. Las aguas se dividen. Un nuevo orden se despliega.

Me pediste ayuda, compañero de ruta. Lo mejor que puedo hacer es recordarte que falta muy poco. No aflojes, ánimo. Tomá mi mano y ponete de pie. Tenemos que continuar. Imaginá lo majestuoso que será llegar a la cima. Despreocupate, vamos bien. Disfrutemos del silencio. Contemplemos el paisaje. No hacen falta las señales, nuestros espíritus saben que aunque no existan los carteles indicadores, éste es el camino señalado.

Es tiempo de inspirar con nuestro vuelo

Este mensaje llega a tu puerta porque estaba abierta, al igual que tu corazón. Tu vibración lo atrajo. No te preocupes, la energía que lo impulsa está impregnada con esperanza para que tu confianza se multiplique. Hoy comienza un nuevo día. Hay que volver a salir a la calle. La constancia es una virtud que bien conoce tu alma. Muchos, por lo bajo, se burlarán al verte pasar. Descreerán de tu tarea. Dirán que vas camino al abismo. Están en lo cierto, pero ellos desconocen tu verdadera razón: vas a volar, para inspirar con tu vuelo.

Los esclavos del consumismo huelen tu frustración y se burlan de tus esfuerzos. No los culpes, eso los hace suponer que están vivos. Desconocen que tu cansancio obedece a tu imperiosa necesidad por ayu-

darlos a despertar. Te mueve la compasión; ellos creen que es la locura. No te podrán comprender mientras dejen que sus acciones las timonee la mente y mantengan al corazón hechizado en el olvido.

Es desgastante, lo sé. No te frustres. Sabés que estás sembrando conciencia a cada paso. Sos leal a tu guía interna. Eso es lo que cuenta. Qué importa que no te entiendan, qué importa que se te ríen en la cara o que te miren con desprecio. No vinimos a cosechar aplausos. Fuimos convocados a romper las cadenas de la deshumanización, para que muchos puedan volar. Hay un reino de sombras que debe ser destronado por la luz del amor.

A mí me sucede lo mismo. Te cuesta comprender por qué muchas personas se asustan al oírte hablar sobre la importancia de la paz, la alegría o los valores humanos, y en cambio se sienten cómodos consumiendo escenas de violencia, mintiendo o esforzándose para acumular poder y riquezas que no podrán llevarse más allá de la tumba. ¿Acaso eso no es lo loco?

No todas serán rosas, lo sabés. Nadie dijo que esta cruzada sería sencilla. Tu espíritu tiene el temple necesario para superar la adversidad. No sólo habrá que poner la otra mejilla. Cada golpe que recibas no hará más que confirmar la senda elegida. Las cicatrices darán cuenta del empeño que pusiste en tu labor. Valoro enormemente tu entrega. Nunca dudé de tu entereza. Conozco tu esencia, por eso te amo.

Hoy saldrás a la calle. Se repetirá el tortuoso ritual de las miradas displicentes y los comentarios sarcásticos. No importa. Aunque muchos no lo vean, está brillando el Sol. Dame la mano. Corramos bien fuerte. Despleguemos nuestras alas. Saltemos... Es tiempo de inspirar con nuestro vuelo.

Más allá del horizonte

Algo parecería haber fallado. Nos muestran que el aire sigue plagado de miedo y desconsuelo. Los cuestionamientos no se diluyen. La sensación de incertidumbre se expande. ¿Acaso los guías se están retirando? ¿Estamos asistiendo a la noche oscura del alma? Nada sucede por error, calma. Estás empezando a caminar sin ayuda, es sólo eso. Nadie

te abandonó. Estás experimentando el acto más grande y puro de amor. Hoy sueltan tu mano porque saben que creciste. Es hora de que confíes en tu guía interior. Llegó el momento de que tu fe se multiplique, para que tu luz se esparza más allá del horizonte.

No importa de qué manera esta carta llegue a tus manos, fue escrita sólo para vos. Sentí su vibración. Este mensaje llegará al centro de tu alma. Tu espíritu le dará paso, sabe que lleva la fuerza de mis más puras intenciones para intentar ayudarte a que cambies de percepción.

¿En qué mundo vive esta persona que me escribe? ¿Acaso no ve televisión, no lee los diarios o no escucha la radio? Calma... calma. Es cierto que hay atentados, violencia y hechos que llevan la firma de la locura y el descontrol, pero eso es sólo una parte de la realidad. Es lo que nos muestran los medios de comunicación. Ellos hacen de lo negativo su principal ingreso económico, por eso a cada rato nos acercan fuertes dosis de oscuridad compactada. Pero esto no significa que sea lo único que sucede. Toda forma de ver es una forma de no ver, no lo olvides. Hay otra gran parte, muy luminosa, que también existe, pero que los medios casi no reflejan porque no se traduce en rating ni en ventas: a cada instante también hay abrazos, caricias, sonrisas, besos, buenas acciones, palabras de aliento y gestos de humanidad, pero eso queda en el anonimato de la cotidianidad.

Lo que vemos fuera no es más que la proyección de lo que nos pasa dentro. Hoy sentimos temor e incertidumbre porque estamos caminando sin ayuda, por eso el eco de lo que los medios reproducen nos hace tambalear. Sin ayuda no significa solos, recordalo. Nuestros padres siempre estuvieron muy cerca cuando aprendimos a caminar. Si fuese por ellos nunca se hubiesen desligado, pero sabían que había llegado nuestro tiempo de andar sin sostén. ¿Acaso creés que soltaron nuestra mano por insensibilidad? Sólo quien nos ama nos deja libres.

Asistimos a una etapa de profundos cambios. Es necesario que escuches, más que nunca, tu voz interna. Todo es cuestión de percepción. Para la nariz la posibilidad de ver no existe, pero eso no significa que no se pueda ver. La lengua no puede oír, pero eso no implica que los sonidos sean un invento. Hay otra realidad que los medios de comunicación no cuentan. Esa realidad habla de que tu corazón continúa abriéndose hacia mundos más sutiles.

Vamos, seguí floreciendo. Persistí co—creando la nueva humanidad. Detrás tuyo hay una legión de ángeles que aplauden y honran tus esfuerzos. Ellos celebran cada paso que das. Saben que llegó tu hora de correr por la vida, esparciendo tu hermosa luz. Nada ha fallado. Seguís acompañado como siempre. Te miran. Te sonríen. Te aman. También te alientan a que prosigas expandiendo tu intensa vibración cristalina, más allá del horizonte.

Tu espíritu es convocado a revelar su maestría

Veo tus ojos mirando al cielo. Siento el clamor que brota en tu interior. No importa que no te comprendan, no importa que te humillen. Es sólo una ilusión. No más lagrimas. No más lamentos. Este escenario mundial de atrocidades e incoherencias fue montado para que tu alma recuerde. Nunca más la inconsciencia. Nunca más la indiferencia. Nunca más la deshumanización. Es hora que despierte tu memoria antigua. Tu espíritu es convocado a revelar su maestría.

Muchas vidas. Muchas enseñanzas. Muchísimos aprendizajes. La espiral ascendente hace que hoy se ponga a prueba tu templanza y saques a relucir tu verdadera esencia de luz. Este juego no se diseñó con errores. Los dolores, las penas, las frustraciones y los conflictos fueron enseñanzas encubiertas para que aprendas a volar. Una y mil veces caíste, y tuviste la fortaleza, la dignidad y el coraje para volverte a levantar, sin perder la confianza.

Tus alas no están rotas, solamente algo cansadas y magulladas por los golpes. Sos amado y respetado. Todo lo que estás viviendo es para demostrarte que podés. Lo que anida en tu pecho no es dolor. Es el fuego del espíritu que abre paso a tus recuerdos. Este es el tiempo de la unificación. Tu sabiduría es llamada a transformar la realidad. Tus dones y talentos deben prestar servicio. Hay otras almas peregrinas que necesitan de tu auxilio. Naciste para inspirar con tu don de gente.

No dejes que la ilusión te engañe con sus viejos trucos. Recordá que nos prometimos ganarle la pulseada. Hoy seco tus lágrimas porque así lo

hiciste conmigo. Quiero que vuelvas a sonreír. Necesito ver el brillo de tus ojos. Vamos rumbo a la meta, con las lecciones aprendidas. No fue en vano tanto esfuerzo. Honremos las enseñanzas. Digámosle gracias con el corazón abierto, en dirección al Sol.

Celebro porque estamos juntos y cada vez somos más. Esta noche, cuando eleves tu mirada al cielo, prestá atención a la Luna: dejé un abrazo gigantesco, lleno de amor, fe y esperanza, para que te cuide y te acompañe en lo que resta del camino. Hoy tu espíritu es llamado a revelar su maestría. Las estrellas no titilan, sólo danzan de alegría.

Por amor a la vida

La muerte no existe, sólo la transformación. Mirás con pánico a la tumba, como si allí todo acabara. No temas. Observá, la única certeza es el cambio. Nada permanece igual. Debemos ser conscientes de nuestro limitado tiempo en este plano. Sólo así viviremos de una manera intensa y profunda, celebrando. No te asustes, continuá leyendo. Aunque cueste reconocerlo, este mensaje llega a tus manos por amor a la vida.

La evolución requiere de la mutación de las formas. Nadie llora por la semilla cuando se transforma en árbol, ni por el gusano cuando resurge en mariposa. ¿Acaso una madre se apena porque su hijo ya no está en su vientre? La vida fluye como una interminable sucesión de misteriosas transformaciones.

Hasta cierto punto, la ciencia y la tecnología nos permiten ver qué es lo que sucede antes de nacer. Por ahora, los recursos son limitados. Sólo podemos conocer hasta el instante en que el cuerpo finaliza su ciclo. De todos modos, ¿cuántas pruebas más necesitamos para darnos cuenta de que lo que llamamos vida y muerte no son más que dos caras de una misma moneda? Buscamos certezas, la vida es incertidumbre.

La materia es necesaria para la experiencia en el mundo de las formas. Fuera de ese entorno ya no sirve. Nadie se angustia por abandonar los zapatos a la hora de dormir. Cumplieron una función. Lo mismo sucede con

nuestro cuerpo, nos permite movernos en esta dimensión, pero llegado cierto punto habremos de dejarlo. Es un proceso natural. Deberíamos aprender a liberar de tanta negatividad a la muerte. Sólo es transformación.

¿Creés que hablo así porque no soy humano? Claro que las ausencias duelen, y cuánto. Es cierto que el vacío por los que ya no están es insondable. El corazón queda herido, lo sé. Pero si vivimos con intensidad cada momento, amando y disfrutando de todo lo que nos rodea, reconoceremos la muerte como parte indivisible de la vida y podremos celebrar. Habremos trascendido las fronteras de nuestras limitaciones.

Si cambiamos nuestra percepción, ya no lamentaremos la partida de nuestros seres queridos. Seremos conscientes de que simplemente se adelantaron en el camino para seguir evolucionando. No los podemos ver, es cierto, pero los podemos sentir. Sabemos que están.

Mirá hacia tu cielo interno. Agradecé, desde lo profundo de tu alma, por los momentos vividos. Enviales millones de besos y tus más puras intenciones. Liberalos. Ellos deben seguir su marcha, ya llegará el tiempo del reencuentro. Seguí viviendo. También te irás cuando llegue tu hora. No cierres tu corazón. Aún queda mucho por aprender, mucho por disfrutar. Sólo quien te ama te dice lo que a veces no te gusta escuchar. Nunca lo olvides, este mensaje llegó a tus manos por amor a la vida.

Es la hora de la acción

Los ánimos parecen estancados. Milenarios surcos mentales tiñen la vida de gris. Se intuye la necesidad del cambio, sin embargo hay temor a soltar viejas estructuras. Las buenas intenciones ya no bastan, carecen de la fuerza suficiente para hacernos despegar. Es necesario romper la inercia. El corazón debe echarse a rodar con pasión. Debemos desatar un tsunami de confianza. Necesito que te sumes más allá de las palabras. Este mensaje viene a despertar tu conciencia. Es la hora de la acción.

Cuando escuchás lo que te digo, algo se agita en tu interior. Tu espíritu sonrío con alivio. Tu mente, en cambio, se ataja y sacude una

poderosa onda de argumentos lógicos, que impacta en tus zonas inseguras. En sólo una fracción de segundo, el temblor retumba en tu seguridad económica, los lazos familiares y el entorno social. En medio de la conmoción, una segunda descarga, aún más potente, te enrostra la edad y te dobléga, haciéndote creer que tu tiempo pasó, y que no estás para emprender desafíos.

Hay tres grandes maestros recorriendo la Tierra: el maestro “No Sé”, el maestro “No Puedo” y el maestro “No Me Animo”. No los culpes, vinieron para ayudarte. Las limitaciones tienen la virtud de impulsarnos hacia aquello que nunca creímos que sería posible.

Las respuestas a cómo trascender el estancamiento residen en tu interior. Sin dejar de mirar al cielo, confiá en tu divinidad interna. Dejá que la sabiduría de tu alma se exprese. Recuperá tu dignidad. Por tus venas aún corre la vida, no te entregues. Al futuro lo construimos con las acciones presentes. Nada mejor vendrá como por arte de magia. Si nos quedamos esperando que otros lideren los cambios, todo permanecerá igual. Tu realidad es la que debe transformarse.

No aprisiones tu espíritu, dejalo volar. Abandoná el surco. Rebelate a la estupidez que ciega las masas y nivela hacia abajo. Animate a dar pasos en el vacío. Tené fe. Sentite vivo por primera vez. Buscá tu lugar en el mundo, nadie puede decirte cuál es. Sólo tu corazón lo sabe, simplemente escuchalo, dejá que te guíe y echalo a rodar con pasión. Hay un despertador que está sonando en el centro de tu pecho, ¿podés oírlo? Animo, es la hora de la acción.

En medio de caos

No todo es lo que aparenta ser. Reaccioná. No reniegues de tu presente, comprendelo. Los errores no existen. Estás en el lugar exacto donde tenés que estar. Nadie te abandonó a la suerte de tu destino. Mirá en tu interior, sos un alquimista. Tenés el majestuoso poder de transmutar las vibraciones de tu entorno. Vamos, con fe. Esto ya lo

sabías, recordalo. Avivá tu antorcha, sostenela bien alto y firme. La existencia quiere que estés allí, en medio del caos, para sembrar esperanza.

En este preciso instante, estás parado en el lugar indicado para ayudar a transformar al mundo. ¿No creés en lo que digo? El vaso, para llenarse, necesita de todas y cada unas de las gotas. Es cierto que, en relación con el tamaño del recipiente, un agota parece insignificante, pero... ¿qué pasaría si las gotas desistieran de sumar? El agua nunca podría derramarse. Somos gotas que damos vida al río de la existencia. Nuestro aporte tiene un valor único, incalculable.

¿Te estás preguntando por qué te envió este mensaje? Te empujo para que me actives. Estamos interconectados. Necesito que te muevas, para poderme mover. Si iluminás, ilumino. El entramado cósmico es tan extenso que genera la sensación de que estamos separados, pero nuestras fibras están más que unidas. Cuando ayudás, también te estás ayudando. Nos movemos juntos, en un solo movimiento sincrónico y perfecto.

Los trabajos son excusas para plasmar nuestra esencia. Donde quiera que estés, sumá de manera creativa. Cuanto más difícil el entorno, señal de que tenés buena madera. Estás precisamente ahí, en el ojo del vendaval, porque saben que sos capaz de aplacar tormentas.

¿Por qué ponés esa cara, pensás que estas palabras no son para vos? ¿Acaso tu trabajo parece insulso, poco trascendente? Ese es el otro extremo del desafío. Si nada parece pasar en el lugar donde estás, es tu deber transformarlo. Hacer de lo ordinario algo extraordinario es portar la magia seductora de un gran alquimista.

Vine a tu encuentro, una vez más, por amor. Honro tu esfuerzo. Admiro tu entrega. Valoro tu constancia. Que este enorme abrazo cristalino, que te brindo desde el alma, te anime a seguir marchando. Tenelo siempre presente en tu interior: fuiste convocado a un entorno de caos para que brille la calma de tu luz.

La señal

¿Creés que nadie te ve? ¿Pensás que nadie te escucha? Mientras los días se te escapan de las manos, las dudas te acechan de manera implacable. Tu pecho se ahoga en un mar de contradicciones. Hay pasos claves que no te animás a dar. Hablás hacia adentro, como quien esconde un secreto. Tus labios se mueven de manera casi imperceptible. Un llamado de auxilio es lanzado a la existencia a través del brillo de tus ojos. Este mensaje viene a tu encuentro, ¿pediste una señal?

Sin importar la edad, en muchas circunstancias de la vida nos sentimos como niños. Necesitamos que nos digan qué tenemos que hacer. Decidir es como intentar hacer una pirueta en el aire sabiendo que no hay red. Pretendemos que nos garanticen que alcanzaremos, con éxito, el otro extremo de la barra antes de dar el salto. Esos son los instantes críticos en que recordamos que existen fuerzas superiores, que cada uno invoca de la mejor manera que puede.

Nadie puede vivir por nosotros. Eso implica que ningún otro podrá mover nuestros pies. Es tiempo de que tomes tus propias decisiones. Si estás parado en una vereda que sentís ajena, comenzá el regreso a tu hogar. No existen los mapas en las calles de la existencia. Guiate por el corazón, es una brújula maestra. No temas equivocarte, es una manera de aprender. Qué importa si te das algunos golpes, vas camino a tu casa. Recordá... recordá, buscá en tu memoria antigua y reviví el calor del hogar.

No creas que soy ajeno a esta realidad. También me invaden las dudas cuando en el camino se cruzan el dolor, la pena o el sufrimiento. De todos modos, aunque no los vea, sé que estamos asistidos por seres que nos acompañan con su cálida luz cristalina. No están para evitar que recibamos nuestros aprendizajes, son quienes nos ayudan a ponernos de pie, y nos infunden el coraje necesario para intentarlo de nuevo.

Nunca estás solo. Tus palabras son escuchadas. Las respuestas lleguen, sólo debemos aprender a descubrirlas. Cada vez que superamos una instancia adversa, la energía del gozo recorre nuestro cuerpo, y un ángel

sonríe al besar nuestra alma. ¿Necesitabas alguna prueba que confirme tus ruegos? Camuflado en forma de mensaje, hoy la existencia te acerca estas palabras para que recibas tu señal.

Llegó el momento de actuar

Abrí tus ojos, la vida celebra. Extendé tus manos, la vida danza. Despertá tu corazón, la vida vibra. La existencia te invita que te sumerjas en la frecuencia del amor, para que tu divinidad humana estalle en infinitos colores. Un nuevo mensaje, disfrazado de palabras, viene a darte impulso. Hay que colorear la Tierra con fragancias sutiles. El mundo necesita que liberes lo más puro de tu esencia. Nuevos aires deben abrazar el cielo. Vinimos a sumar. Vinimos a irradiar. Vinimos a transformar. Llegó el momento de actuar.

¿Cuánto tiempo más esperarás para dar el salto? Podés traspasar las fronteras de tus limitaciones. Podés volar más allá del horizonte. Sólo es necesario que recuperes la confianza. Tu espíritu sabe que tiene una inmensidad por dar. Hay una voz, que desde dentro, clama porque la escuches. No la silencies, es tu verdadera guía. Ignorarla equivale a quedar muerto en vida y condenarse a caminar en las sombras.

El futuro es sólo una proyección. El pasado sólo un recuerdo. Existe únicamente este instante. No sigas postergando por miedo. Nadie más que vos sabe cuántas ganas tenés de vivir una vida distinta, lejos de las presiones sociales y de los cuestionamientos sin sentido. Todo es cuestión de elección. Si sentís que no estás donde tu alma se siente plena, date el permiso interno y simplemente saltá.

Reí, soñá, amá, bailá, disfrutá, qué importa que se te rían. Hacé que tu locura se vuelva contagiosa. Celebrá con la existencia. La frecuencia del amor llama a tu puerta, abríle. Dejá que te impregne con su magia. Gozá. Permitile que libere la presión de tu pecho. No deberías irte de este mundo sin haber dejado todos aquellos regalos que trajiste para dar. Sabés a lo que me refiero. Sólo tenés que animarte.

Basta de excusas. Podrás engañarme mil veces con tus mejores argumentos, pero a vos nunca podrás mentirme. Si te elevás, me elevo. Si sanás tus heridas, también sano las mías. No existen las divisiones. Somos Uno. Necesito que disfrutes, también quiero disfrutar. Nunca podré estar completo si sé que una parte de mí quedó enredada en la tristeza, por no animarse a Ser.

Vinimos a transformar la realidad, pero sabés que primero debemos transformarnos a nosotros mismos. Si lo hacemos, podremos ayudar a sumar e irradiaremos una energía más pura y cristalina. Me pediste que te ayudara a recordarlo, éste es el tiempo de actuar. Mirá cuántos colores divinos. Sentí las increíbles fragancias que nos envuelven con dulzura. Saltemos a la vida. Es la frecuencia del amor. Dame tu mano bien fuerte. A la cuenta de tres, lo haremos juntos: uno, dos, tres...

Que despierte el espíritu de los mansos

El mundo cruje. La naturaleza grita, con desgarradora fuerza. Las entrañas de los cuatro elementos se retuercen de dolor. La inconsciencia se relame, busca solidificar su reino. No todo está perdido, estamos a tiempo. Si abrimos los ojos del alma, si cambiamos por dentro, revertiremos la historia. Es despiadado dejar a nuestros hijos un destino de barbarie. Aún podemos restituir el equilibrio. Una nueva humanidad debe florecer. Recuperemos nuestra esencia. Que despierte el espíritu de los mansos.

Parece mentira, un puñado de desequilibrados, sedientos de poder, tiene en su puño la vida de miles de millones de personas. Con total impunidad programan guerras, promueven la desigualdad y no vacilan en pisotear los derechos del hombre. Tampoco dudan en destruir el medio ambiente a cambio de dinero. No dejan flancos sin cubrir. Pertrechan sus fuerzas, hasta los dientes, para silenciar voces disidentes que reclamen el cese de tanta injusticia.

Pese a todo, hay posibilidades de cambio. Unidos y despiertos no podrán volver a someternos. Debemos empoderarnos. Basta de que

otros decidan por nosotros. ¿Por qué seguir soportando vibraciones tan oscuras? Somos co-creadores. Nuestras acciones modifican el futuro. Humanicemos nuestra realidad. No hace falta un puesto de poder para influir. Estemos donde estemos, no importa la tarea que desempeñemos, cada uno impregna su entorno con una determinada frecuencia. No existen los actos insignificantes.

Ser Humano es la condición para transformar este escenario. Volvémonos conscientes. Debemos reunir lo que está disperso. La ciencia y la tecnología deben sincronizar sus pasos con los del hombre. La verdadera transformación es interna. Si cambiamos por dentro, automáticamente lo que está fuera se modificará. No existen las divisiones. Luz en cada uno de nuestros actos. Están llegando nuevos niños, era nuestro compromiso dejarles un suelo fértil para que sus semillas crezcan.

Lo que estás leyendo puede parecerse una nota, en realidad es un tambor que resuena a través de las palabras. Sentí como golpea cada una de las letras. Los sonidos buscan alcanzar el centro de tu pecho, para encender tu sabiduría interna. Tu corazón puede y debe abrirse todavía más. Si vos podés, también puedo. Es tiempo, que despierte el espíritu de los mansos.

Sumarse a la vida

¿Dónde vas con tanta prisa? Hacé una pausa. Hablemos. No importa que los demás sigan corriendo como locos. No van a ningún lado. Sólo huyen de la soledad. Temen encontrarse. La multitud les hace creer que están acompañados. Es sólo una ilusión. Precisan que los ruidos anestesien sus reclamos más profundos. Mirá qué hermoso Sol. Dale, sentémonos en este banco de la plaza. Deseo compartir algo con vos. Necesito devolver un favor, quiero ayudarte a que te sumes a la vida.

También me asusté demasiado cuando un desconocido tomó mi brazo y me pidió que me sentara. Iba corriendo más rápido que vos. Mi cabeza estaba focalizada en cómo optimizar mi tiempo y mis recursos para ganar más dinero. No era consciente de que mi cuerpo estaba mane-

jado por los hilos del consumismo. Alguien tuvo la compasión suficiente para cruzarse en mi camino y rescatarme del descontrol.

Entiendo que me mires así. Tu mente tiene razón. Soy un desconocido, no hay motivos para que merezca tu confianza. Sólo te pido un segundo más. ¿Ves cómo danza entre las plantas esa hermosa mariposa? ¿Ves cómo besa a la flor esa pequeña abeja? Contemplá cuánta magia. Fijate cómo las hojas juegan a volar con el viento. Mirá esa nube, ¿no parece un ángel? Sentí... sentí. Este instante es único. La existencia nos premia con su encanto sutil.

Prestá atención a cómo pasa la gente. Van rumiando sus problemas. Miran sólo el piso. Olvidaron el cielo. No hay expresiones de felicidad en sus rostros. Juraría que son robots simulando ser humanos. Sus cuerpos están muy tensos. ¿Te parece saludable? ¿Te das cuenta que eso es lo que la gran mayoría define como una vida “normal”? Algunos nos observan con recelo, creen que estamos perdiendo el tiempo. No perciben que ganamos en calidad de vida. Es cierto, hoy habrá algunos centavos menos en tu bolsillo, pero eso no marca la diferencia. La diferencia está en que te diste el permiso interno de conectar con la vida.

Sólo tengo palabras de agradecimiento para aquel desconocido que una tarde detuvo mi andar y me habló desde lo más profundo de su corazón. Nunca supe quién fue ese anónimo peregrino. Cuando comprendí su enseñanza, me pidió que cerrara los ojos y respirara muy lento, fundiéndome con la brisa. Al abrirlos, ya no estaba. Estoy en deuda, por eso me interpuse en tu camino. No dejes que esta cadena de favores se detenga. Sujetá otro brazo por amor. Ayudá, sonriendo desde el alma, a que otra persona se sume a la vida.

Está por salir el Sol

Un paso hacia adelante, cinco para atrás. Algo parecería no funcionar. Nuestra intención es avanzar, sin embargo juraríamos que estamos retrocediendo. Las reservas de energías se agotan. Cuesta horrores movernos. Es una tarea tortuosa. La desconfianza y el desgano nos invitan

a rendirnos. Miramos, con añoranza, un pasado que nunca nos cerró. ¿Qué es lo que sucede? Antes de que amanezca, se vive el instante más oscuro de la noche. Aunque el cansancio haga temblar nuestros huesos, debemos seguir andando. Está por salir el Sol.

Nadie nos garantizó que sería sencillo, de todos modos emprendimos el viaje. Al principio parecía fácil, porque logramos liberarnos de una insoportable mochila. Sin embargo, a poco de andar, fuimos tomando conciencia de que soltar por fuera, no implica, necesariamente, soltar por dentro.

Chispazos de buenos momentos se apoderan hoy de nuestros ojos. La mente juega su última carta, sabe que no le quedan más chances, y no está dispuesta a claudicar. Para impedir que soltemos las últimas estructuras, proyecta, a través de la memoria selectiva, un paraíso que jamás existió. Arma, con suma inteligencia, una cautivante postal, entrelazando nuestros mejores recuerdos. Es un duro golpe bajo, perfumado con nostalgia, que le otorga al viejo surco un encanto que nunca tuvo. El hechizo se rompe diciéndole al corazón que nos recuerde qué fue lo que impulsó nuestra marcha.

Nunca se retrocede, es sólo una ilusión. También estamos observando todo aquello que nos permitió llegar a esta instancia. Esta particular forma de mirar hacia atrás, es nuestro reaseguro de que aprendimos las lecciones. Honremos nuestro pasado. Demos las gracias por todas las enseñanzas.

¿Ves cómo se inclina el camino? Sigamos. Tras la niebla está la cima. Desde allí contemplaremos lo que siempre anhelamos. Estas son las últimas palabras que le susurraré a tu alma. Seguiré a tu lado, como siempre, pero esta vez en silencio. Animo. Sólo resta un último esfuerzo. Falta muy poco... Está por salir el Sol.

La respuesta que buscabas

¿Qué pasa en tu interior? Te esforzaste demasiado. Superaste tus límites. Fuiste más allá de lo posible. Subiste a la cima con tu último aliento, confiando en lo no visible, y aún no sale el Sol. ¿Acaso es desilusión lo que muestran tus ojos? ¿Estás preguntándote de qué valió

tanto sacrificio? Aunque pueda parecerle una locura, la respuesta la encontrarás al descender la montaña.

Comprendo que puedas enojarte. Tanto dolor y entrega para subir y ahora hay que bajar. ¿Suena incomprensible, no? ¿Por qué la sonrisa se escapó de tu rostro? ¿Descender suena a derrota? ¿No ver el Sol implica que subir no valió la pena? Este es el instante en donde se ponen a pruebas las enseñanzas recibidas. Cada paso que te animes a dar te volverá más luminoso.

Ascender es animarse a dejar. Descender es retomar lo dejado sin apegos. Si creíste que subiendo trascendías la opinión de los demás, sólo bajando, y reuniéndote con quienes te criticaban, podrás saber si lograrás moverte sin que las palabras te hieran.

¿Creés que así estás retrocediendo? El que baja no es el mismo que quien sube. La montaña que uno asciende no es la misma por la que uno descende. La transmutación ocurre en múltiples direcciones. No hay separación entre el hombre y la montaña.

La Verdad no anida en las alturas, allí sólo se consigue mayor claridad para poder percibirla. Subir y bajar son excusas para movilizarnos y mantenernos despiertos. El Sol que fuiste a contemplar no se veía con los ojos. Ahora lo sabés, podrías haberlo visto sin dar un solo paso. Sólo tenías que mirar en la dirección correcta, hacia el centro exacto de tu propio corazón.

Si ascender te humaniza, descender te otorga alas. Nada podrá reteñerte ahora. Sos libre como el viento. Aunque desde abajo no lo parezca, la trampa más sutil está en la cima. Ahora que regresaste, conocés la respuesta: sólo descendiendo se asciende más alto, porque se trasciende el apego a la cima. Esta es la respuesta que buscabas para volver a sonreír.

La luz llama a la luz

Este mensaje viene a impulsar lo que internamente sentís. Es el momento de ir por la vida entrelazando corazones, para multiplicar el campo de energía sutil que ayudará a que florezca una humanidad más

consciente. El entramado cósmico debe alcanzar una dimensión más profunda. Es tiempo de co-crear redes dinámicas, para que fluya el amor y renazca la armonía. La luz llama a la luz, para despertar conciencias.

Tu ser superior lo sabe. Vinimos para expandir una frecuencia cristalina que ilumine las tinieblas. Desde el punto de vista evolutivo, hay que dar un paso más. Sos de los que no se desanima, por más que la realidad se disfrace de caos para jugar a amedrentarte. Es por eso que sé que estas palabras no pasarán desapercibidas. Lo que voy a decirte resonará en tu alma, porque esta charla ya la tuvimos en donde no existía el tiempo.

Ondas de amor. Torrentes de confianza. Flujos de alegría. Corrientes de abundancia. Así fuimos agendando de qué manera podríamos llamar a los infinitos hilos que iríamos trenzando, de corazón a corazón, para conformar redes que anclen de manera activa el entramado de luz. Nos comprometimos al servicio de amplificar el campo vibratorio, que permitiría que todos recobremos la capacidad de volar más allá de nuestros límites. No importa si aún no recordás nuestra charla, lo que cuenta es que sientas el espíritu que anida en estas frases.

Estás muy atareado, lo sé. Esto no requiere que descontinúes lo que tan sabiamente realizás. Implica hacer lo mismo, pero de un modo diferente. Requiere que nuestras vibraciones se expandan, guiadas por la voluntad, en múltiples direcciones, a medida que desarrollamos nuestras actividades cotidianas.

Hoy salí a la calle y miré a un desconocido a los ojos, hice que mis mejores intenciones viajaran a su corazón cuando le dije buen día. Vi a un perro vagabundo, permití que mi sonrisa llegara al centro de su pecho. Observé, con amor, a una planta y mientras seguía caminando la acaricié con dulzura. También hice que el viento llevara mis pensamientos, más puros, a volar hacia otras mentes. Así fui disfrutando mi trayecto, sintiendo que, a cada paso, co-creaba una resplandeciente red que unía a todos, sin distinción.

Nunca olvido tu eterna compasión, tu apoyo incondicional y tu incansable entrega. Sé que con tus mejores pensamientos, palabras, acciones e intenciones también co-crearás, conscientemente, otro mágico

entramado por donde fluiré la esencia luminosa de tu fuego interno. Así iremos por la vida entrecruzando lazos de amor, paz y esperanza, hermanando corazones para despertar conciencias. A través de estas palabras, la luz llama a la luz y sonrío al abrazar tu alma.

Tus huellas mostrarán nuevos caminos

Tu alma necesita que tu cuerpo siga en pie para seguir inspirando. Las dudas no están para inmovilizarte, sólo para que medites los pasos que vas a dar. ¿Está tu corazón orientando las decisiones o es el miedo quien impulsa tus movimientos? Que todavía no veas que otros crucen los puentes, no significa que te hayas equivocado al construirlos. Vine a confirmarte lo que bien intuís, tus huellas mostrarán nuevos caminos hacia un mundo más humano.

La lógica es la excusa de la razón para demostrar que está en lo cierto. Que tus acciones puedan parecer ilógicas para aquel que está acostumbrado a guiarse por la mente, no significa que hayas errado el rumbo. Siguiendo la sabiduría de tu voz interior, fluirás con la existencia y animarás, con la pasión de tu servicio, a que otros también co-creen un entorno más armónico, cálido y resplandeciente.

Por más que te movés en la misma realidad que los demás, mirando las mismas paredes, las mismas veredas y las mismas calles, sabés que tus pasos se mueven en una dirección más profunda, hacia el centro mismo de tu verdadera esencia. Los puentes que construiste, en dirección al corazón, fueron hechos por amor; así que será el amor quien impulsará a que otros, muy pronto, los crucen.

¿Escuchás lo que están diciendo los ángeles? Se acercan tiempos de reencuentro y celebración. La tarea realizada no tardará en rendir sus frutos. Gracias por Ser y por estar, eterno amigo peregrino. Seguí inspirando con tu decidida entrega. Amo tu entereza. Celebro tu constancia. No lo olvides: la vibración de tus huellas mostrará nuevos caminos, para todo aquel que busque llegar al corazón.

Somos uno

¿Te preguntás por qué este mensaje llegó a tus manos? Mis ojos son tus ojos. Sentimos en un mismo corazón. Respiramos al unísono la magia del universo. Amamos con idéntica pasión. Nuestra sangre brota desde la misma vertiente. Vengo en tu búsqueda para reencontrarme en la luz. Nuestra danza multiplicará la vibración del amor. Más allá de la ilusión, somos Uno.

El discurso ensordecedor y uniforme de los dormidos anuló mi capacidad de vuelo. Ató mis alas con palabras sin alma. Te percibí distante. La mente social me convenció de que sólo los locos escuchan al corazón. De manera imperceptible, levantaron muros para que creciera la indiferencia y germinara la desconfianza. Amparados en cuestiones de raza, sexo o religión, me obligaron a mirarte como si fueses un extraño. ¿Fue así como sucedió? ¿Acaso soy una víctima? Ilusión, así se llama este juego.

Me vivencí como si fuese otro para poder conocerme. Necesité fragmentarme para sentirme. Me costó comprender que si te dañaba me dañaba. Verme en otros pies me hizo suponer que éramos distintos. La distancia entre los cuerpos ayudó a generar esa falsa percepción de separación. Me hablé con otras palabras. Me odié y amé sin saberlo. En boca de ese otro yo, mi voz sonó ajena, poco familiar. Incluso creí que esas lágrimas que corrían por tu rostro nada tenían que ver con mi vida. ¡Ilusión!

Necesito escribirme, por eso te escribo. Llegó el momento de despertar a cada una de mis partes. Ese que hoy mata soy yo. Ese que hoy roba soy yo. Ese que sufre soy yo. También soy ese que sonrío, ese que celebra y también el que agradece. Necesito alinear mi esencia. Quiero danzar y vivir en armonía. Cerrá los ojos. Sentime. Recordá... Más allá de la ilusión, somos Uno.

Dios me habló sin palabras

Dicen que será inminente. Anuncian que viviremos momentos de tremendo caos. Los ánimos se agitan. Los rostros se tensan. Se respira confusión. ¿Será cierto, sucederá lo que proclaman? ¿Son puras las

intenciones de quienes dicen recibir mensajes tan alarmantes? ¿Qué hacer? ¿En quién creer? ¿En quién confiar? ¿Adónde ir? Dios me habló sin palabras, hizo que sintiera mi propio corazón.

¿Por qué tanta preocupación por lo que estaría por suceder? ¿Acaso tenemos garantizado que viviremos dentro de cinco segundos? ¿Por qué pasamos tanto tiempo escuchando a los demás, sin prestar atención un solo instante a lo que fluye desde nuestro interior? Va a pasar solamente lo que tenga que pasar. Nada más ni nada menos. No importa si olas gigantes nos dejarán sin vida o si habrá terremotos, furiosos huracanes o cientos de volcanes activándose al mismo tiempo. Sucederá aquello que tenga que suceder. Todo es perfecto.

Por más que algunos mensajes son contradictorios, no pongo en duda lo que los canalizadores dicen. Ellos reflejan fielmente lo que reciben. Puede que lo que nos transmiten suceda, no suceda o tal vez ocurra de un modo diferente al que nos revelan. Nunca se sabe. Tampoco importa. Lo que sí importa es que escuchemos nuestro propio corazón, para conectar con aquello que nos hace vibrar de la manera más intensa. Sólo podemos celebrar.

Si nuestra hora ha llegado, celebremos. Si nuestra hora no llega, celebremos. Todo lo que podemos hacer es celebrar. No desperdiciemos más tiempo discutiendo sobre quién tiene razón. Celebremos. Disfrutemos. Aprovechemos cada instante. Si estamos haciendo lo que resuena en nuestro interior, nada de lo que suceda fuera importará, porque nuestra aceptación sobre aquello que acontezca será total. Habremos comprendido que estamos viviendo lo que nuestro ser necesita para seguir evolucionando.

Si el miedo te acorrala, si la desesperación se apodera de tu vida, si la confusión te aturde, ¿hacia dónde irás? ¿Acaso seguirás corriendo en busca de consuelo? La sed que tiene tu alma nadie podrá apagarla tomando agua por vos. Si sos honesto con vos mismo y escuchás la voz interior que insistentemente te reclama, te moverás hacia el único lugar donde podrás encontrar calma. Comenzarás tu viaje de regreso a casa. Irás hacia tu interior, al centro mismo de tu propio corazón. ¿Acaso todo este escenario no está montado para eso? Dios me habló sin palabras, hizo que sintiera mi propio corazón.

La vibración del amor

Respirá bien hondo. Un maravilloso torrente, de energía amorosa y cristalina, llega para acariciar tu alma. Sus multicoloridas ondas de conciencia trascienden los moldes de las letras. La frecuencia te invita a volar con el corazón abierto. Una sonrisa angelical te recuerda que estás vivo. Dibujale alas a tus sueños, insuflales pasión. No estás solo. Juntos anclaremos, en el mundo de las formas, la vibración del amor.

Tu ser reconoce este mensaje, por eso ríe. Sabe que no hablo de utopías. Cuando las palabras, pensamientos e intenciones son guiados por el espíritu, la majestuosidad de los reinos luminosos desciende para impulsar tus pasos y guiar tu corazón. Vinimos a servir. Ayudamos, por amor, a que nazca una humanidad más consciente.

Estas líneas confirman que estás acompañado. A los ojos de muchos seremos ilusos o simples soñadores que pretendemos co-crear un mundo que nunca será. No importa. Nuestra voz interior nos orienta y anima a persistir. Falta demasiado poco para que la historia se revierta. ¿Lo percibís? Ya se siente la inigualable fragancia que anuncia el arribo de un tiempo sin tinieblas, ataduras, ni fronteras. Continuemos trabajando con fervor y denodada entrega. Perseveremos inspirando, centrados en el corazón, para ayudar a que otros despierten, al recordar su esencia divina.

Que quien mire tus ojos vea el brillo de un nuevo amanecer. Que quien tome tus manos sienta contención y humanidad. Que tus palabras se transformen en agua fresca para aquellos que estén sedientos de consuelo y esperanza. Que a través de tus abrazos sientan el calor de la fe. Que tu risa los eleve más allá de las estrellas. Que tu corazón les muestre el camino hacia la luz.

Cada vez que necesites aliento, aquí estaré. Siempre vendré a tu encuentro. Sabemos que la tarea que emprendimos no es para nada sencilla, fue por eso que convenimos esta peculiar manera de apoyarnos para avanzar con firmeza.

Sigamos sembrando semillas de conciencia, paz, armonía, unión, alegría y confianza. Haremos de esta Tierra un inmenso corazón, para que a través de sus latidos se expanda y multiplique, por todo el universo, la vibración del amor.

De pie

Duele... Lastima. Las ciudades crecen sin alma. La velocidad sólo permite contactos periféricos. Envueltos en febriles ruidos y colores sin brillo, millones de personas cierran sus corazones, mientras patean ilusiones y destilan frustración. ¿Quién nos hizo creer que no somos capaces de construir un escenario más armónico y humano? Elevemos la mirada al cielo. Juntemos nuestras manos, en señal de unión. El teatro de la vida merece otro telón de fondo. De pie.

Estas palabras son otra simple excusa para volverte a encontrar. Necesito que me ayudes a despertar corazones. Es tiempo de que acrecentemos la vibración para que ninguna de nuestras partes quede arrastrándose en el lamento de la pena y la desesperanza. En cada cabeza gacha, en cada frente fruncida y en cada cuerpo angustiado nuestra esencia está presente. No hay divisiones.

Debemos ayudar a recordarnos que está en nosotros la posibilidad de resignificar la realidad. Atraemos aquello que tememos. Nuestras miradas deformadas por la codicia y la mezquindad nos volvieron insensibles al glorioso misterio de la vida. Tenemos que revelarnos a nuestra propia estupidez. ¿Cuánto tiempo más nos seguiremos moviendo en este escenario tan sombrío y decadente?

Somos espíritus viviendo una experiencia humana. Cambiemos nuestra percepción. Elijamos un destino de grandeza. El poder está en nuestro interior, es ahí donde se activa y acrecienta nuestra conexión con lo divino. Busquemos dentro la inspiración y los recursos para escenificar nuevos espacios. Co-creemos.

Cuando movemos el verbo, una poderosa frecuencia cobra vida y se despliega. Nuestras palabras ayudarán a que transformemos el mundo, porque contienen la fuerza inigualable del amor y la inquebrantable belleza de la fe. Por eso hoy, más que nunca, abrí tu corazón. Dejé que la luz del Sol inunde tu pecho y exclamé muy fuerte, desde lo profundo de tu alma: ¡De pie hermanos, de pie!

Ángel humano

Vamos, apurate. Sacudí, con fuerza, tu tristeza. Desconectate del dolor. Sentí... Sentí. Una poderosa fuerza nos envuelve y nos eleva. Contemplá los destellos de luz. La vida danza, es una fiesta. Cuántos colores, cuánta magia, cuánto amor. Desplegá tus alas. Entregate al viento de la conciencia. Volá bien alto, por encima de los miedos y la desesperanza. Reí. Disfrutá. Gozá. Recordá tu esencia y ayudá a que otros se levanten y vuelen. Sos un ángel humano.

Estas palabras llegan para conmover tu espíritu y reavivar la llama de tu pasión. Despertá. Viniste a propagar ánimo y confianza en los momentos de crisis. Por tus venas fluye la energía de una estirpe relumbrante. Tu destino está al servicio de un reino inmaculado, en donde no se oculta el Sol.

También me muevo dentro de los límites de la materia. Sé que hay terremotos, huracanes, tsunamis, inundaciones, atentados, muertes, muertes y más muertes, pero pará, hacé una pausa. Elevate. Basta de lamentos. Mirá con los ojos del alma. Recuperá tu capacidad de conectar con la existencia. Equilibrá tus vibraciones. La transición es bien caótica y alarmante, pero todo está dispuesto para que aprendamos las lecciones y trascendamos la inconsciencia.

Las alas te fueron dadas para que puedas contar con una fuerza adicional que te permita despegar de la confusión y el desconsuelo. Sirven para que no te arrastre la desorientación y el sufrimiento, y puedas asistir a quienes necesiten una cuota adicional de fe y optimismo. Sé que no podés verlas, pero eso no significa que no las tengas. Recordá: tus alas son internas. Se despliegan cuando abrís tu corazón, de par en par, hacia la luz.

Que esta sonrisa contagiosa, que ahora renace en tu rostro, te acompañe por siempre. Hemos recorrido un largo trecho para llegar hasta esta instancia, en donde prometimos ayudarnos a volar hacia otros cielos. Me emociona reencontrarte. Extrañaba el armónico sonido de tu cálido aleteo. No permitas, nunca más, que nada ni nadie trunque tu vuelo. Valoro tu misión, viniste para ayudar al proceso de evolución. Sos un ángel humano.

Un paso clave

¿Por qué seguís postergando decisiones? ¿Acaso alguien te garantizó hasta cuándo vivirás? Internamente hay una voz que te dice que te animes. Tu cuerpo se resiste. Lo desconocido te tensa, agita tus fantasmas más temidos. Intuís que todo será para bien, sin embargo hay algo que todavía te frena. La vibración de estas palabras llega para infundirte confianza. Hoy tu vida cambiará, darás un paso clave.

Tras la frontera de lo conocido, el mundo se presenta amenazador a los ojos de nuestras propias fantasías. Las dudas paralizan, estancan, juegan en favor de la mente para aplazar los cambios. Miles y miles de frases que comienzan con “tendría”, “debería” y “podría”, se van acumulando en el rincón de la desesperanza, donde mueren de tristeza tras incansables intentos por alcanzar la libertad.

Ya es tiempo de que te muevas hacia el lugar en donde te sientas alineado con tu esencia. Confiá en tus corazonadas. Hacele caso a la intuición. Dejá que la existencia te guíe a través de las señales. Hay nuevas puertas que se están abriendo, date el permiso interno de verlas. No temas. Lo desconocido se torna amigable si confiamos en que todo sucede para nuestro mayor bien. Tu corazón sabe lo que te digo, es por eso que acelera sus latidos al reconocer este mensaje.

Tenete fe. Animate a moverte, nunca es demasiado tarde. Los movimientos externos generan movimientos internos. Abrite a nuevas vivencias. Dejá de dar vueltas en círculos de inconsciencia, que, poco a poco, extinguen tu aliento y apagan tu luz. No más excusas, no más aplazamientos. Estas letras vienen a recordarte aquello que en su momento creímos que nunca íbamos a olvidar: el poder está dentro nuestro.

Quiero volver a disfrutar del intrépido resplandor de tu alma cuando ríe. Tu felicidad suma para que el mundo sea más cálido y humano. Permití que la sabiduría de tu espíritu establezca la nueva dirección hacia dónde fluirá tu energía. Hay un paraíso interno que aguarda tu regreso. Hagas lo que hagas, hacelo de manera consciente. Ese es el paso clave, que hoy transformará tu vida.

Seguí alumbrando

Lo sabés muy bien. Estos son tiempos especiales, en donde el desánimo y las caídas serán una constante. Son momentos en donde las dudas se adueñarán de la escena. Sé que no te dejarás vencer. No importa cuán duro pegue el desaliento, no perderás la fe. Confío, plenamente, en la fortaleza de tu espíritu. Estás ayudando a transformar la realidad. Sos un oasis de esperanza. Tu luz aporta paz y claridad. No te detengas, seguí alumbrando.

Te puedo ver a la distancia. Ese cálido resplandor, que atraviesa las tinieblas de la negatividad, proviene del centro de tu bello corazón. La llama, de tu fuego interno, tiene la particularidad de transmutar lo denso en destellos de ánimo. Sos un multiplicador de vibraciones positivas, es por eso que las sombras buscan opacar tu frecuencia poniendo piedras en tu camino. Desconocen que sabés volar, y que también podés usar los obstáculos como escalones para ir más alto.

Recuerdo que al asumir tu misión de vida decidiste, sabiamente, que palabras como potenciar, sumar y florecimiento, formarían parte de tu laboriosa tarea. No en vano me pediste que triplicáramos nuestras raciones de aliento y optimismo, ya que, llegado el momento, sería lo que más deberíamos sembrar.

Es un verdadero honor saber que somos compañeros de ruta. Gracias por Ser y por estar. Seguí resonando con la misma intensidad de siempre, para que otros se nutran de la confianza que emana de tu esencia y trasciendan sus temores.

Estamos generando campos de conciencia por donde fluirá la gracia y el encanto de los planos cristalinos. No habrá tormenta que silencie nuestra voz, pues nos impulsa el coraje de reconocernos conectados a la Fuente, en donde todo es amor.

Algunos te llaman faro de luz, prefiero decirte hermano del alma. Ojalá puedas sentir, a través de estas palabras, cuánto valoro tu inagotable esfuerzo por ayudar a que más y más personas orienten sus dones y talentos al servicio de un mundo más armónico y humano. Amo tu

osadía de reírte, en la cara, a la adversidad y la desunión. No te detengas, seguí alumbrando.

El corazón de la existencia

Cataratas de mensajes negativos alteran tu campo áurico. Frases y más frases destructivas menoscaban tu vibración. Cuesta mantenerse equilibrado en medio de las contradicciones. La atmósfera está saturada de preocupación y desconsuelo. ¿Me podés escuchar? Necesito que silencies el ruido de tu mente. Quiero invitarte a que vayamos hacia dentro. Viajemos, juntos, hacia el corazón de la existencia.

Tantos ruidos desarmónicos no sólo ensordecen, sino también distraen nuestra atención y nos bloquean, fue por eso que te pregunté si me podías escuchar. Sin querer, nos vemos envueltos en oscilaciones anímicas que nos marean y conducen a estados de inconsciencia que creímos trascender. ¿Comprendés por qué te invito a que vayamos hacia dentro? Vamos a recordar.

Aquí conversaremos en calma. ¿Cuánta diferencia, no? Esa bella y apacible luz, que nos está envolviendo con amor, es la misma que muy pronto se sentirá en la superficie de la Tierra, a medida que más personas conecten son su verdadera esencia y se expresen desde su centro, de manera unificada. Respiremos profundamente. Impregnemos nuestro ser con la energía sanadora del silencio que mora en esta profundidad. Dejemos que las tensiones se desvanezcan. Disfrutemos de esta paz.

Prometeme que cada vez que me veas aturdido, por la desesperante confusión que impera en la periferia, me traerás hasta acá, sin dudarle tan siquiera un instante. Nada se compara con este paraíso interno, por donde fluye el cautivante río de la conciencia. Acá me siento pleno, al igual que vos, por eso quiero darte las gracias por haberme acompañado.

Seríamos más que egoístas si no hiciéramos el esfuerzo de ayudar a que otros ingresen, conscientemente, a disfrutar de esta sublime fre-

cuencia. Sé que conocés muy bien este lugar immaculado, pues es aquí donde nuestros espíritus se reúnen a celebrar y danzar de alegría. Este es el espacio que conecta todos los corazones, sin distinción, y sincroniza nuestro sentir. Cada uno lo llama del modo que más le resuena. A mí me gusta decirle... el corazón de la existencia.

Aplaudo tu actitud

Cada una de estas letras vibra. Tus ojos ven sólo palabras, tu corazón percibe amor. A medida que este mensaje recorra tu cuerpo, tu espíritu encenderá aún más su llama y multiplicará su luz. Este texto viene al encuentro de aquellos hombres y mujeres que tienen la fortaleza, la pujanza y el coraje de arriesgarse a dar pasos en el vacío, para forjar una humanidad más consciente. Gracias por tu invaluable entrega. Aplaudo tu actitud.

Sé qué extenuante resuelta a veces la tarea, por eso cumplo mi inquebrantable promesa de volver una y mil veces para brindarte mi aliento. Un esfuerzo más, eso es tan sólo lo que falta para que caigan, estrepitosamente, los muros de una realidad deshumanizada, que fue construida con los ladrillos del egoísmo, el miedo y la insensibilidad.

Redoblo mi confianza en tu tenaz labor. Vamos, así, con lo máximo de nuestra capacidad. A esta altura ya no importa el dolor, ni tampoco cuenta el cansancio. Expandí, aun con más bravura, la inconfundible vibración cristalina que proviene desde el centro de tu luminoso ser, para que las grietas se acrecienten y las fronteras se rompan en mil pedazos. Estamos destinados a la celebración de iluminar la oscuridad.

Es tiempo de unidad. Es tiempo de amor. Es tiempo de paz. Se acerca la hora del gran despertar del espíritu del hombre. La libertad está abriendo sus alas, sabe que la espera el majestuoso vuelo de una era dorada, en donde las únicas lágrimas serán de felicidad.

Falta poco, demasiado poco. Seguí firme, con más fe y decisión que nunca. Estas palabras anuncian que estás acompañado. Tu brillo es el se-

llo que acredita que no es la primera vez que batallás con estos desafíos. Recordá... recordá. Quizá para otros seas un desquiciado, para mí sos un héroe. Sé que podés sin mi ayuda. Vine porque necesitaba abrazarte, con toda mi alma. Y también decirte: aplaudo tu actitud.

¿Y ahora qué?

Cuando los caminos se truncan, cuando las respuestas no llegan, cuando las predicciones fallan, cuando la vida parece marchitarse y carecer de sentido, una pregunta retumba, implacablemente, en todo nuestro ser: ¿Y ahora qué?

No pierdas la calma, eterno peregrino. Nuevos aprendizajes acuden a tu encuentro. Abrí tu corazón. Date el permiso de asimilar las enseñanzas. No existen los errores. Sos movilizado, con suma maestría, para que no te duermas y fluyas con la existencia.

Todo sucede en el momento exacto y del modo que más se ajusta a nuestro crecimiento personal. La sincronía es perfecta. Si miramos a través de nuestros deseos, expectativas o ilusiones, puede que los resultados parezcan negativos, crueles o injustos. Ese es un problema que atañe a la personalidad. El espíritu no juega al pobre de mí, simplemente agradece la sabiduría de vida que contiene cada experiencia.

Podemos llorar y maldecir, podemos lamentarnos y creernos desgraciados. Nadie puede quitarnos el derecho a sentirnos víctimas y estamarnos contra el pozo de la amargura y la desesperanza. Las enseñanzas son pacientes. Saben que llegaron a nuestras vidas movilizadas por el amor y el ferviente impulso de ayudarnos a crecer, para que trascendamos las barreras de la ignorancia.

Está en nosotros ver más allá de lo aparente. Tenemos la habilidad de resignificar la realidad y leer entre líneas. Podemos elevarnos o dar vueltas en espirales descendentes. La elección es interna. El camino del dolor y el del amor enseñan por igual, la diferencia está en la sangre que se derrama.

Llegó el instante de comenzar a movernos de manera consciente. Debemos fluir, en vez de resistir. Nuevas puertas se abrirán si dejamos de sentirnos desdichados y aprendemos las lecciones. Nuestra vida ganará en profundidad. Elegimos despertar. Nacimos, en nuestro libre albedrío, a una dimensión más sutil y encantadora. Sólo debemos recordar que siempre es más fácil comprender las enseñanzas si abrimos nuestro corazón hacia la luz.

Aunque pueda parecerle extraño, este mensaje te pertenece. Me lo entregaste, donde no llegan las ataduras del tiempo, cuando jugamos a que vivíamos en la Tierra y te pregunté, abrumado por los problemas, sin aparente solución: ¿Y ahora qué? Guardé tu respuesta en mi alma. Intuí que si pasábamos por la experiencia física, podríamos necesitarla para volver a sonreír y continuar disfrutando.

Necesito tu ayuda

Míralas bien. Sentilas. Puede que parezcan palabras. Son ondas de consciencia, que adoptan formas de letras para que tus ojos las reconozcan. Entre espacio y espacio, también hay impulsos de energía, pura, para que tu ser se expanda e ilumine. Vine en tu búsqueda porque sé de lo que sos capaz. Necesito tu ayuda.

Mejor que hablar es accionar. Acompañame, ya lo hicimos otras veces. Despleguemos nuestras alas, al compás del viento. Volemos así, bien alto. Que tu luz sirva de guía para aquellos que ahora contemplan el cielo, en busca de una señal. Advertí cómo transmutan aquellos ojos tristes. Vamos bien. Tu sonrisa les imprimió un atrayente resplandor, lleno de vida y encanto. No te detengas, sigamos.

¿Ves esas manchas oscuras? Son áreas de inconsciencia. Así se ven los campos vibratorios que ayudamos a sostener cuando la negatividad nos impregna. Estos son los espacios, densos, que oxidan el corazón, para impedirle que se abra y reconozca la degradación y el desequilibrio al que se expone al hombre, de manera sistemática.

Intuiste bien. Este es el sitio donde esparciremos nuestras semillas de luz, para ayudar a que florezca el discernimiento y prospere la esperanza. Antes de soltarlas imprimiles tus mejores intenciones. Que tu alma las recubra con su fe. Proyectales, también, tu ferviente confianza en un mundo más humano y armónico, donde vivamos celebrando y vibremos en el amor.

Disfruté de nuestro vuelo. Me siento pleno. Mi espíritu sabe que este recuerdo permanecerá, imborrable, en mi memoria. Qué importa si no llegamos a ver los frutos. Nos sobra con la ardiente certeza de saber que, a nuestro modo, sumamos para humanizar la realidad. Te dejo, en este cálido y fuerte abrazo, mi agradecimiento más sincero. Sé que siempre estarás a mi lado, cada vez que venga y te diga... "necesito tu ayuda".

Viniste a transformar la realidad

Percibo una sublime luz, que enciende y aviva otras luces. Veo un noble corazón, que abre más y más corazones. Contemplo innumerables manos que se unen, alzan y celebran. Escucho palabras de aliento, que movilizan el alma. Siento cómo el amor crece y se agiganta. Aunque no divise tu rostro, sé que sos vos, eterno amigo, que intensamente estás trabajando para cumplir con tu misión. No detengas tu marcha. Viniste a transformar la realidad.

Tenemos un acuerdo álmico de ayudarnos a recordar el sentido de este viaje. Sin embargo estas palabras exceden nuestro bello compromiso. Te escribo porque me siento honrado de presenciar cómo tu espíritu, al igual que el de muchos otros, libera su encanto para convertir la apatía y el desgano en campos de fe y esperanza.

Río porque la tristeza llora al verte llegar, sabe que se queda sin trabajo. Disfruto de tu manera simple y efectiva de emitir vibraciones luminosas, que encandilan y extinguen la pesadez de las sombras. Sé que tu tarea es desgastante. Comprendo que estás expuesto a la violencia de quienes buscan marchitar todas las flores. No te preocupes, el cultivo

crece bajo la custodia de los reinos cristalinos. Nada, ni nadie, impedirá el total florecimiento de la luz.

La magia existe. No te das una idea lo increíble que se ven los coloridos entramados de consciencia que, entre todos, estamos ayudando a co-crear. Prometo traerte hasta este lugar, soñado, que encontré en la ladera de una montaña. Quiero que lo sepas, en este preciso instante hay una abeja que se posa sobre tu nombre. Reconoce que sos una flor, muy especial, que contiene el dulce néctar de los corazones que son puros.

Hasta que nos volvamos a ver, te abrazo a la distancia con la luz que te añora desde el centro de mi pecho. Dejo que estas palabras te lleguen, donde quiera que te encuentres, por obra y gracia de la sincronicidad. Continúa brillando con el mismo coraje y la decisión de siempre. Lo sabés, sin embargo, todo tu ser se electriza cuando alguien te lo recuerda: viniste a transformar la realidad.

Gracias por Ser

Orientado por señales sutiles, caminás por donde no hay huellas, en medio de un intenso proceso de transformación que te eleva e ilumina. Te movés fuera de la lógica. Vas forjando tu propio destino. Das pasos en el vacío, confiando en tu corazón. Continúa así. El reencuentro está próximo, lo sabés. Tu cristal interior brilla intensamente. Tu aporte suma. Gracias por Ser.

Puede que no te comprendan e incluso te critiquen, pero eso no significa que estés equivocado. Te guía la inmensa sabiduría del espíritu, eso es lo que verdaderamente cuenta. Internamente sabés que, pese a los contratiempos y las dificultades, te movés en la dirección correcta. Este mensaje, que hoy llega a tus manos, es una clara señal de reconocimiento. Tu luz puede verse desde lejos, ahuyentando la inconsciencia.

De vez en cuando olvidamos que a veces elegimos trabajar en soledad, como prueba de nuestro compromiso para ayudar a restablecer un

reino de amor, sin limitaciones. Ese marco, de aparente desconexión, fue necesario para que aprendamos a confiar en nosotros mismos. Debíamos pulir nuestras gemas. Fue así que decidimos recorrer senderos que, si bien parecerían diferentes, contienen las mismas enseñanzas implícitas. ¿Acaso, entre otras cualidades, no tuviste que desarrollar la tolerancia, la constancia, la paciencia, y un firme espíritu de superación basado en la fe?

Sé que, íntimamente, siempre supiste que no estabas solo. La intuición te alentaba a que avanzaras, sobreponiéndote a las limitaciones, mientras tus ojos miraban en dirección a las estrellas tratando de recordar. Has recorrido un largo e intenso trayecto, pleno de vivencias aleccionadoras. Puede que a aún tengas altibajos y te sientas cansado, pero ya nada te hará desistir. Tu destino es la grandeza de la luz.

No hace falta que lo manifiestes, la expresión vivaz de tus ojos es por demás evidente. Reconocés que se acerca el instante en que volveremos a gozar de la unidad. El entramado se consolida, mágicamente late. Emerge un nuevo horizonte, más humano, más esplendoroso y más consciente. Puedo sentir tu alegría interna desbordar. Tu alma lo reconoce y me pidió que te lo diga: por haber despertado, en medio de un entorno adverso, sos una pieza clave. Gracias por Ser.

Hijo de la Luz

Quiero verte de pie y con el rostro bien alto, resplandeciente. El universo aguarda que manifiestes todo tu potencial. Tu núcleo porta el fuego del espíritu. Quebrá el maleficio. Trascendé los pensamientos negativos, que te perturban y acorralan. Recobrá tu fortaleza interior. Sos libre. El viento clama que abras tus alas. Una omnipresente frecuencia te abraza y vivifica. Escuchá la voz de tu corazón. Sos más que un simple cuerpo. Sos hijo de la luz.

Percibís la vibración. Se te eriza la piel. Tu espíritu implora que escuches este mensaje. Me pediste que te lo recuerde cuando llegara

el momento preciso: encarnaste para manifestar, a través de tus dones y talentos, espacios de amor y consciencia que le devuelvan al hombre su dignidad. Tu misión es nivelar hacia arriba, centrado en tu esencia. Viniste a que la Tierra recupere la magia y el encanto.

La luz te convoca. Levantá tus brazos bien alto, que otros reaccionen al ver tus manos orientadas hacia el Sol. Es necesario acrecentar el caudal de confianza en que el cambio es posible y necesario. Permanecé atento. Tus puntos más sensibles pueden ser tocados, de manera sutil, de modo que te sea muy difícil reconocer que el objetivo es ponerte de rodillas, para que no alientes a que otros despierten.

Cuanto más se acercan los tiempos de definiciones, más caótico se vuelve el entorno a través de la confusión y la desesperanza. Que la envidia, el resentimiento, la violencia, la tristeza y el desgano no te atrapen. Se fiel a tu naturaleza interna. No dejes que cierren tu corazón. Mantenelo siempre abierto y vibrante, es la puerta hacia un mundo más humano.

Respirá bien profundo. Liberá la pesadez. Dejá que tu alma se recargue de optimismo y que tu cuerpo recupere la armonía. Nunca olvides que estás acompañado. Sentí lo que sucede... Una energía amorosa y cristalina desciende y te envuelve, dulcemente, porque te ama. Antes de despedirse te susurra al oído, de manera clara y sincera: “Tenelo siempre presente, sos hijo de la Luz”.

Volá bien alto

Parece inevitable. El péndulo de nuestro ánimo oscila. Cuesta mantenerse centrado. Un subibaja de emociones, contrapuestas, pone a prueba nuestra constancia y determinación. No te entregues, es el paso necesario para alcanzar el equilibrio. Alumbrá con valentía. Sos la letra viva que ayuda a escribir la historia dorada. Tu pasión potencia el retorno hacia un mundo sin fisuras. Volá bien alto.

Puede que aún no tomes dimensión de tu invaluable tarea. En verdad te digo que cada cosa que hacés, centrado en tu corazón, ilumina, y no sabés cuánto. El poder de tu esplendor radica en tu manera simple de Ser. Cada vez que avivás la fe, cada vez que infundís esperanza y hacés que otros sintonicen con lo mejor de sí, una nueva página resplandece.

Está próximo el tiempo en que podrás abrir el libro que reflejará cómo se produjo la gran transformación. Allí te verás, junto con numerosas almas audaces, desterrando la inconsciencia para ayudar a desembarcar una era fascinante, donde los hombres se abrazarán en la unidad del amor. Ese día habrá fiesta y la música calará muy hondo. Los corazones estarán abiertos.

Desadormecé tu memoria ancestral. Los límites no existen. Sólo hay que animarse a soñar despierto y estar dispuesto a volar, con lo máximo de nuestra destreza, para llevar a la Tierra a que se funda con el cielo. Vinimos a religar. Somos activadores del cambio que ya se vibra. Nuestra naturaleza es incondicional a la pureza de la luz.

Las ventanas de tus ojos dieron paso a estas palabras, que van directo al centro de tu esencia luminosa. Allí aguardarán el momento indicado para insuflarte aliento. Ya lo sabés, de ahora en más, si en algún momento advertís que tus fuerzas tambalean, un breve mensaje vendrá a tu encuentro con la inconfundible familiaridad de mi voz: “vamos, volá bien alto”.

Confía

No hace falta que te vea. Sé que lo podés sentir. El mar interno está revuelto. La transformación apremia. La agitación es intensa. Estás cansado, confundido y pese a todo seguís. Eso es tener un espíritu guerrero. Es reconocerse consagrado a la luz. El último trecho siempre es intenso y pone a prueba las enseñanzas. Tu corazón te llevará a buen puerto. Confía.

Estando casi derrotado, lo mejor que podría hacer es intentar que creas que voy ganando la batalla, para tratar de intimidarte y revertir

la situación. Eso es lo que está haciendo la oscuridad al reavivar la desesperanza con la ferocidad de su último aliento, aunque internamente reconoce que ya no tiene chances de trastocar la historia.

Por más que no nos agrade, la transición genera desequilibrios. De ahí que tenga tanto valor el hecho de que permanezcas firme mientras arrecia el temporal de la inconsciencia. Cualquiera podría alumbrar si el contexto fuese apacible. El mérito está en seguir haciéndolo cuando los golpes hieren y la ilusión nos hace suponer que tal vez equivocamos el rumbo.

Han pasado tantas generaciones bajo el dominio de las sombras que muchos sostienen que no existe otra realidad más que la del egoísmo, la violencia y el sufrimiento. Este es un bautismo de fuego. No en vano debiste prepararte durante tanto tiempo. Es ahora donde permaneciendo fiel al fulgor de tu naturaleza, alumbrarás, desde tu corazón, nuevos caminos hacia la verdadera libertad del hombre

Es necesario que lo tengas bien presente. Vinimos por amor. Acudimos a propagar vibraciones que despierten el recuerdo de vivir en paz y armonía. No desistas. Persistí llevando, con la fuerza invulnerable de tu fe, la claridad de la esperanza. Harán lo imposible por quebrar tus alas, más no podrán. Sos amado y protegido. Confía.

Iluminá sin tregua

Gritalo si es necesario. Que todo el mundo se entere que tu corazón está abierto. El eco de tus palabras inspirará confianza. Producirá un verdadero quiebre. Otros se atreverán a romper sus armaduras. Comenzarán a sentir. Verán con otros ojos y anunciarán que están vivos. Nunca lo dudes, formamos parte de un mismo entramado. Cada vez que ayudes, también te ayudás. Vibrá con fervor. Iluminá sin tregua.

¿Te sorprende que te diga que lo grites? Cuando el volumen de la insensatez aturde, para impedir que el corazón escuche su clave de aper-

tura, a veces es necesario recurrir a medidas poco ortodoxas. Sos punta de lanza. Fomentás el cambio. Nada debe truncar tu misión de ayudar a despertar. Hay almas que necesitan, ahora más que nunca, de la calidez de tu impulso para comenzar a vivenciar el camino del amor y liberar su verdadera esencia.

No porque sí algunos intentan que bajes los brazos. Auxiliar a que los corazones se abran equivale a que la manipulación, el sometimiento y la barbarie pierdan su territorio cautivo. Sé del tesón de tu naturaleza compasiva, por eso confío en que seguirás superando obstáculos para continuar alumbrando de todas las formas posibles.

Tu estímulo de transformación interna debe llegar a todos los rincones. Que la vibración de tu voz se expanda y anime el nacimiento de un nuevo Ser. Humanizar es la tarea a la que fuimos convocados. Basta de mentiras. Basta de engaños. Es necesario volver a sentir, para sincronizar nuestros latidos con la luz de las frecuencias sutiles.

Acudí a tu encuentro por lealtad a nuestro vivo compromiso de ayudarnos a no olvidar. Las palabras son cofres que se abren dependiendo del receptor. Conociendo este secreto, guardé en este mensaje lo más puro de mi alma para que nunca te sientas solo. Sigamos avanzando con más audacia y fortaleza que nunca. La victoria es segura. Iluminá sin tregua.

Impulsá el cambio

Tené en cuenta estas palabras. Puede que parezcan simples. Son revolucionarias si tocan tu corazón. Juntos podemos cimentar una Tierra más humana. La transformación sucede cuando unimos nuestras almas en la luz de la consciencia. ¿Acaso temés por el futuro de los tuyos? Te irás en paz si ayudaste a co-crear un mundo sin fronteras, en donde fluya el amor. No te distraigas. Impulsá el cambio.

Hacé una pausa. Reflexioná. De qué valdría tanto esfuerzo en dejarle a tu familia un capital de respaldo, si sólo le serviría para vivir en entornos viciados, con miedo a los robos, los secuestros y la violencia

social. Puede que tal vez contraten una mejor vigilancia privada o tengan casas—cárceles más cómodas y confortables. Eso no sería vivir. Sería sobrevivir en el mejor de los casos. Hay tarea por hacer.

Algún día partirás. El proceso de evolución así lo requiere. Otro sería el panorama si tendrías la certeza de que, vayan donde vayan, los que amás serán recibidos por “seres humanos” que les transmitirán valores, los ayudarán a crecer en el amor y les enseñarán a buscar su propio camino de vida, centrados en el corazón. No es una utopía. Recordalo. Se construye con la firme determinación de trascender nuestro egoísmo. Humanizar es la clave.

Nunca olvides sentir tu voz interior. No cedas ante la presión de la burla, ni permitas que la indiferencia tuerza tu rumbo. Una y otra vez, da siempre lo mejor de vos. Alentá a que otros se atrevan y cambien. Ayudá a que comprendan que las fronteras externas son proyecciones de nuestras limitaciones internas. Viniste a trazar nuevos caminos, vibrando en la frecuencia del Espíritu. Honro tu misión.

Cuando llegue el momento, sonreirás al ver tantas manos amigas y corazones abiertos cruzando en tu sendero de regreso al Hogar. Partirás en calma. Gozoso. Internamente sabrás que la tarea estará cumplida. Ese será el instante más sublime que hayas experimentado en el mundo de las formas. Continúa sembrando. No te detengas. Impulsá el cambio.

Te invito a jugar

La ansiedad y la incertidumbre están presentes. Se presagia un inminente cambio. La intuición revela sensaciones muy intensas, que cuesta traducir en palabras. Calma. No todo es lo que parece. El mundo es mágico si abrimos el corazón. Tenemos el don de ver con otros ojos. Podemos resignificar la realidad. El poder está dentro nuestro. Disfrutemos. Estamos en la escuela de la vida. Es momento de un recreo. Te invito a jugar.

El juego se basa en recordar para seguir evolucionando. Respirá con calma. Vamos a intentar ver más allá de lo aparente. Sólo tenemos

que dejar de juzgar y contemplar lo que acontece. Sé que te apremian las obligaciones y te preocupa el desequilibrio que te circunda. Por eso es tan importante jugar a recordar. Nos permite permanecer centrados, aunque todo se desmorone.

Un entorno alterado y desestabilizante es el marco perfecto para poner a prueba los aprendizajes. ¿Querías que nos graduemos con honores? La escuela de la vida nos está dando una inmejorable oportunidad. Puede que a veces nos cueste asimilarlo, sin embargo todo sucede para nuestro mayor bien. Es ahora donde debe emerger la sabiduría del espíritu. Alumbrar con calma, en medio de la tempestad, otorga la maestría si lo hacemos desde el corazón.

No olvidemos que las situaciones sin aparente salida son las más aleccionadoras. Tienen la habilidad de descentrarnos, pero también de catapultarnos hacia dimensiones desconocidas. La estadía en la Tierra es, apenas, una parte del camino. El proceso de ascensión continúa. Jugar a recordar permite distendernos y evitar ser arrastrados por vibraciones densas. Lo mundano no debería atraparnos, sino impulsarnos a volar para danzar en la belleza de la luz.

Hace tiempo, en otro plano, dijiste que mi sonrisa perduraría si era capaz de no olvidar en medio del caos. Hoy recuerdo en virtud de que estás ahí, espejándome, para que sigamos creciendo en la unidad del amor. Todo esto lo sabés. Como buen amigo, te hacés el distraído para brindarme la posibilidad de que venga y te diga: “Te invito a jugar”. Gracias, de todo corazón, por tu eterna compañía.

Se acerca la hora

Estás en lo cierto. Tu intuición no se equivoca. El cansancio que acusa tu cuerpo no es casual. El agotamiento es propio de las instancias finales. La tensión y el malestar que te aprisionan son también una clara señal de la proximidad de un nuevo despertar. Nada debe amarrarte. Continúa sirviendo. Otras almas necesitan asistencia. Inspirá para que florezcan más corazones y se abran a la luz. Se acerca la hora.

Te aliento porque sé que es necesario. No me ves, pero sentís mi vibración a través de este mensaje. Sabés que caminamos juntos. Somos eternos compañeros de ruta. A veces te preguntás qué estás haciendo. Sabés que otros observan tus huellas y te preocupa orientarlos hacia una senda equivocada. No temas. Quienes vienen detrás no son ovejas. Son almas peregrinas que siguen, al igual que nosotros, el curso cristalino de la frecuencia del amor.

La fe no es un invento. Sirve para atravesar esta dura etapa de fatiga y desconcierto. Lo mismo sucede con la perseverancia y la osadía, son herramientas que nos fueron brindadas para no desistir. Cada paso que damos reafirma nuestra elección interna y nos eleva. Iluminemos sin cesar. Otros sentirán el calor de nuestros espíritus y sabrán que no están solos. Se animarán a continuar.

No hay nadie a quien convencer. No hay nada que demostrar. Nos movemos siendo leales a nuestra naturaleza interna. Nos guía un intenso sentir, que no se deja pisotear por la frialdad de lógica. Somos locos desde la perspectiva de la razón, pero cuerdos y coherentes a los ojos del corazón. Elegimos volar. Anhelamos procrear una sociedad consciente. Encarnamos la esperanza de un hombre más humano, que viva celebrando.

Es un hecho. No los dudes. Los cambios se están produciendo. Sólo falta que se revelen, en este plano más denso, con toda su grandeza. Somos canales por donde fluyen energías sutiles. Mantenete bien firme en la luz. Traje a este encuentro la voz de mi corazón, para que me sientas a tu lado. Te abrazo en mi alma a través de estas palabras. Seguí. Confiá. Se acerca la hora.

Brindo por tu coraje

Llega fin de año. La última hoja del calendario induce a realizar un balance. No caigas en la trampa. Tus acciones no se pueden dimensionar. Sus efectos van más allá de lo que puedas suponer. Son ondas que se expanden en infinitas direcciones. Diste todo lo que estuvo a tu alcance. Ayudaste a co-crear un mundo más humano. Te esforzaste, sin impor-

tar el cansancio, por dar siempre otro paso en dirección a la luz. Eso es entrega. Eso es constancia. Eso es amor. Eso es cumplir con tu misión vida. Brindo por tu coraje.

Puede que tus acciones no se traduzcan en dinero, pero eso no significa que no tengan valor. Animar a que otros se pongan de pie, abran sus corazones, recuperen su conexión interior y sientan, es una tarea invaluable, que requiere de un espíritu aguerrido dispuesto a iluminar con fervor.

El balance es impulsado por la mente social. Pretende que aquellos que se animaron a Ser retornen a las viejas estructuras, anulando toda posibilidad de vuelo, a cambio de comodidad y sentido de pertenencia. Sé que a esta altura del camino ya no desandarás tus pasos, de todos modos necesitaba decírtelo. Muchos intentarán hacerte creer que desperdiciás tu tiempo, y que lo que hacés carece de sentido. Es parte de las pruebas.

Es justo y necesario que reconozca tu tarea. Si cuando salgo a la calle encuentro miradas esperanzadas y rostros alegres, es gracias a personas compasivas como vos, que alientan a trascender las limitaciones y no dudan en enfrentar la adversidad, para activar los cambios que nos conduzcan hacia un futuro resplandeciente.

Digan lo que digan, tu alma sabe que vas por buen camino. No dejes que te confundan. Sólo faltan algunos pasos. Gracias por seguir vibrando de una manera tan humana. Te puedo sentir. Es un privilegio saber que marchamos juntos. No importa dónde te encuentres, a la hora de los festejos buscaré la estrella más luminosa y diré sonriendo, con todo el corazón: brindo por tu coraje.

Te amo

Lo digo con emoción y una inmensa alegría. Me inclino, a través de estas palabras, para rendir tributo a la luz que fluye desde tu bello corazón. Vengo a celebrar la fortaleza y la entrega de tu espíritu. Cada una de estas letras acariciará tu alma en señal de agradecimiento. No fue un año sencillo, las pruebas fueron rigurosas. Pese a todo, tu llama

interna alumbró con hidalguía. Es por eso que traigo envuelto en el amor de este mensaje, mi sentir más genuino: “Te amo”.

¿Acaso no lo sabías? Te amo por Ser. Te amo por estar. Te amo por hacerme sentir acompañado. Te amo por ayudarme a despertar. Te amo por incentivar mis pasos. Te amo por mostrarte predispuesto a jugar, mientras recordamos nuestra esencia divina. Te amo por tener la valentía de iluminar sin descanso. Te amo al reconocer que me amo, porque somos y seremos Uno.

Los campos de conciencia que ayudamos a cultivar están floreciendo. Es tiempo de festejar. Muy pronto, un aroma fresco y puro comenzará a rociar el aire con vibraciones sutiles, repletas de color, magia y encanto. Ningún corazón podrá resistir tanta belleza. La luz traerá una profunda calma y felicidad. Terminará un largo ciclo de angustia y sufrimiento.

Ese será un gran día. No existirá represa capaz de frenar el agua celestial del río de la conciencia. Las almas saciarán su sed. Habrá amor en las miradas y paz en los corazones. La humanidad se fusionará en una vibración de hermandad que disipará toda frontera. Durante algunos instantes, nadie podrá comprender cómo fuimos capaces de vivir en la enajenación de la inconsciencia, privándonos de una energía tan armónica y sublime.

Mientras ese grandioso momento se aproxima, aún queda tarea por concluir. No te imaginás cuánto disfruto al divisar el deslumbrante futuro que nos aguarda. Tras un intenso peregrinar, colmado de enseñanzas transformadoras que impulsaron nuestro vuelo, nos volveremos a abrazar en la unidad del espíritu. La emoción será indescriptible. Sólo podré decirte, de corazón a corazón: “Te amo, te amo, te amo”.

¿Estás listo?

Vi una estrella fugaz, le pedí llegar a tu corazón. Su brillo me recordó tu esencia. Su paso luminoso también trajo a mi memoria que

vinimos para ayudar a iluminar. Te extraño. Necesito abrazarte a través de las palabras, es mi forma de hacerte sentir acompañado. Tu intuición está en lo correcto, éste no es un año más. El llamado a despertar será aún más fuerte. Millones de almas peregrinas buscarán la luz. Comienza el gran cambio. ¿Estás listo?

A veces sentimos que nos movemos en círculos. Parecería que solamente cambió el número del año. Salimos a la calle y todo permanece igual. ¿Dónde está la magia, dónde está el amor, dónde está la armonía? Seguí firme, con fe. La constancia es parte del aprendizaje en la tarea de servicio. Tus ojos muy pronto verán lo que tu espíritu te susurra. Transitamos una espiral ascendente y cristalina que nos instruye y humaniza.

Este año comprenderás el valor de tantas pruebas superadas. Impulsarás a que otros reconozcan su propia divinidad interna, desplieguen sus alas y vuelen con el corazón abierto. Todo lo vivido tuvo su razón de ser. Para ayudar a transformar primero había que transformarse. Verás reflejados tus primeros pasos en quienes se acerquen manifestando desánimo, falta de sentido y confusión. Será tu corazón quien les hable y los anime. Habrá amor en tus acciones y un sincero sentimiento de hermandad.

Sonreirás al hacer que otros se pongan de pie para retomar la marcha. Recordarás con cuánto esfuerzo emprendiste tu camino, y agradecerás a las vivencias por las lecciones aprendidas. Otro será el sentido que tendrán tus palabras cuando menciones “la escuela de la vida”. Es nuestro tiempo de ayudar. Con las manos unidas y los corazones sintonizados en vibraciones sutiles, activaremos una nueva humanidad más consciente y sensible.

En aprecio a nuestro acuerdo álmico de transitar este tramo juntos, también le pedí a la estrella que donde quiera que te encuentres tus ojos siempre contemplen el vaso lleno, con una mitad de agua y la otra de aire. El otro deseo lo dejé libre para vos. Nunca dejes de iluminar. Puedo sentir tu fortaleza interna. En vos confío. Sé cuál será tu respuesta cuando a la hora de poner el hombro te pregunten: “¿Estás listo?”.

Cumplís con tu misión

Una mariposa me habló del brillo de tus ojos. La abeja dijo que había miel en tu corazón. Has despertado de un largo sueño. Estás listo. Tu vibración fluye a través del entramado cósmico por donde la gracia divina se expande. Estás conectado a la Fuente. Sos Uno con la existencia. No porque sí podés sobreponerte a la adversidad. Aunque a veces dudes, tu fuego interno es guía y propulsor de esperanza. Cumplís con tu misión.

¿Acaso no creías en la magia? Estas palabras traen el eco fulgurante de tus acciones conscientes. Es necesario que comprendas el alcance de tu consistente labor. Sonreirás al escuchar este mensaje. Una energía ancestral recorrerá todo tu cuerpo. La luz se esparce en virtud a tu coraje de permanecer con el corazón abierto.

Es tu espíritu quien inspira cada una de estas letras, como una forma de honrar tu esfuerzo y consagración al servicio de auxiliar aquellas almas que aún permanecen atrapadas en la ilusión. Soy un nexo para que puedas sentir la fuerza y el alcance de tu propia energía, expresándose de un modo diferente. Sos amado. Tu actitud infunde confianza. Tu valor transfiere fervor.

Esta es una señal inconfundible de que no te extraviaste. Peregrinás por la senda que más se ajusta a tu propia evolución. Estás haciendo lo correcto. No admitas que te aprisionen con falsas promesas, que sólo ambicionan mutilar tus alas. La intuición es tu aliada. Continúa escuchando la voz de tu corazón, contiene la sabiduría capaz de guiarte en medio del caos, para que siempre te muevas a través del amor.

Mil veces gracias, incansable peregrino, por humanizar sin renunciar ante la presión del entorno. Al liberar tu esencia pura, ayudaste a parir un hombre nuevo. La alegría es el símbolo de la luz, jamás dejes de reír. Gozá de tu paz interna. Transitás por buen camino. Las estrellas brillan, el cielo celebra. Cumplís con tu misión.

Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Febrero de 2008